



Fundación  
Alberto  
Jiménez-  
Becerril

V CERTAMEN  
**CREADORES**  
POR LA LIBERTAD  
Y LA PAZ









V C E R T A M E N

CREADORES

POR LA LIBERTAD

Y LA PAZ

*Dirección y coordinación*

*Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril*

*Fotografía y digitalización de las obras*

*Raúl Vaquero Vicente*

*Diseño y maquetación*

*Ricardo Barquín Molero*

-

*Copyright de la presente edición*

*Fundación Alberto Jiménez-Becerril*

*Abril de 2011*

-

*Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril*

*Avda. República Argentina, nº 33-A-1ª, 41011, Sevilla*

*Tel.: 954 99 03 18 - Fax: 954 99 03 17*

*Email: [fundacionalbertojimenez-becerril@sevilla.org](mailto:fundacionalbertojimenez-becerril@sevilla.org)*

*Web: [www.fundacionalbertojimenez-becerril.org](http://www.fundacionalbertojimenez-becerril.org)*

-

*Depósito Legal: XXX*

*Impresión: Coria Gráfica*

V C E R T A M E N

CREADORES  
POR LA LIBERTAD  
Y LA PAZ





# Índice general

---

Texto del Excmo. Sr. Alcalde, D. Alfredo Sánchez Monteseirín *11*

Texto del Dir. Gerente de la Fundación *15*

Composición de los Jurados *19*

-

Poesía *23*

Narrativa *103*

Fotografía *195*

-

La Fundación *207*



# Índice de participantes / obras

---

Jorge de Arco / La luz está en la paz 25

José Sarriá Cuevas / Raíz del agua 35

María Paz Cerrejón López / En una misma voz 53

María del Carmen Hernández Cobos / Sueños posibles, lo sé 65

Agustín Pérez González / Premoniciones 71

Diego Rodríguez Báez / Breve poemario de una ausencia 83

María del Rosario Naranjo Fernández / Con pata de palo 105

Juan Carlos Pérez López / Un desfile de sables 159

Francisco Javier Arcenillas Pérez / Refugiada 197

/ Sicarios I 201

Egoitz Maeso Gallego / Burka III 199

Emerson Díaz Hernández / Más educación, menos armas 203

/ Por un futuro sin fosas 205



No puede ser de otra manera. Quiero comenzar estas sencillas palabras dedicando un emocionado recuerdo a todas las víctimas del terrorismo, así como haciendo llegar la expresión de nuestro cariño y solidaridad a sus familias y allegados.

Reitero que la unidad de todos los demócratas es el mejor instrumento para combatir a los terroristas, y confío en que proyectos como este nos ayuden a alcanzar esa unidad.

El terrorismo sigue siendo una plaga en el mundo y para ser derrotado se requiere la unión entre gobierno y sociedad.

Sabemos que el terrorismo trata de lograr sus objetivos, utilizando medios que producen miedo en la población por lo que una parte muy importante de la solución es presentar un proyecto de futuro, tratando de unir a la población alrededor de este proyecto.

Por ello es necesario que utilicemos todos los medios a nuestro alcance para conseguir esta unidad y consecuentemente el aislamiento social y político de quienes practican el terror, tanto como de los que los apoyan.

En ese marco, al igual que la aplicación de los recursos que nos provee el estado de derecho mediante la actuación de los cuerpos y fuerzas de seguridad del estado, la justicia y la acción legislativa, debemos ampliar nuestras actuaciones a todos los terrenos en los que seamos capaces de profundizar en ese aislamiento.

La educación, especialmente la que se dirige a la consolidación de valores democráticos de convivencia en pluralidad, la opinión, el recuerdo y el reconocimiento de la dignidad de las víctimas.

En este ámbito y con estos convencimientos, la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril desarrolla los certámenes de creadores. Son una llamada a la participación en esta tarea colectiva. Son la convocatoria a la derrota del terrorismo dirigida a la intelectualidad.

Se trata de la esperanza de que pongamos lo mejor de nosotros, de nuestro pensamiento, de nuestras ideas, a través de nuestra creación, al servicio de esta tarea de reconocimiento de los derechos de las personas.

Gracias por vuestra colaboración.

**Alfredo Sánchez Monteseirín**

*Presidente de la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril  
y Alcalde de Sevilla*







La quinta edición de CREADORES marca un hito en la trayectoria de este programa. Convocada en octubre de 2010, se ha convertido más que nunca en un referente de los que luchan desde el pensamiento, desde la creación, con su palabra y sus imágenes, contra la intolerancia, el totalitarismo y la exclusión.

En la medida en que el Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz contribuya a la derrota total de aquellos que hacen del terror su bandera, nos sentiremos satisfechos de su desarrollo cada vez más extenso. Vuestra participación ya nos ha obligado a ser selectivos, no podía ser de otra forma, dados los volúmenes de participación y el nivel que han ido adquiriendo los trabajos presentados a este certamen, edición tras edición.

Los lectores, los que tengáis este volumen en vuestras manos, encontraréis en él seis poemarios, dos novelas cortas y cinco fotografías.

Se trata de una sucinta selección realizada por los jurados para que, en algo más de doscientas páginas, podáis disfrutar de una representativa muestra de los trabajos que han concursado. Por supuesto, nuestra enhorabuena a los galardonados, y nuestro total agradecimiento a todos los participantes.

**Jesús de la Lama Lamamié de Clairac**

*Director Gerente de la F. contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril*







# Composición de los jurados

---

## Jurado de la modalidad Poesía

- D. Jesús de la Lama Lamamié de Clairac
- D<sup>a</sup> Antonia Román Falcón
- D. Jacobo Cortines Torres
- D. Francisco Vélez Nieto
- D. Manuel Domínguez Senra
- D<sup>a</sup> Raquel Rico Linage

## Jurado de la modalidad Narrativa

- D. Jesús de la Lama Lamamié de Clairac
- D<sup>a</sup> Antonia Román Falcón
- D. Rafael de Cózar Sievert
- D. Antonio Rodríguez Almodóvar
- D<sup>a</sup> Rosario Fernández Cotta
- D. Antonio F. Caballos Rufino

## Jurado de la modalidad Fotografía

- D. Jesús de la Lama Lamamié de Clairac
- D<sup>a</sup> Antonia Román Falcón
- D. José Álvarez Marcos
- D. José Morón Borrego
- D. José Pedro Gil Román
- D. Alberto Rojas Mazas
- D. Raúl Vaquero Vicente









# Poesía

---



**Jorge de Arco**  
La luz está en la paz

*No otra palabra, no otro acento  
ni otro temblor entre las manos.  
¡Paz solamente! ¡Paz, hermano!  
Amor y paz como sustento.*

**Rafael Alberti**

I

La luz está en la paz y tú lo sabes.  
La luz, la luz que un tiempo fuera esquiva,  
regresa y vibra y late y se desborda  
sobre ti que, vencido, apacentabas  
tus soledades.

Cuando descubras –nuevamente–  
una sombra de niebla estremecida  
en el espejo triste del olvido,  
cuando te palpes  
el sombrío brillor de la ceniza  
en las esquinas túrbidas del duelo...,  
vendrá la luz, la amanecida súbita,  
sosegada –no el grito, no el desgarró–  
en que una mano conmovida ofrezca,

no limosnera, sino solidaria,  
el pan, el verso, el corazón, la lumbre  
que la esperanza enciende en las pupilas.

Porque siempre regresa a sus espejos,  
se reclina en su cálida conciencia,  
alivia cuanto fue amarga derrota,  
y pronuncia su mismo y dulce nombre,  
su decisiva sílaba dorada.

## II

Te escondes otra vez  
 dando cobijo al tren de la nostalgia.  
 Y es que esta tarde has puesto al descubierto  
 la huella del dolor en carne viva,  
 el oscuro pretérito,  
 la sed de la injusticia,  
 y aquel desnudo manto de amenazas.  
 Se agostan tus miradas añorantes  
 porque no eres figura, sino humo  
 de la desilusión, borrasca inmensa.

Por dentro ladra un perro de ceniza.  
 Muerde el alma, lo poco que ya queda  
 del alma, ese penúltimo rescoldo  
 de la alegría.

Pero de pronto calla. Raudo, suelta  
 su presa, y huye. Ahora es una música  
 lo que por dentro suena. ¿Mas quién tañe  
 viola tan dulce?

Hasta que escampa la mañana dócil  
buscas de madrugada el manso sueño,  
regresar del ayer más lastimado  
al hoy tranquilo,  
de los escombros a la calma.  
Y entonces, conmovido,  
repites otra vez  
que tu mejor camino es volver a ser voz,  
primera piedra,  
llave abriendo el jardín donde florece  
la rosa blanca que apacigua el odio,  
pues tu mejor destino  
es tener tu paloma preparada  
sin dejarla soñar, volar, perderse,  
hasta que el Hombre le haga un nido en su tejado.

### III

Junto al rumor del fuego  
 vas secando los húmedos cendales  
 que apenas ocultaran  
 las gélidas espinas del pasado.  
 Ahora, al par de las llamas,  
 guardan tus ojos el temblor de aquella  
 noche negra, feral y sin orillas,  
 como la sombra que los cuervos trazan  
 sobre los prados.

Pero, bien sabes,  
 que la luz verdadera está en la paz,  
 en sus tibios paisajes.  
 Y en el sabor celeste de los vientos,  
 en las ventanas  
 abiertas de un hogar,  
 sobre el verso callado de un poeta,  
 en los suaves latidos  
 de una vida que empieza,  
 bajo el pecado  
 de un niño que no sabe todavía pecar.

Y junto al resplandor  
del vino entre los labios,  
muy cerca de la mano que se posa  
en el dolor,  
detrás de la plegaria que reza la esperanza,  
que acaricia el jazmín inquebrantable,  
y que al borde el tacto  
pertinaz de la lluvia  
abriga al ángel que nos vela  
y enciende  
las cuatro esquinas donde duerme el alma,  
donde el alba despierta más luciente que nunca.



#### IV

Canta un niño, sonrío una muchacha.

Oyes sus voces,

la alegre primavera que amanece

en sus adentros.

La tibia lumbre

del alba te dibuja

su música incesante

sobre los muros blancos que te guardan.

“Qué fiel la libertad y sus fulgores,

su sol, que en lo remoto se adivina”,

te dices.

Y una luna sin lágrimas,

vecina de tus ojos,

huésped ya del gozo recobrado,

te conforta y confirma

que la vida te abraza en su latido,

en la plural conciencia

de hacer lumbre común sobre las almas,

de volver a empezar tras cada llanto,

mientras hilvana el mundo,

su conjuro, su magia

y devuelve a tus párpados  
la imagen de tu cuerpo, feliz y sostenido,  
como espuma de mar sobre las olas.

V

En el cielo mayor de tus preguntas,  
 –más lejos cada vez del enemigo–,  
 hay una hilera de ángeles insomnes  
 que claman su verdad:

“El hombre necesita lo que ama  
 para ver cómo pulsa por sus venas la sangre,  
 para llenar  
 de tolerancia el guante  
 hueco de la tristeza,  
 para hacer que germine la esperanza  
 junto a esa lengua sólita,  
 común, de los mortales.”

Y así, frente a la nada y el desorden  
 del ayer, hoy corriges  
 –el corazón devuelto a su manida–  
 lo que fuera temor, llaga, silencio...  
 Desde lo alto, el sol es casi un himno  
 que encendiera el futuro  
 y las aguas reflejan abanicos de amor,  
 semillas de un diluvio

que harán crecer, fecundas,  
la libertad, el gozo, la paz iluminada  
e iluminante. Porque  
la luz está en la paz y tú lo sabes.

**José Sarriá Cuevas**  
Raíz del agua

*¡Triste época la nuestra!  
Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.*  
**Albert Einstein**

*No hay camino para la paz, la paz es el camino.*  
**Mahatma Gandhi**

*La tolerancia es la mejor religión.*  
**Victor Hugo**

*Cuando conozco a alguien no me importa si es blanco, negro,  
judío o musulmán. Me basta con saber que es un ser humano.*  
**Walt Whitman**

**Artículo 1 de la Declaración de Principios sobre la Tolerancia.**  
**UNESCO-Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia  
y la Cultura, París, 1995**

*“La tolerancia consiste en el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro mundo, de nuestras formas de expresión y medios de ser humanos. La fomentan el conocimiento, la actitud de apertura, la comunicación y la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión. La tolerancia consiste en la armonía en la diferencia. No sólo es un deber moral, sino además una exigencia política y jurídica. La tolerancia, la virtud que hace posible la paz, contribuye a sustituir la cultura de guerra por la cultura de paz.”*

## GUADALQUIVIR

*“Al despedirse de la Andalucía  
sintió el sabor salado de la muerte...  
Guadalquivir mi corazón se llama.”*

**Antonio Gala**

Abrí mis brazos y se convirtieron en calles de agua por donde transita la sangre de geniles y guadairas. Mi corazón se hizo más ancho mientras atravesaba pinedas, olivares y campiñas, perforando el pecho de Andújar, Sevilla y Córdoba con la profundidad del cante de las minas.

Volví la vista de siglos y contemplé al instante cómo mi fecundidad fue patria de reyes tartesios y de legiones romanas.

–Yo soy el agua del islam y la fe del bautismo– musité con la calma de quien se abandona, por amor, a su destino.

Con el sabor de las marismas adiviné la fértil voz de los hijos de la Andalucía y, al fin, presintiendo la eternidad, me adentré en las aguas de un mar que me abrazaba.

Volví la vista, por última vez, antes de entregarme a la letanía de las olas, mientras el océano preguntaba por mi nombre: Guadalquivir mi corazón se llama.

## LA OTRA ORILLA

*A Ahmed M. Mgara*

Me hablará tu mirada  
de jardines de enamorados  
donde las tórtolas zurean  
entre azahar y almendros florecidos,  
del agua del islam,  
de olivos, surtidores,  
acequias y molinos arabescos.

Me hablará de canciones de jóvenes poetas,  
del éxtasis de los sufíes,  
de ulemas amantes de Dios  
que no aprueban la sangre de los mártires,  
de arquerías y aleyas,  
de pétalos de paz,  
de la misericordia  
que ilumina madrasas y mezquitas.

Y me hablarán tus gestos  
de rojas alcazabas,  
de generosos zocos  
y del color de sus especias,  
de pupilas de jóvenes  
buscando la sorpresa tras el velo,  
de la sabiduría, de vergeles,  
del perfume a jazmín  
que embriaga los sentidos.

Veré  
en tus palabras  
a mis padres y a sus padres llegar  
de un pasado glorioso.  
Y sabré que al mirarte  
o al estrechar tu mano,  
en la Plaza Feddan\*,  
mientras tomamos una taza  
de té  
o compartimos un narguile  
estaré  
alcanzando  
la otra orilla que me faltaba.

*\*Plaza Feddan es, quizá, la más hermosa de Tetuán.*



## MEDINA AZAHARA\*

Entregué la ceguera de la guerra  
por la blanca belleza del almendro  
y dediqué mi tiempo  
en Madinat al-Zahra  
a comprender la voz de los sufíes.

Abandoné la  
ira de los hombres  
por el suave murmullo de las aguas  
que repite como una letanía  
la plegaria sagrada: “Bismillah  
ir-Rahman ir-Rahim.”

Y al fin, edificué  
esta ciudad  
para la paz. Aquí mi corazón  
reposa contemplando el vuelo de las garzas  
o la belleza de los arrayanes  
mientras busca la gracia del Altísimo.

Por ello,  
¡oh, viajero!, no detengas  
tu mirada en la simple visión de los acantos  
o del estuco con que se engalanan  
las estancias.  
No demores el tiempo  
en la visión efímera  
del impoluto mármol,  
en las rojas arcadas, los jardines,  
o el sereno equilibrio de las caligrafías.

Antes bien, si contemplas  
mi ciudad, reflexiona  
acerca del placer  
pasajero que ofrece  
la vida  
y consagra  
íntegro el mihrab de tu corazón  
para Aquel de quien nace  
la clemencia  
y la misericordia:  
Rey de paz que acrisola  
la piedad y el perdón de los pecados.

*\*Madinat al-Zahra es la ciudad palatina fundada por  
Abd ar-Rahman ibn Muhammad, primer califa omeya de Córdoba.*

## EL SUR

*A Julio Martínez Mesanza, Mohamed Doggui,  
Rafael Morales y Diego Valverde*

Aquellos fueron días  
felices, cuando el júbilo  
del címbalo, el laúd y los panderos  
se mezclaba con el aroma  
de las especias y la menta,  
con el perfil de las muchachas  
junto al camino de las pitas,  
con la luz que se extingue  
contra el azul de un mar  
que baña la bahía de Cartago.

Aquellos fueron días  
colmados de fortuna  
cuando creímos alcanzar  
la eternidad, y nos sentimos  
los héroes de nuestras vidas;  
días cuando era suficiente

el placer de un té con piñones  
en alguna de las terrazas  
de Sidi Bou Said.  
Entonces, iera  
tan fácil conquistar el mundo  
y saborear el laurel  
de nuestra propia  
existencia!

En aquellos días el Sur  
no era un punto  
en el itinerario de los mapas.  
El Sur era la dicha  
de mi corazón cabalgando  
sobre el celeste de las puertas  
de Sidi Bou Said\*  
mientras el olor amarillo  
de los limones anunciaba  
el triunfo de la vida.

*\*Sidi Bou Said es un pueblo de Túnez que destaca por la belleza del color azul mediterráneo de sus casas y por la policromía con que se engalanan las puertas.*

## **MERZUGA\***

A la entrada de su casa, en Merzuga, Kabbaj había ordenado que le instalaran un brocal, sin pozo.

El agua era la utopía. Una excusa con la que pasar conversando largas tardes de desierto y arena.

*\*Merzuga es una pequeña aldea de Marruecos.  
Se encuentra cruzando el Alto Atlas,  
allá donde comienzan las grandes dunas del Sahara.*

## AMANECER EN CHEBIKA\*

*A Mohamed Chakor,  
que también ha buscado y busca  
al “Prestidigitador del aire”*

Prestidigitador del aire, dime,  
dónde ocultas la sombra de la noche,  
en qué lugar escondes el aliento  
de los muertos y, al fin, cuál es la causa  
de que un ángel me tome la mirada  
en el mismo momento de nacer.  
Prestidigitador del aire, dime,  
a qué tanto derroche de misterio  
en este inmenso océano de arena.

*\*Chebika es el gran desierto de montaña de Túnez,  
en el centro del país. A partir de ahí comienzan las dunas del Sahara,  
en su extremo oriental.*

## CONVERSAR

Conversar reclinados entre alfombras y pieles,  
 escuchar el consejo del amigo  
 venciendo largas tardes de verano  
 al sabor de una taza de café.

Recordar las historias más antiguas  
 con la añoranza  
 de un pasado glorioso  
 compartiendo la pipa de tabaco,  
 dejando libres bocanadas  
 de humo  
 inertes en el aire.

Nunca podré olvidar  
 tu casa,  
 Ismaïl\*,  
 la sonrisa furtiva  
 entre los dientes de oro,  
 el aroma envolvente de aquella cafetera,  
 ni tu adiana amistad:  
 un inmenso vergel entre tanto desierto.

*\*Ismaïl es un mercader de Mali, con el que pasé  
 una apacible tarde en su tienda de Erfoud (sudeste de Marruecos).*

## ÁNGELES DEL DESIERTO

Se esconden tras las piedras,  
juegan sobre el adobe  
de los desvencijados muros,  
mientras sus negros ojos  
iluminan el palmeral.

Entre las dunas tienen apariencia  
humana, aunque podría asegurar  
que su candidez les delata.

Los he visto acercarse, tímidos,  
con sus pequeños dromedarios  
de palma  
o con sus collares  
de lana colorida a los turistas  
para obtener unas monedas  
con que saciar su desventura.

Son los ángeles del desierto,  
ángeles con cuerpo de niño,  
con labios, con ojos de niño,  
que custodian las puertas de Tamerza\*.



Los mismos ángeles que ahogan  
la desmesura de sus ojos negros  
en las aguas profundas  
de un mar que les despoja  
la sonrisa y las alas.

*\*Tamerza son los restos de un poblado tras el que se extienden  
los infinitos espacios de una llanura de arenosas dunas,  
antesala del inmenso desierto tunecino.*

## LOS HERALDOS NEGROS

*El fotógrafo Fernando García Arévalo  
encuentra en las costas gaditanas  
(después del naufragio de una patera)  
el cadáver de un joven.  
Localiza el cuerpo por el sonido incesante  
de su teléfono móvil.*

*“Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!  
Golpes como el odio de Dios ... / ...  
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;  
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.”*

**César Vallejo**

Desde hace varios años,  
al atardecer, Aïsha, con paciencia  
infinita, se sienta  
a la puerta de casa  
por si llegan noticias de sus hijos.

Sólo escucha el silencio: los heraldos  
negros que le manda la Muerte.

Como un arpón suicida  
el silencio se clava en su costado  
y aunque resiste, como una ballena,  
cada tarde presente  
más cercanos los golpes  
que le harán sucumbir.

Hace tiempo que  
Aïsha no espera  
el milagro, tan sólo  
que alguien responda a sus llamadas.

## TEATRO CERVANTES\*

*A Mohamed Sibari, un verdadero resistente*

*“Porque la noche cae y no llegan los bárbaros.  
Y gente venida desde la frontera  
afirma que ya no hay bárbaros.  
¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?  
Quizá ellos fueran una solución después de todo.”*

**Konstantinos Kavafis**

En un lugar perdido  
de la antigua medina  
se eleva un alminar,  
ayer templo de actores  
y voces de comedia.

La puerta cerrada del viejo  
teatro no sucumbe a los envites  
del tiempo  
o al desdén  
de los que le visitan  
que ni siquiera se deslumbran

con sus hermosos azulejos  
o del nombre que cierra su fachada:  
corona de otra época y gloria de la metrópolis.

Es la imagen del que resiste,  
como un bastión, la furia  
del abandono;  
y se asoma expectante,  
al atardecer, sobre la bahía  
(esperando lo que no llegará)  
por si alguna goleta le trajese  
noticias que anunciaran  
el regreso de los actores;  
aunque hay quien afirma  
que ya no existen  
actores al otro lado del mar.

*\*El Teatro Cervantes es un antiguo edificio, hoy cerrado,  
que se desvanece en la medina de Tánger. Este poema  
está inspirado en otro que, bajo el título de Elegía para las ruinas,  
escribió el poeta y traductor marroquí Mezouar El Idrissi.*



**María Paz Cerrejón López**  
En una misma voz

**INÚTIL SINRAZÓN**

Qué amarga que llegó la primavera  
en ese marzo ya predestinado.

Qué juventud partida en su mitad  
en ese tren que no tuvo llegada.

Qué vuelo de pájaros heridos  
atravesando triste la mañana.

¡Qué inútil sinrazón  
llevarse así unas vidas  
para nada!

## CON LA MEMORIA HERIDA

Porque un día unas manos  
pulsaron asesinas  
el botón que paró  
el ritmo de tus días  
es por eso que hoy  
de nuevo aquí me encuentro  
ante tu blanca tumba

sin querer recordar  
sin olvidar tampoco

con la herida aún más grande  
con la memoria herida  
con los ojos sin ver  
más allá de los tuyos  
con los pies sin querer  
andar un solo paso  
con el peso en el pecho  
de ese nefasto día  
con mi tiempo encallado  
en océanos negros



con manos que no tienen  
caricias que ofrecer  
con brazos que han quedado  
huérfanos de los tuyos  
con noches que no esperan  
amaneceres nuevos

derribada  
vencida  
anclada en la locura

con la razón perdida  
y el alma ensombrecida

y sin querer seguir  
porque tú te llevaste  
con tu muerte  
mi vida.

## **A LOS CACHORROS FLACOS Y RABIOSOS**

En esta noche lenta que deshojo  
convoco a los fantasmas del destino  
y trato de volverte y regresarte  
en un inútil acto de conjuro.

En esta noche lenta y sin consuelo  
convoco a tantas manos asesinas,  
a los cachorros flacos y rabiosos  
que matan apuntándote en la nuca.

Convoco a los sicarios de la muerte;  
al que espía,  
al que ordena,  
al que ejecuta.

Y les invito a ver en ese suelo  
su sangre derramada,  
y no la tuya.

## HIJOS DEL DOLOR

Nosotros,  
los hijos del dolor,  
sabemos del horror  
y sus secuelas;  
de vidas cercenadas,  
de habitaciones solas  
y sábanas heladas  
en la noche.

Nosotros,  
los hijos del dolor,  
hemos visto la muerte  
muy de cerca;  
sus garras  
han prendido  
en nuestra carne.

Nosotros,  
los hijos del dolor,  
no podemos callarnos,  
y EN UNA MISMA VOZ  
nos rebelamos.

## NIÑO CON FUSIL

El niño de la foto  
tenía los ojos grandes  
y unas manos pequeñas  
agarrando un fusil;  
la mirada de odio  
en un cuerpo delgado,  
y unos labios de estaño  
que no saben reír.

El niño de la foto  
no llevaba zapatos,  
tan sólo unas sandalias  
y un sucio pantalón;  
con orgullo marchaba  
a un paso junto a otros,  
con orgullo ocultaba  
su miedo y su dolor.

El niño de la foto  
—huérfano de caricias—  
se abraza fuertemente  
a su amigo el fusil.

El niño de la foto  
no conoce la escuela;  
sólo entiende de armas  
y de sobrevivir.

Cuando la noche llega  
y sus ojos se cierran,  
¿qué sueños rondarán  
al niño del fusil?

## **EL MUNDO DE YAMIL**

El mundo de Yamil  
se reduce a una franja;  
a una tierra que pisa  
y no le pertenece,  
a un espacio entre alambres  
por otros dominado.

Los ojos de Yamil  
no saben de colores,  
de campos florecidos,  
de mañanas alegres.

Sus manos sólo saben  
de escombros y de piedras,  
de la sangre aún caliente  
de un hermano abatido.

Los días de Yamil  
desfilan sobre sombras,  
se asientan en ruinas,  
amanecen ya muertos.

Su corazón de niño  
se debate –indeciso–  
entre amar o matar,  
entre el perdón o el odio.

## **FRATERNIDAD**

Como el árbol extiende  
sus ramas hacia el cielo  
debemos extender  
nosotros nuestras manos;  
más allá de paisajes  
de valles y montañas,  
uniendo continentes,  
derribando fronteras,  
sintiéndonos hermanos.

Que tu llanto de siglos  
no quede inútilmente  
perdido y olvidado,  
que la voz de los pueblos  
traspase las paredes  
de cárceles antiguas  
y fluya como río  
corriendo y desbordando.

Que tu noche y la mía  
se junten en un sueño



bajo una misma estrella,  
y las mañanas traigan  
palomas de esperanza  
a tu tierra y mi tierra.

Que el cielo que miramos  
desde distinto punto  
no empañe sus azules  
con nubes de tristeza.

Que el suelo que pisamos  
no albergue oscuros restos  
de incomprensibles guerras.

Como el aire que ronda  
tejados y espadañas  
han de volar unidas  
palabras de otras lenguas  
que vengan a decirnos  
del gozo y del amor,  
felices precursoras  
de primaveras nuevas.

Como el sol que ilumina  
senderos y cañadas,  
y nos da su calor  
sin entender de razas,  
han de ser nuestros gestos:

amigos, defensores  
de un universo nuevo  
sin odio ni recelos.

Y, aunque en la tierra hundamos  
–profundas– las raíces,  
que el corazón extienda  
sus ramas hacia el cielo.

**Maria del Carmen Hernández Cobos**  
Sueños posibles, lo sé

Dicen que construya una casa de altos muros,  
de sólidas paredes con gruesas vigas  
a prueba de ciclones,  
de estructura de hierro  
y vientre de búnker.

Dicen que haga indestructibles los pilares,  
con cemento y ladrillo que tabique las ventanas,  
que enlose de piedra los suelos  
y cerque con rejas las flores del jardín.

Dicen que instale dobles contrafuertes en las puertas,  
que asegure con cerrojos los tejados,  
que me atrinchere,  
que tenga esperanza,  
que sólo es cuestión de tiempo.

Qué culpa he de pagar,  
quién señaló con el dedo mi rostro  
y ha sentenciado mi nombre  
sin apenas conocerme,

quién preparará el arma  
quién apretará el gatillo  
y con amarga saliva murmurará:  
-Llegó su hora-.

Yo sólo quiero asomarme a los balcones,  
deletrear las lunas que acampan en el cielo,  
seguir el rumbo de las aves y poder correr,  
correr tras ellas  
con los bolsillos ausentes de inquietudes  
y adversidades.

Sueños imposibles, lo sé,  
desvelos e insomnios de noches interminables,  
almohadas vacías,  
armarios desocupados,  
sucias tazas de café sobre estáticas alacenas,  
calendarios rotos,

escarcha bajo las manos  
es lo que tengo,  
lo que me queda,  
lo único que me pertenece.

Denme un respiro,  
un instante,  
hagamos un trato,  
paremos los relojes,  
pongámonos de acuerdo  
entre tanta tristeza  
–palabra por palabra,  
intención por intención,  
deseo por deseo,  
pensamiento por idea–  
quizás no sea difícil desatar el nudo  
y enterrar los viejos corazones  
en subterráneas grutas  
hasta ser capaces de mirarnos de frente,  
–apartando el óxido de la lengua–

y hallar,  
partiendo de los siglos que nos separan,  
un nuevo sentir.

Nunca,  
es sólo tormenta,  
mejor, quizás.

A lo lejos las farolas rompen sus bombillas  
y dejan a oscuras los solitarios parques,  
las parejas no se sientan en los bancos,  
y nadie recoge las hojas del otoño,  
las estatuas lloran ausencias,  
no se imponen los atardeceres,  
algo ocurre,  
ciertamente vivimos un momento baldío,  
lleno de acantilados  
donde la vida se mide y se cuestiona.

¿Sabéis?

A pesar de todo,  
a pesar del miedo y sus patas de araña  
doy un paso, luego otro  
y luego cien,  
nada me detiene,  
acepto esta época imposible,  
acabará algún día esta angustia,  
este olor a flores marchitas.  
Respiro y lleno mis pulmones con dulces acentos,  
desabrocho mi abrigo,  
coso en mi falda nísperos y palmeras,

no puede ser de otra forma,  
amo la vida,  
sus nubes,  
sus ríos desbocados...  
Aquí me tenéis,  
a la intemperie,  
con el pelo suelto  
y el mundo clavado en mis retinas.

Mirad,  
estoy llena de música,  
henchida de palabras,  
voy a hablar lenguajes inesperados,  
de cosas sin ton ni son:  
de los domingo y su pereza,  
de la lluvia tras los cristales,  
de la playa,  
de las fuentes.

No voy a construir una casa de altos muros  
a prueba de ciclones,  
no,  
ni indestructibles pilares  
ni rejas en las flores de mi jardín.





---

**Agustín Pérez González**  
“Premoniciones”**I****PRESENTIMIENTO**

La mañana gris  
suspendía su artesonado de nubes  
sobre firmes pilastras de fachadas.

La humedad se bebía a sorbos  
y la carga electrostática  
anunciaba de miedos ocultos  
erizando el vello  
y encrespando cabelleras.

Un puente de gracia  
llevó hasta Triana a un joven  
que sembraba sonrisas  
desde la atalaya de sus ojos claros.

Su mano, expresiva y cálida,  
y su verbo fácil,  
ganaban voluntades  
y derribaban incomprensiones  
entregándose, amigas, a cada paso.

Al pasar junto al reloj,  
una campana marcó su tiempo  
empapando el aire de bronce viejo.

Un escalofrío nuevo  
clavó en su espalda  
un cuchillo de temblores  
y un sudor frío mordió su frente  
como relámpago de nieve.

Sus entrañas  
se rebelaron contra la campana  
y contra el cielo de plomo  
que auguraba tristezas,  
y Alberto, desechando augurios  
cultivó en sus ojos esperanzas.

## II

### INOCENCIA

Aquella mañana las calles  
guardaban en cuencos de asfalto  
las lágrimas de la noche.

Camino del cole,  
tres niños interpretaban danzas de agua  
sobre sus bota de goma  
y miraban al cielo  
pidiendo bautizar sus chubasqueros.

Una mano adulta  
tiraba inútilmente de sus risas  
mas la hora  
tiraba imperiosamente de la mano  
venciendo infantiles resistencias.

En el recreo  
el sol venció tímidamente a las nubes  
clavando lanzas de luz  
sobre inexpertas pupilas

haciendo caminar sin rumbo  
a tres niños en el patio.

La esquila de un convento  
trajo a sus oídos ecos de remozado bronce  
mientras un miedo antiguo  
recorría sus carnes nuevas.

Se miraron  
sonrieron nerviosos  
y marcharon a clase aturdidos  
entre gritos y risas.

### III INQUIETUD

La triste mañana  
contrastaba con los ojos  
de una mujer decidida  
que taconeaba pasos largos  
sobre el estrecho acerado.

Su grácil cuerpo  
acompasado a su prisa  
acariciaba su cara  
en tímido balanceo.

Sus piernas pugnaban entre sí  
por llegar primera a su destino  
tras dejar los niños en la escuela.

Las calles se estrechaban  
queriendo atraparla entre sus brazos  
y una extraña sensación  
anegaba su alma de amazona  
obligándole a dejar con premura  
aquel intrincado dédalo.

Al salir,  
la claridad se llevó su incertidumbre  
cuando el aire fresco  
hizo volar su imaginación  
junto a su cabellera.

Problemas ajenos  
esperaban impacientes junto a la toga  
y los suyos volaban por un tiempo,  
pero aquel día...

Un carrillón borró sus pensamientos  
y sembró una inquietud:

¡Pobrecitos!  
¡qué solos se quedan mis niños!

## IV

### FELICIDAD

Triana contagia:  
aquí se vive más en el mismo tiempo  
pensó  
mientras cerraba el despacho y abría el alma.

Los ojos bailaban  
al compás de la alegría de la calle.  
El gris de la mañana  
había cedido al color  
y una primavera incipiente  
latía en pimpollos de Naranjos.

Los gorriones  
despedían al invierno  
que presentían ya agónico  
y el río se vestía de oro a su regreso.

Sanlúcar lanzaba un beso de brisa  
desde el espejo de agua  
y los aros del puente  
guiñaban al mar sus ojos de hierro.

Al pisar tierra firme  
Sevilla le acogió con el regalo  
de un día que ya casi olía a fiesta.

Un alegre repique  
bañó el aire de alegría  
llevándole a las puertas de la gloria.



V

**AMISTAD**

Cerraba sus puertas enero  
las nubes  
cargaban su fértil llanto en la marisma  
y el viento se distrajo en las estrellas.

La tarde  
invitaba a disfrutar la calma  
y el olor que precede a la tormenta.

El teléfono trajo palabras amistosas  
con una invitación irrechazable.  
Los hilos reverberaron risas  
y la manos soñaron abrazos  
y los labios besos fraternales.

El paladar saboreó  
anticipos de felicidad mediterránea  
y el verbo fue disponiéndose  
a entregarse en oídos receptivos.

A pesar de la noche y el invierno  
las calles tenían sus brazos abiertos,  
la luna insistía en asomarse  
tras los tules de la noche

y las estrellas guiñaban, cómplices,  
sus ojos de misterio  
mientras se acercaban alegres  
a un banquete de amistad.

La campana de Santa Cruz dio la media  
y el aire se encogió en las azoteas.

## VI SILENCIO

Un incipiente febrero  
recibió en su primera madrugada  
risas abiertas y manos enlazadas.

Los pasos lanzaban ecos  
de cal vieja y muro antiguo  
los adoquines sudaban noche  
y las farolas vomitaban luz  
en el silencio oscuro de las callejas.

Dos sombras  
se deslizaron furtivas  
por el filo de una calle solitaria  
al cruzarse se hizo un trueno  
y otro, y otro  
rasgaron el silencio y sembraron amapolas  
sobre el púrpura de una calle cárdena.

Un grito, un alarido, un icobardes!  
desgarraron otra garganta.

Más truenos y la guadaña  
segó una voz femenina  
mientras la giralda  
dejaba una campanada lúgubre  
en las entrañas de la noche.

Carreras, gritos, sirenas, llantos  
y, luego... silencio.

Calló el grillo en el jardín,  
la chicharra enmudeció en el patio,  
los cernícalos plegaron sus alas  
el luto se instaló en los cielos  
y Sevilla lloró desconsolada  
por dos personas de bien.

**Diego Rodríguez Báez**  
Breve poemario de una ausencia

*Caí hecho de plomo,  
me hundí y conmigo la Humanidad.*

**DÍA DE LA PÉRDIDA**

**I**

Envuelta en una película de carne,  
se entretrejen por separado tus pensamientos,  
describes nerviosa “lo que sí”,  
“lo que no”,  
deslumbras con un parpadeo,  
aprietas tus puños,  
el tren de palabras sale con el humo de un cigarro,  
el tubo de nicotina se vacía  
en un destello,  
me deslumbras con un parpadeo,  
pasa otro tren,  
hace una parada,  
¡pero si no hay vía!  
te mueves mecánica,  
silbas y pú-pú...

Te acercas, giras y te vas:  
–quiero un gato–  
me dices mientras me dices  
–quiero un gato–  
si fuera un gato mecánico  
que siempre estuviera a tu lado  
–¿qué me dices de un cactus?  
Pincha igual que un gato  
y no te da alergia; suena la tetera,  
tomas té,  
suena la cafetera,  
tomo café.  
Ya paró la locomotora  
y callada se te oye más que gritando,  
y callado se me hace más grande el agujero.  
Tan grande como un túnel,  
y aunque me regales una col florida  
no lo tapo en mi pecho.  
“Bayles” decías; vino o “Bombay”  
y por qué no un poco de yerba.  
Paras y te sientas,  
me deslumbras con un parpadeo,  
me callas con un silencio,

se me hace más grande el hueco,  
cabe tú, quepo yo,  
cupimos esperando el lance de la saeta.  
Viene el tren, pú-pú,  
directo al túnel negro de mi pecho.  
Y no es Quevedo en un tren,  
y no es una señora fumando un puro en apuros,  
pura idiotez que fluye.  
Puro, partido, podrido y perro pecho que tengo;  
¡Ah! y un agujero enorme para-trenes.

Para que nunca se choque contra el suelo  
hay que llevar los brazos rectos y tensos,  
el pijama y la cara de sonámbulo  
suele ser secundario  
en la secuencia golpe-porrazo.

Tejido el sueño en tu cuello  
no paro sino puedo  
hasta descubrir tus senos,  
carnosos y hermosos senos,  
que redondos y tensos  
me alumbran el camino al cielo,

al cielo de la noche, al cielo,  
me empañas el corazón  
con tus suspiros profundos  
y no veo adónde voy  
no veo, no veo, no veo,  
el cielo, el corazón, el seno,  
de tu boca el aire,  
de tu cuerpo el tacto,  
de tu corazón tu corazón;

abre el día y lo cerramos de nuevo,  
no queremos, no queremos y no queremos.

La repetición es tan bella  
como verte varias veces al día.  
–y quiero un gato– me dices  
mientras  
me dices –y quiero un gato.



## NOTICIA

### II

Te me rompes de frágil, desnuda, yacente, sin sol,  
 como el agua entre las manos,  
 como frágil apuñala el día a la viña estelar,  
 desnuda, yacente y sin sol,  
 sin sol,  
 amor, sin amor,  
 vida, sin vida,  
 besas la tierra arcillosa y pesada que tú eres.  
 Te me fuiste fresca y joven  
 como racimos de granizo y uva,  
 serena y estival enternecías a la mañana,  
 más longeva que tú, más longeva que yo.  
 Afrentabas con tus rayos los rayos primeros  
 y saludabas a Venus recogíendote los cabellos.  
 Desnuda, yacente y sin sol  
 ahora escondes tu historia, dolor y sufrimiento,  
 vitalidad y armonía,  
 ahora en los campos guardas tu astro,  
 astro victorioso y vencido,  
 espíritu ardiente y frío.

Y sobre todo silencioso y ausente  
como silencioso quedó tu pecho sonoro,  
maldito día del infierno anclado a la memoria  
como anclado a la memoria tu recuerdo callado.

### III

Súbita e intrépida te levantas,  
destrozas las sábanas y la cama,  
y la pesadilla se desvanece.

Gélida e indolente te levantas,  
vas al baño y te miras la cara,  
y la realidad te abandona.

Azules las paredes,  
verde el balcón,  
blanco el suelo.

La calle te llama  
la puerta se cierra y bajas,  
día triste, día,  
marioneta macabra  
¡abracadabra! y no ocurre nada.

Corre que te corre  
te espera la mole,  
mole de desesperación y angustia.

Llegas y no hay nadie,  
la soledad pasmosa,  
tus pasos, mis pasos,  
dueños de las horas

no me ves y no te hablo,  
pero te acompaño.  
Quedamos aquí ¡Sí!  
pero fue el año pasado,  
tu pasado, mi pasado,  
cuando nos besamos  
cuando construimos lo inconstructible  
y desconstruimos lo indesconstructible  
¡Mierda el semáforo!  
¡Mierda la calle!  
¡Mierda mi halo del que te enamoraste!  
La ausencia reina la espera  
como reina tú fuiste  
de mi último hálito de mi esencia.  
Mártir y verdugo de mi mismo. Te abandoné.  
Te dejé las desdichas descosidas,  
las paredes por lucir, las plantas por regar y el suelo frío.  
Maldita distancia interdimensional  
mi mano quiebra al tocar tu mano, mi mano.  
Azules las paredes,  
verde el balcón,  
blanco el suelo.

## DESPEDIDA

### IV

Gris es la sensación de su mirada  
cuando ignora el estado de mi alma,  
grises las olas de un mar siempre en calma  
esperando sentir la marejada.

Gris es el muelle donde atracó mi alma  
cuando iba pescando carcajadas,  
grises las olas del mar de su palma,  
tristes las letras de boca salada.

Grises y más tristes son los añicos,  
mil de mi corazón y mil del suyo  
que las gaviotas llevan en sus picos

allá con mis suspiros dónde huyo,  
iocéano de ojos oceánicos!  
entre mis lágrimas blancas soy tuyo.

## AUSENCIA

### V

Si vuelves, flor de vida, doy el cielo,  
adornado de estrellas y planetas  
y a tu sonrisa, ebúrneos cometas,  
flor de vida, muero de tal anhelo

y a tus pétalos canto en mi desvelo,  
caminando en la vía con mis maletas  
cual indio, arrancándose las saetas  
que de tu pecho salieron al vuelo.

No existe, flor de vida, flor igual,  
tan fresca, tan hermosa, tan preciosa,  
que no pierda su don primaveral,

no es de este mundo flor tan primorosa,  
que vigorosa de don tan sensual,  
guarde la magia de rosa de sal.

## MI ARMA

### VI

Al humo de un cigarro me desvelo  
 cuando veo su imagen inmortal  
 asomar, con el frío invernal,  
 con penar hondo, con brío animal,  
 por mis entrañas hasta el fin del cielo  
 y estallar en fatal quebranto astral.

Asumo al trote toda furia y vuelo  
 mi tempestad al galope, ¡oh! te anhelo,  
 ¡oh! libertad, llanto mío, lágrima, ánima,  
 de mis ojos, tus ojos; es la mirada  
 de esperanza vacía, aborregada,  
 ¡oh! libertad, llanto mío, lágrima, ánima,  
 desesperanza airada, armada, helada,  
 pintada de gloria ácida a cada  
 humano ahumado en llanto de desvelo.

Llena de lágrimas lanza su grito,  
 fuego infernal de pasión, infinito,  
 ecos de amor van al mar ¡oh Hermosa!  
 al interior del volcán ¡oh Preciosa!

bríndote magia, de sal una rosa,  
bríndote rabia, de sangre una espina.  
Ámame Amor como el mar con sus olas:  
mano tras labio y labio tras mano,  
labio tras mano y mano tras labio,  
lengua tras lengua besando amapolas,  
abarquillada y fina flor, y fina,  
y flor roja, y flor fina olorosa.  
¡Oh! libertad, llanto mío, lágrima, ánima,  
humano ahumado en llanto de desvelo  
no necesito musa ni excusa  
para hablar con palabra melosa,  
acento dame. Letra doyete alada.  
Como copos de nieve posaré  
la lentitud extrema de mis yemas  
en su cuerpo yacente y penaré  
por los párpados muertos de sus gemas.  
Necesito excusa y gran musa  
para cantar al humano inhumano  
endecasílabo ínclito afilado  
con fin de remover mente inconclusa,  
trágica y crítica y mítica música,  
parte retinas, mandoble violento,



romper, quebrar sin más la idea obtusa.

¡Oh! libertad, llanto mío, lágrima, ánima

de desaliento airado, destinado,

desatinado cómplice invitado

al corazón incierto desalmado.

Poesía rota en pedazos de poesía,

cúmulo abigarrado y latente

de mente, hueso, brazo, mano y verso,

verso insonoro de canto de ángel,

verso de soledad entre nenúfares,

verso de tubo de imagen candente,

verso de sexo y drogas duras, verso.

Mujer rota en pedazos de mujer,

ya no hay poeta que mande sonetos,

suspiro hondo, hondo en su pecho,

ya no hay niña que guarde sonetos,

suspiro hondo, hondo en su pecho

la niña, el poeta y el soneto.

¡Oh! libertad, llanto mío, lágrima, ánima,

ardiente es el deseo de cantar,

la vida, una ilusión en la cabeza,

no necesito sonrisas ni aplausos,

necesito mil caras y mil manos,

manos arriba y manchadas de blanco,  
no necesito ni el cielo ni el astro  
no necesito no necesitar,  
necesito el azar y tus labios,  
el aliento desecho a las orillas  
de un mar muerto de olas amarillas  
que transpiran al son de arena y cielo,  
como el suelo profundo otoñal,  
como al ocaso, el pasto estelar.

## MAR EN CALMA

### VII

Por qué te abrazas a mí, triste figura hermosa,  
con la cabeza gacha entre distantes ideas.

Por qué tus cobrizos rizos tus mejillas rozan,  
esbozando en sombras un sauce de largas piernas.

Por qué el rubí de tu faz ya no sella mi cuerpo  
con el azul enlazado en tu dulce resuello.

Por qué paró la espiral verdemar de tus ojos,  
donde nos sumergíamos, juntos, a nuestro antojo.

Por qué... por qué... por qué...

cuando tu boca calla me llamas en silencio,  
con un lento susurro, emulando al arroyo  
con su cristalino arrullo que quiebra en un beso,  
un beso que es veneno que engancha como el opio.

Oye... escucha...

bello sauce caído, entre mi alma y las hojas.  
Escucha el negro son; itemblando está tu aroma!

El humo flota al viento; ¡la sangre arde en tus venas!  
La miel de tus colmenas sigue siendo azucena.

No llores... ¡llora! ¡llora!

serán tus brazos, mis brazos, dueños de las horas  
que enseñan las manos separadas por la aurora.

Será el crepúsculo un labio, ausente cual la ola  
que tu piel de luna acuna por entre tu colcha.

Por qué será...

será tu tez clara, en el lago un reflejo,  
será una onda de estrellas cruzando el firmamento,  
será tu mirada astral, perdida al universo,  
como la gélida plata el cristal de un espejo.

Y es porque mi latido aúlla con los lobos,  
y es porque entre mi mente, está ausente, y loco,  
el brujo de tus besos en los días lluviosos,  
tu hechizo de caricias en las tardes de otoño.

## VIII

Por tu pupila de papel navega en silencio  
un barco de vapor,  
agitando las aguas dulces de tu mirada.  
Las olas rompen en tus pestañas.  
Las olas rompen en tus pestañas.

Y yo mojo en ellas mis tobillos  
y me pregunta una rana  
–¿Cómo estás amigo?  
–El cisne ya no canta.  
–¿Y cómo estás amigo?  
Y yo solo, y sólo, suspiro.  
Rompen.

Y a la altura de tus cejas  
en arco las estrellas.

Las repaso

una

a

una

mientras titilan en tu frente,  
mientras la caprichosa

fugaz  
se va al frente a brillar.  
Campo de alegría es tu faz, canto para mi soledad.

Suave susurrar de eses, leve zumbido de avispas que hace que tus ojos zozobren.

[Ser ausencia, niña, es oficio de mi voz  
y llorar mi pérdida, niña, oficio de tu corazón.]

Y yo tumbado en las dunas de tus labios,  
con los brazos en mi nuca cruzados  
veo pasar los soles gemelos de los días mellizos y cansados.





# Narrativa

---



## María del Rosario Naranjo Fernández

### Con pata de palo

*“[...] pero si me dan a elegir  
entre todas las vidas, yo escojo  
la del pirata cojo  
con pata de palo  
con parche en el ojo,  
con cara de malo,  
el viejo truhán, capitán  
de un barco que tuviera  
por bandera  
un par de tibias  
y una calavera”.*

*La del pirata cojo, Joaquín Sabina*

Siempre quise ser pirata. Es un sueño que me persigue desde niño. Voy surcando los mares a bordo de un velero bergantín, llevo izada una bandera más negra que mi propia alma en cuyo centro ondean la famosa calavera y un par de tibias raídas como consecuencia del paso del tiempo.

No pertenezco, sin embargo, a ese gremio de piratas esbeltos y atractivos que protagonizan las producciones de Hollywood, esos que ganan todas las batallas a base de saltos acrobáticos y burlas bien encajadas y que terminan llevándose a la pelirroja desgredada para compartir su gloria en la próxima isla.

Más bien me asemejo a un oso barbudo un pelín obeso al que la mala vida le ha regalado una bonita pata de palo, un parche en el ojo y un temible garfio con el que persuadir a los curiosos de que les conviene mantenerse lejos.

Cuando sonrío, y sólo lo hago por tres motivos que ya conoceréis, muestro una hilera de dientes mal repartidos castigados por una alimentación poco sana, el ron y la falta de higiene. Hay dos o tres huecos entre ellos que, a veces, son cubiertos por inoportunos trozos

de comida que se cuelan de modo intermitente, y mi aliento sugiere que podría haberme tragado una mofeta.

Por ningún motivo llevo la cabeza descubierta, un pañuelo o un sombrero pirata ocultan parte de mi cabello; eso sí, nada de plumas que sirvan como adorno, de esas sólo llevo las que cubren la piel de mi loro.

Como soy un canalla sin remedio, me gusta sacar la espada para dirimir conflictos: si te cruzas conmigo ándate con ojo porque cualquier comentario puede entrar en la categoría de provocación.

Jamás salgo sin mi catalejo, tengo mala vista y sólo dispongo de un ojo sano así que lo necesito para localizar objetivos.

Los mapas no se me resisten, soy capaz de descifrar cualquier jeroglífico y tengo experiencia en encontrar los tesoros más ocultos.

De hecho, una de mis actividades preferidas es partir a la caza de algún botín, no importa lo lejos que esté o lo peligrosa que resulte la travesía. Los retos son mi especialidad, por eso esta clase de empresa suelo coronarla con éxito.

A la hora de hacer el reparto soy, como corresponde a un pirata de mi categoría, poco justo. Nada de distribuciones equitativas ni de asignaciones bien merecidas; hay que ser muy arbitrario en la adjudicación de monedas y joyas pues, de otro modo, la tripulación le perdería a uno el respeto.

Además, no conozco la dignidad ni la ética y la única justicia que me preocupa es la que imparten esos jueces de provincia y mandamases que podrían echarme el guante y colgarme en el palo de una horca para ofrecer un sugerente ejemplo al pueblo.

Y es que ajusticiar piratas ha sido motivo de gloria para los gobernantes desde el origen de los tiempos, y soy consciente de que un bucanero como yo sólo escapará de la mano implacable de la ley utilizando una combinación de astucia y pericia que lo ponga, en todo momento, por delante de los esbirros del comisario. Soy escurridizo y me he propuesto ponérselo difícil a cuantos pretendan echarme el guante.

Como he de estar permanentemente atento no confío ni en mi propia sombra. Mi credo es que cada quien debe cuidar de sí mismo porque el infierno está a rebosar de incautos y crédulos.

Yo no tengo amigos, mi barco es mi hogar y mi tripulación mi compañera de viaje. Pero duermo, por si acaso, con el ojo abierto, y si alguno osa traicionarme no dudo en castigarlo obligándolo a que pasee la tabla para arrojarlo después a los tiburones.

Mi madre me enseñó que las mujeres no son buenas ni aunque estén pintadas; vean, si no, lo que pudo ocurrirle a Ulises por mor del canto de las sirenas. Así que procuro mantenerme lejos del sexo opuesto para que jamás alguna pueda tentarme desviándome de mi trayectoria.

Y esto me recuerda que les hablé acerca de tres motivos por los que soy capaz de sonreír: el primero, sonríe cada vez que tengo entre manos algún proyecto; después, vuelvo a hacerlo cuando lo culmino con éxito, pero, sobre todo, sonríe en el momento en que, para celebrarlo, me emborracho bajo las estrellas.

Ahora estoy satisfecho porque me encuentro ante el próximo reto: tengo un plan, un mapa y un tesoro valioso esperando a que yo lo descubra. No hay tiempo que perder.

He de asistir a una fiesta, la fiesta. Voy a acicalarme y ponerme guapo porque me espera la gloria.

## LA FIESTA

Espectacular. Sublime. Grandiosa. Así pinta la fiesta. Me deslizo entre las decenas de invitados con ímpetu adolescente. Estoy tan contento que se diría que, en vez de caminar, brinco.

Noto que alguien me señala y comenta. Debe ser porque me he caracterizado a la perfección: voy disfrazado de pirata, llevo un parche en el ojo que me confiere un aspecto terrible y una bonita pata de palo que manejo a las mil maravillas.

La sala es un carnaval de luces y colores, brillos psicodélicos, extrañas formas geométricas, guirnaldas, serpentinas y papelillos. La música retumba y chirrían los oídos con voluntad de hacer estallar los tímpanos. No me importa. Me siento como un niño con auriculares nuevos: lo único que deseo es escucharla cada vez más alta.

Pop, rock, techno, salsa, flamenco... todos los estilos me invitan a contonearme por igual. Nadie repara en mí. Salto y me retuerzo hasta la desesperación. Igual que si fuera un chicle. A nadie parece importarle. Aquí soy, solamente, uno más.

Avanzo hasta la mesa de mezclas y pido una canción. Es mi canción, la que me hace vibrar. Cierro los ojos mientras bailo con frenesí. ¿Soy yo, o es mi cuerpo que se mueve solo al ritmo del yeah-yeah-yeah? ¡Qué más da! Lo estoy haciendo, con eso basta.

Me noto sediento. Arrastro los pies hasta la barra y agarro un cocktail. Sabe a limón, coco y licor de café. Está realmente delicioso. Bebo uno y otro sorbo hasta apiparme. ¡Esta noche es única! ¡Viva la fiesta! Puedo emborracharme, como todos. Al fin y al cabo, aquí soy, solamente, uno más.

Comienzo a sentir un poco de mareo cuando percibo un olorcillo a fritanga que pone a bailar a mis jugos gástricos. Se me va a caer la baba mientras me aproximo a la barbacoa. Sírvame un pincho de pollo. O una chuleta. O las dos cosas. Las dos cosas... estallo en carcajadas. Me siento feliz como un niño. Pienso atiborrarme de todo, no tengo límites. ¡Esta es mi noche!

Regreso a la pista. Suena una lenta y ha llegado el momento. En toda fiesta que se precie hay una chica. La chica. Pongo en marcha el periscopio y lo voy haciendo saltar de una en otra. Las hay rubias, morenas, pelirrojas y castañas. Las hay altas, bajas, gordas y flacas.

Pero sólo ella lleva minifalda. Es tan corta que se adivina la curva de sus glúteos. Lleva el pelo a lo garçon, en consonancia, y gasta las piernas más largas que se hayan visto nunca. Es ella. Le tiendo la mano y nos fundimos en un abrazo vibrante. Ella es única. Y yo... aquí soy, solamente, uno más. Es fantástico sentirse así: puedo reír, puedo gozar, ¡puedo vivir! Recorremos la pista envueltos en una nube de humo. Giramos al mismo ritmo que la bola de colores que está colgada sobre nuestras cabezas. Una vuelta, y otra, y otra...

De repente, se ha detenido el tiempo. Ya no se escucha la música, ni el murmullo de las voces estridentes, ni las risas. No hay montones de gente alegre disfrutando de la fiesta. No hay pinchadiscos, ni barra, ni camareros con pajarita que sonrían permanentemente. No hay barbacoa ni cocktails. Ni rastro de la fiesta. Ya no me contorsiono al son de Lady Gaga ni avanzo dando saltitos como si fuera un pajarillo en primavera.

Aquí soy, solamente, uno menos. El disfraz se ha esfumado pero sigo llevando el parche y la pata de palo. Forman parte inherente de mi atuendo desde aquella fiesta, la fiesta...

Había tanta gente como hoy, incluso más. Todo el mundo se veía especialmente contento; agitábamos nuestros cuerpos al son de la música, ajenos a lo que ocurriría más tarde. Celebrábamos la entrada del nuevo año, eufóricos, cargados de ilusiones.

Estábamos todos: el alcalde, los concejales, el gobernador y otras personalidades. La sala era un carnaval de luces y colores, brillos psicodélicos, extrañas formas geométricas, guirnaldas, serpentinas y papelillos. La música retumbaba y chirriaban los oídos con voluntad de hacer estallar los tímpanos. Hasta que nos sorprendió un estruendo. Aquel estruendo. Con él nuestras vidas se tambalearon porque a partir de entonces cambiarían en gran medida y para siempre.

A pesar de todo, yo fui de los afortunados: sólo perdí una pierna y el ojo derecho. Apenas puedo oír porque la explosión me reventó el tímpano. Pero puedo contarlo. Otros compañeros no. Ella no. De aquello hace ya tres años.

Apoyo las manos sobre las muletas y me muevo hacia adelante unos metros. A lo lejos se divisa un pedazo de cielo. Es de un azul tan intenso como sus ojos. Es mi cielo, nuestro cielo, el cielo de todos.

Estoy preparado. Estoy dispuesto. Quiero dejar de ser uno menos. Cuanto más me aproximo a la salida más intensa se vuelve la luz del sol. Presiento la brisa, el verdor refulgente de los árboles. Afuera la vida aguarda y ya he perdido demasiado tiempo.

Me quitaron la pierna, el ojo, se llevaron a mis amigos... pero no pueden robarme la esperanza.

Tengo un futuro: desde ahora quiero ser, solamente, uno más.

¡Que se preparen! Ha nacido Johnny, el Pirata Caradepalo.

## **COSAS QUE PUEDEN HACERSE CUANDO UNO SE CONVIERTE EN PIRATA**

Al principio pensé que ser pirata consistía, básicamente, en ingerir grandes cantidades de alcohol y tumbarse a celebrar la vida –y también la muerte– bajo la tibia luz de la luna. Me hice con un loro en la tienda de animales de la esquina, lo que sucede es que no había manera de que permaneciera quieto y terminó revoloteando por toda la casa.

Además, ni siquiera sabía dónde estaba el tesoro. Yo tenía entendido que los loros son portadores de grandes secretos pues, al haber convivido con los corsarios, conocen sus intimidades e incluso han tenido la oportunidad de echarle un vistazo a los mapas mientras descansan cómodamente sobre el hombro de sus dueños.



Sin embargo, Currín, pues éste era el nombre de la dichosa ave, se mostraba más mudo que el cinematográfico Harpo Marx, y reacio, por otra parte, a poner de manifiesto sus habilidades, si es que éstas realmente existían.

De manera que estuve tentado de devolverlo a la tienda y, de no ser porque justo antes de que abandonara el apartamento jaula en mano el desdichado animalito pareció abandonar este mundo para entregarse a la tarea de dar un nuevo angelito al cielo, habría completado el camino de regreso a la pajarería exigiéndole al dueño que me reembolsara la cantidad invertida.

Como quiera que el loro, presa de la agitación, había entrado en estado catatónico, volvió en sí apenas crucé el umbral impelido por el propósito de ofrecerle un entierro digno en el jardín y, tras el lógico sobresalto, me repuse lo suficiente como para exigirle que diera pruebas de su valía y se ganara el sustento antes de que me convenciera de que sería más rentable restituirlo a su lugar de origen.

Con aquella amenaza parece que logré meterlo en cintura definitivamente porque, durante las siguientes dos horas, Currín no hizo otra cosa que hablar por los codos (o, mejor dicho, por las alas).

De este modo supe dónde tenía que buscar el tesoro porque, si había una palabra que repetía Currín, esa era “isla”.

## **A VIVIR QUE SON DOS DÍAS**

Los piratas andan siempre ocupados, enredados en mil historias, aventuras donde arriesgan su pellejo sin apenas inmutarse. No le temen al dolor y, mucho menos, a la muerte. Lo único que les da miedo es caer en el aburrimiento.

Mi caso, sin embargo, resulta algo distinto: como hace tres años que no trabajo me resulta fácil encontrar tiempo para hacer aquello que me apetece en cada momento. Resulta

irónico que éste sea, por lo general, el sueño de cualquier ser humano y, sin embargo, yo no haya podido hasta el momento encontrar plena satisfacción en ello. Debe ser por mi alma de pirata que en esos lapsos vacíos me agita la conciencia como si fuera una coctelera, llenándola de amargos recuerdos y vanas meditaciones.

Con todo, la ilusión de emprender una nueva empresa en esta recién estrenada vida de corsario me anima a disfrutar, en este caso, de mi situación extraordinaria. De modo que he preparado un bote para remar hasta la isla del tesoro.

Es un bote extraño por cuanto que navega por los aires en vez de hacerlo por el océano. La tripulación también luce un aspecto chocante: las vestiduras resultan demasiado sofisticadas para una excursión marítima; además, la mayoría del personal es, para mi sorpresa, femenino.

Sin duda, se debe al empuje de los tiempos, porque jamás ha habido mujeres en los barcos a salvo de ciertas pasajeras, damas en su mayoría, sacadas a la fuerza de sus hogares para ser utilizadas como moneda de cambio en alguna negociación y recluidas en las bodegas, o ramerías que se instalan por unas horas en la nave una vez se toca puerto y cuya misión consiste en aliviar a unos reprimidos marineros.

Me dirijo a una ínsula situada al sur del país, paraíso, según aseguran, de luz, color y vegetación. Eso es lo que puede leerse en el folleto, que es como llamaron en la agencia al mapa del tesoro.

Le tengo un poco de respeto al naufragio, aunque jamás miedo, ese lo perdí hace tiempo, cuando decidí convertirme en pirata y dedicar el resto de mi existencia a encontrar nuevas empresas por las que valga la pena luchar. En cuanto arribemos a la isla voy a marcar la ruta más corta para hacerme con el botín.

## LA TABERNA DEL PUERTO

Después del accidente acostumbraba a bañar mis penas en el alcohol hasta que las luces del alba bañaban la bahía. Regresaba completamente beodo, compadeciéndome de mí mismo y, sin embargo, nunca contento. Y es que olvidar, especialmente cuando se trata de episodios teñidos de sangre y sufrimiento, nunca resulta fácil. Acabamos de desembarcar y me dirijo a la taberna del puerto. Se trata de una cita ineludible para un pirata, sobre todo para un pirata borrachuzo como yo.

Hoy, no obstante, no pienso embriagarme como solía: aún no hay nada que celebrar y he de mantener los ojos bien abiertos. Ya se sabe que en esta clase de locales abundan los malandrines. Cualquiera despiste, una indiscreción cometida durante el intercambio de impresiones con algún fanfarrón, podría dar al traste con mis planes en un santiamén.

Veo una camarera sirviendo pintas de cerveza en las mesas del fondo. Es pequeña y morena. Luce, como corresponde a una buena hembra, un escote pronunciado y generoso en el que uno podría perderse y quedarse colgado eternamente, como en una representación alegórica de esa Noche oscura del alma que extasió en su día al poeta San Juan de la Cruz.

La sonrisa torcida en su rostro indica que no se presta a bromas a partir de las doce de la madrugada. Es la hora en la que suelen comenzar las tanganas y, cuando la concurrencia se encuentra achispada, resulta complejo ponerle freno al entusiasmo.

Cuando le pido que me ponga una coca cola su gesto se contrae en una mueca interrogativa: –¿Sólo coca cola?

Estoy a punto de añadirle ron, whisky o lo que haga falta con tal de borrarle al bomboncito el gesto de contrariedad, pero justo en ese momento alguien grita su nombre y la chavala se escurre con la misma velocidad con la que ha aparecido ante mis ojos sólo un momento antes.

–¡Voy pitando, Roque!– No puedo contener un suspiro mientras contemplo cómo se aleja, meneando unas caderas redondeadas que sugieren la silueta de una botella y un culo respingón que apunta vehementemente hacia el techo.

Miro alrededor: hay un público variopinto en la taberna, masculino en su mayoría, lo que provoca que el olor a almizcle y testosterona se multiplique conforme pasan las horas.

En el rincón, un grupo de fumadores empedernidos se entrega a interminables partidas de póquer. Alrededor de la barra pululan los clásicos impertinentes, típicos pegajosos que acosan a las camareras hasta arrancarles un exabrupto o lograrse una mirada de advertencia del dueño del local.

Destaca una reunión de amigos que charla animadamente en la mesa de al lado. A medida que aumenta el número de cervezas consumidas, sube el nivel de la conversación. Se muestran cada vez más eufóricos y satisfechos con sus próximos proyectos. Aguzo el oído por si capto algo.

Apenas unos minutos después, siento que un objeto pesado planea sobre mi cabeza: ha dado comienzo la pelea rutinaria. Vuelan taburetes y botellas.

Cuando alguno levanta la primera mesa salgo pitando. La cosa comienza a ponerse fea y voy estrenando una pata de palo último modelo que no quiero se vaya a estropear con el jaleo.

## **EN LA POSADA DEL BUEY**

La taberna del puerto puede resultar, a pesar de todo, el mejor lugar para ponerse al día sobre los rumores que circulan por la localidad y hacer descubrimientos que, de otro modo, quedarían ignotos para siempre.

Aquel grupo que departía alegremente junto a mí me ha proporcionado la primera pista para dar con el tesoro.

Despliego el mapa sobre la mesa y establezco las coordenadas. Amanece afuera. El viento susurra en las ventanas de la pequeña habitación que he alquilado en la Posada del buey.

Las paredes están pintadas con unos dibujos desconcertantes de brujos taimados que auguran destinos funestos y dragones feroces cuyo fuego incendia con idéntica cólera palacios y bosques.

Si fuera más impresionable, jamás habría consentido en ocupar una estancia similar, pero los piratas estamos hechos de otra pasta, somos hombres rudos de mar que no nos amedrentamos ante cuestiones banales.

Además, desde que me convertí en pirata he dejado de tener una vivienda propia. No echo de menos un hogar porque hace tres años que vagabundo de un lado a otro; he roto todos mis vínculos con la vida para lanzarme a la aventura de ser un paria.

No sé lo que es la familia ni conozco amigos. Ni siquiera estoy interesado en saber quiénes son mis vecinos. Detesto cualquier clase de sentimentalismo y estoy convencido de que esos lazos, únicamente, lo condenan a uno a sufrir y lo vuelven débil. Miren, si no, lo que ocurrió en aquella fiesta. Afortunadamente, empiezo a recuperarme de las secuelas. Uno debe lamerse las heridas y tirar para adelante.

Por otra parte, si he llegado hasta aquí es porque tengo una misión. De manera que contemplo el mapa sin permitir que la decoración o cualquier otra disquisición absurda distraigan mi atención del objetivo.

He de concentrarme porque ya no tengo, como pensaba al comienzo, todo el tiempo del mundo. Experimento una incipiente necesidad de descubrir algo que me empuja a mantenerme activo.

Ahí afuera me aguarda un no sé qué muy agradable, ese tesoro del que pronto estaré disfrutando, y no deseo tener que compartirlo con nadie.

## UN POCO DE TURISMO

El viento ha empujado una lluvia tropical que moja las calles empedradas del centro. Voy calado hasta los huesos, camino sigiloso a lo largo y ancho del pueblo, tomando nota de cada casa, cada fuente, cada rincón, hasta el más oculto.

Nunca está de más hacer un poco de turismo una vez que se toca puerto. Respirar el aire de la ciudad, observar a sus habitantes para conocer sus costumbres, su carácter y, especialmente, cuáles son sus debilidades.

Eso sí, sin que ello suponga, en caso alguno, perder el tiempo o el objetivo. Marcar el territorio, hacerlo propio desde la distancia, antes de proceder a invadirlo. A los bucaneros nos complace llevar a cabo incursiones con regularidad para aprovisionarnos de vino, víveres, telas, joyas, mujeres y otras delicias por el estilo.

Así que no descarto una en el futuro: si hay que saquear, lo haré sin contemplaciones. Tengo un corazón de acero y no flaqueo ante las súplicas de las damas temerosas o de sus relamidos esposos. En algunas ocasiones, si estoy de buen humor, negocio un intercambio interesante del que salgo muy beneficiado. Pero, si no me reporta beneficio o diversión, el trato no prospera y me mantengo implacable.

Avanzo hacia el consistorio, magno edificio que preside la plaza de la villa. Alrededor se ubican las viviendas de los consejeros, una hilera infinita de bonitas casas de colores que se apiñan con gracia.

Me hierve la sangre ante la posibilidad de curiosear un poco: el riesgo me ha provocado una subida de adrenalina y, como hace tanto que no logro sentir, cualquier sensación que sacuda mi cuerpo me complace.

Así que cruzo la acera hasta plantarme frente a ellas. Las cortinas están descorridas en algunas de las ventanas: la vida en el interior fluye, se aprecia una rutina cómoda y

agradable. Echo de menos cierta rutina, pero no puedo permitírmela, como tampoco puedo darme el lujo de lamentarme. Contemplar mi reflejo en el cristal me recuerda lo que soy; aparto la mirada y sigo mi camino.

Hay mucho que hacer todavía. Mañana, muy temprano, parte el barco que he de tomar para recorrer el archipiélago. Según he planeado, en un par de semanas, tal vez menos, habré visitado todos los rincones de la zona, recopilando pistas, deteniéndome en los lugares emblemáticos, revisándolo todo hasta dar con el ansiado botín.

Me despido del casco antiguo al son de las campanas de la iglesia mayor que, serias y rigurosas como corresponde a su cargo, dan las buenas noches a los vecinos del pueblo.

## **REFLEXIONES EN EL MUELLE**

Son las seis menos cuarto de la mañana y estoy descansando en el muelle. El barco parte dentro de media hora, aunque hace casi una que me encuentro aquí, sentado frente al mar, contemplando cómo las olas golpean la madera en su ir y venir pausado.

Currín ha caído en un profundo letargo y reposa sobre mi hombro. Muestra una fantástica expresión de extraordinaria dignidad, a pesar de los ojos entornados y el pico entreabierto.

Después de la lluvia se ha instalado una calma poderosa, que invita a la reflexión. He tenido tiempo para pensar en todo; además, anoche se había apoderado de mí una excitación tan intensa que no fui capaz de conciliar el sueño.

Debían ser las cuatro y veinte cuando comprendí que era inútil permanecer en la cama, preparé la bolsa y eché a andar hacia el puerto.

Bajo la luz de las farolas me parecía estar a pleno sol, calentándome los huesos, y el deseo de sentir la vida como antes, tumbado en la playa con los ojos cerrados y dejándome besar por las olas, me permitió transportarme a aquellos días felices en que caminaba junto a ella por la orilla.

Buscábamos pequeños objetos extraordinarios, de esos que aparecen misteriosamente sepultados bajo la arena o escupidos por el océano y que, por su naturaleza extraña al hábitat marino, casi humana, no encajan con el litoral. Esa clase de cosas como cristales de botellas, tapones, monedas, muñequillos de plástico o restos de comida.

Nos habíamos impuesto la misión de liberar al mar de esa pesada carga que le sobra, de devolver cada cosa a su medio natural, y competíamos por llenar la respectiva mochila antes que el otro. Creo que he pensado tantas veces en aquellas caminatas por la playa que he llegado a desgastar mis recuerdos. Las imágenes aparecen cada vez más borrosas, como si fuera su voluntad escapar de mi mente, y me provoca pánico el tratar, en vano, de recomponerlas. Parece como si, de tanto visualizar aquellas escenas, las hubiese convertido en una nueva realidad que no puedo controlar y ni siquiera he vivido realmente.

El sonido de la bocina del barco me saca de mi ensimismamiento. Una algarabía general y el retumbar de la música que escapa de los altavoces se imponen sobre la tranquilidad precedente.

El puerto ha cobrado vida repentinamente, llenándose de sujetos que arrastran pesadas maletas en su rápido caminar hacia el barco. Si ésta es mi tripulación habré de ser muy riguroso respecto de la vestimenta y el calzado, pero, sobre todo, tendré muy en cuenta la actitud, pues detecto cierta indolencia, una laxitud generalizada entre los tipos que comienzan a ascender la escalinata.

En vez de experimentados marineros, parecen un grupo variopinto de individuos despistados y demasiado alegres que estuvieran a punto de salir de excursión o comenzar unas vacaciones pagadas. No resulta, desde luego, la dotación que esperaba para un viaje de estas características. Aquí se viene a trabajar, de manera que tendrán que apretarse los machos si quieren permanecer a bordo hasta el final.

Johnny, el Pirata Caradepalo siempre fue muy estricto en lo que se refiere al cumplimiento de las normas.



## **A BORDO DEL BARCO**

He oído que lo llaman “cruceiro”. Debe ser un apelativo moderno que se aplica a los navíos corsarios, más acorde con los nuevos tiempos. Nunca he sido amigo de innovar ni de ponerle etiquetas a las cosas: un buque es un buque desde el origen de la piratería, y a estas alturas no pueden tolerarse cambios de esta clase que únicamente vendrían a enturbiar la imagen que la gente común tiene de nosotros.

Se trata de un barco de dimensiones formidables, capaz de surcar los mares más bravos sin apenas inmutarse. La mirada se pierde más allá de sus doscientos metros de eslora y veintiocho de manga; dicen, además, que alcanza más de diecinueve nudos de velocidad, si bien esto ha de ser una fanfarronada del primero de a bordo, puesto que resulta inimaginable que un barco pirata convencional supere los doce nudos aunque uno se empeñe en reventarlo contra las olas.

Presenta una apariencia pacífica y ni siquiera ondea la bandera pirata en el mástil; hay otras insignias y curiosos distintivos que no había contemplado hasta ahora. No obstante, llevo conmigo un típico estandarte pirata, tan negro como el fondo del infierno y tan grande como para que sea posible divisarlo desde cualquier punto de la embarcación e, incluso, a más de un kilómetro de distancia, que estoy dispuesto a colocar yo mismo aunque para ello me vea obligado a trepar hasta lo más alto del palo. La blanca calavera que lo preside ostenta una mueca insolente que pretende parecerse a una sonrisa. Un pirata no le teme a la muerte, esto han de saberlo todos los que osen aproximarse al navío.

Tampoco diviso los cañones, es probable que los tengan a buen recaudo para sorprender al enemigo. No es que me desagrade la idea, por el contrario, resulta una precaución muy inteligente aunque innecesaria: la experiencia me ha enseñado que, apuntando hacia el objetivo de forma evidente, el enemigo suele amedrentarse e inicia la retirada.

A partir de ahí el juego comienza y se incrementa el interés por completar el abordaje. La resistencia es un aliciente fantástico para los fieros hombres de mar: a mayor dificultad,

mayor valor cobra la pieza. Resulta demasiado aburrido cuando el rival se entrega sin apenas oponer resistencia. Mi camarote es exterior y goza de un ojo de buey desde donde es posible divisar el agua. Como sólo dispongo de un ojo sano he desarrollado para éste vista de lince: nada se escapa a su alcance, por eso soy capaz de distinguir los bancos de peces plateados que van cruzándose a nuestro paso.

Me quedo dormido mientras contemplo a un grupo de traviesos delfines que parece empeñado en acompañarnos durante nuestra deliciosa travesía.

## **DIARIO DE VIAJE**

Hoy he soñado con la playa. Habíamos naufragado y yo era el único superviviente. Lo había perdido todo: mi barco, mis posesiones, mis compañeros de viaje. Arrastraba mi cuerpo tullido hasta la orilla, aferrándome a los maderos resultantes de la tragedia que, como yo, flotaban inertes sobre el agua.

Apenas podía respirar mientras hacía recuento de la cantidad de cosas que se habían quedado por el camino. Me ha faltado el aire, hasta el punto de que he despertado alborotado, presa del pánico. Otra vez me ahogaba, otra vez me invadía aquella familiar desesperación...

Sobre la cama yacen las provisiones que adquirí durante mi visita a la ciudad. Están esparcidas junto a mí, de un modo informal que, sin embargo, roza lo artístico. Diríase que se trata de un cuadro pintoresco: mi cuerpo flaco, incompleto a la altura de la pierna derecha, perfectamente situado entre el resto de los objetos. Como un Guernica, rodeado de pequeñas cosas significativas que encierran mi historia.

Pasado, presente y, quién sabe, tal vez futuro, confluyen sobre un colchón de uno noventa por noventa. Hay mucho simbolismo en la escena y lo único que puedo hacer yo es maravillarme ante el azar que nos ha distribuido tan mañosamente. Ni el propio Picasso fue capaz de resumir de un modo tan maravilloso la vida.

Al igual que la obra del pintor malagueño, este cuadro improvisado aparece pintado en tonos grises, blanco y negro. Está poseído de un espíritu melancólico, triste, que envuelve la estancia al completo y, como el original, de él parece querer escaparse un grito silencioso de auxilio que reclama la atención general: ¡Sálvame, por favor, sálvame!

Entre el surtido de artículos que completan el equipaje resalta un viejo diario de pastas blandas maltratadas por el paso del tiempo. Lo he conservado hasta ahora, a pesar de que hace más de tres años que no escribo una sola línea en sus páginas amarillentas.

A decir verdad, durante todo este tiempo ni siquiera he tenido el valor suficiente como para abrirlo. Hay algo en esta pequeña libreta que me aterroriza: cada vez que la tomo entre mis manos me siento como un niño asustado. Me asaltan miles de recuerdos que explotan en mi mente con vocación de volverme loco.

Éste era mi diario de viaje, el que todo pirata lleva consigo para registrar cada uno de sus movimientos. En él estaba detallada la ruta de mi vida. Ahora, sin embargo, ha pasado a convertirse en un libro viejo, lleno de recuerdos pasados que no llevan a ninguna parte. Habré de comenzar un nuevo diario donde anotaré el recorrido que voy a iniciar a partir de este momento.

Para eso, no obstante, debería releer e incorporar aquellas vivencias, las que duermen recogidas en el viejo cuaderno, y todavía no me siento preparado para afrontar ciertos episodios que quedaron atrás. Aun despierto, cuando cierro los ojos puedo ver la playa: está próxima, pero yo me he quedado clavado en el agua, hundiéndome poco a poco junto al resto de mis pertenencias mientras en la orilla me aguarda la vida.

## **LA AVENTURA DE LA ISLA DEL LAGARTO**

Hemos hecho una parada para inspeccionar la primera isla. Saco mi brújula, el catalejo y la pistola de percusión y los guardo en la bolsa. Escondo la navaja en la funda que llevo atada a la pantorrilla de mi pierna sana, oculta bajo el pantalón.

Una de las premisas fundamentales para sobrevivir en la selva es andar bien armado, hasta los dientes si es necesario, y he oído que esta isla dispone de una espesa jungla por la que perderse.

Los compañeros han hablado de excursión, aunque yo prefiero denominarlo correría o juerga diurna. En todo caso, no se trata de una visita de cortesía, así que uno debe estar preparado para cualquier coyuntura que se presente.

Según mis cálculos el tesoro todavía queda lejos, pero en este lugar existe la posibilidad de avituallamiento, además un poco de placer no le hace mal a un pirata. Nuestra celebridad radica en la cantidad de fechorías que somos capaces de acumular en poco tiempo, de manera que no voy a perder ni un minuto en cuestiones baladíes como bañarme en la playa o pasear por el muelle o el puerto.

Sé que habrá muchas mujeres esperando en la taberna para ofrecer sus servicios a los tripulantes. También buenas mozas que, en su día libre, aprovecharán para tentar a la suerte dando una vuelta alrededor de los barcos mientras permiten que el levante juegue con sus faldas.

También los comerciantes estarán ávidos por mostrar sus mercancías: frutas del tiempo, sedas y satenes relucientes, joyas llamativas, animales exóticos que harán las delicias de unos espectadores ingenuos.

Estos entretenimientos pueblerinos no me seducen. Prefiero adentrarme en la jungla y procurarme mis propios manjares.

Aquí las palmeras y cocoteros exhiben sus frutos en un alarde de exuberancia y color demasiado cautivador para los sentidos. Los monos se descuelgan de una a otra rama en frenética carrera al tiempo que aves de coloridos plumajes atraviesan el límpido cielo.

Currín brinca sobre mi hombro: siente la llamada de la selva. Éste es su hábitat y lo sabe, reconoce a sus hermanos; sin embargo, se limita a dar vueltas sobre sí mismo mientras no cesa de hablar y dar graznidos alternativamente. Parece haber enloquecido.

Avanzo hacia el interior de la espesura donde preveo ha de existir un lago bien helado. Allí, tanto el loro como yo podremos refrescar las ideas ahora que comienza a caer la tarde.

En tanto deslizo mi cuerpo desnudo dentro del agua, me pregunto qué estarán haciendo mis hombres justo en este preciso momento.

## **EL BANQUETE**

Una comida opípara resulta el broche de oro perfecto para una jornada deliciosa en la vida de un corsario.

Siempre he sido de la opinión de que se piensa mejor con el estómago lleno, así que antes de regresar al barco me doy una vueltecita por los bares del puerto.

Tengo el sentido del olfato especialmente desarrollado, he aprendido a distinguir dónde se sirve la mejor comida de la localidad. Y no fallo jamás.

Ahora detecto un exquisito olor a cordero con especias. Habrá, seguramente, quien imagine que los hombres de mar subsistimos tan sólo a base de pescado, moluscos y otros bocados procedentes del océano; sin embargo, personalmente, casi prefiero un buen asado de carne de buey a un róbalo cocinado con esmero. Jamás debe subestimarse el valor de los productos de la tierra.

Me han situado en una mesa junto a la cristalera desde la que puedo contemplar un amplio pedazo de calle. Por lo general escojo lugares apartados, incluso oscuros, en el interior de los locales. Un pirata no resulta agradable a la vista: la pata de palo, el parche en el ojo, son adornos que no nos ayudan a parecer demasiado atractivos.

Por eso acostumbro a ubicarme en los rincones más discretos. Pasar desapercibido suele ser, por otra parte, ventajoso de cara a obtener la información precisa sin ser descubierto. Las conversaciones ajenas son mi especialidad y, en medio de ambientes distendidos, las lenguas acostumbran a estar más sueltas.

A punto estoy de recabar detalles sobre una importante comisión cuando me fijo en que unos niños han pegado su nariz al cristal. Su interés se acrecienta al detectarme, y comienzo a sentirme incómodo junto a la ventana.

Mantén la vista al frente, Johnny, me digo. Al fin y al cabo, nada puede objetársele a mi perfil, además he tomado la precaución de colocar a la vista mi ojo sano.

Sin embargo, el sonido de una bocina en el exterior me impele a girar el rostro.

—¡UN MONSTRUO!, ¡UN MONSTRUO!, ¡SOCORRO!, gritan los críos al unísono al tiempo que atraviesan la calle a toda velocidad. Sus risas taladran el único oído que me queda sano. A veces desearía haber perdido la audición por completo.

Me quedo tan compungido que, cuando el camarero me sirve el plato, apenas soy capaz de probar bocado.

### **... Y LAS MUJERES**

Camino de regreso al barco, acunado por una música lánguida que escapa de los locales nocturnos con sinuosa insistencia.

El ambiente ha refrescado y los viandantes abrigan sus cuerpos con prendas más gruesas, pero yo continúo mi camino tan campante, pues todavía estoy acalorado por lo sucedido en el restaurante. Además, me complace experimentar la humedad de la noche sobre mi piel.

Hay mujeres en las aceras que reclaman mi atención al paso; son, en su mayoría, seres castigados por la vida que, por sus peculiares circunstancias personales, se ven abocadas a hacer la calle.

En este sentido me identifico plenamente con ellas. Muchas veces es el propio destino el que decide por uno mismo, el que determina lo que uno habrá de ser y hacer. No todos tenemos la suerte de poder escoger.

No parecen tenerme miedo, a pesar de que soy un pirata temible de aspecto fiero. Cuando camino, mi pata de palo me precede agitándose en el aire con contundencia para después clavarse en el asfalto provocando lo que, en medio de la quietud nocturna, parece un grave estruendo.

Al contrario de lo que debería ser, esto excita a las mujeres que vociferan todo tipo de obscenidades mientras deslizan las manos por sus cuerpos semidesnudos.

Después de todo, ¿por qué habrían de temerme?, ¿acaso no soy un aguerrido navegante, celeberrimo corsario por todos reconocido y respetado, impenitente luchador y hábil buscador de tesoros?

Les dirijo una sonrisa y continúo avanzando.

¡Ahí va Johnny, Caradepalo!, escucho que susurran a mi paso.

Alzo la barbilla, soy infalible: no hay dama que se me resista.

## **LA NOVIA PIRATA**

Lo cierto es que me he acostumbrado demasiado a la soledad. Una vez estuve en una de esas terapias de grupo donde se reúnen personas que han vivido experiencias comunes. Pensé que aquella podría ser la solución para cambiar mi estado definitivamente.

Se trataba de una agrupación compuesta por individuos que habíamos sufrido mutilaciones u otra clase de daños irreversibles como consecuencia de accidentes graves o atentados contra la integridad física.

En definitiva, un montón de discapacitados físicos e intelectuales que nos ofrecíamos apoyo mutuo. Todos mermados en nuestras facultades, especialmente en la capacidad de socializar y continuar con nuestras vidas de modo natural.

Tenía la ilusión de encontrar una pareja entre aquella gente. Los lisiados nos sentimos más a gusto entre iguales, así evitamos tener que dar demasiadas explicaciones y podemos ejercer la autocompasión sin que alguien se empeñe en convencernos de que somos personas como el resto y nos larguen todo ese rollo de que hay que seguir viviendo, que debemos sentirnos iguales y que podemos hacer las cosas exactamente como los demás.

Por otra parte, siempre he pensado que una chica tiene que ser muy atrevida para salir con un corsario como yo. No es extraño acaparar todas las miradas allá donde uno se dirige. Mi vida no está hecha para compartirla con las mujeres, a no ser de modo esporádico, claro, pero hace mucho, mucho tiempo que no me permito una relación de más de una noche.

Cuando los sentimientos afloran todo se echa a perder. Uno se vuelve blandito, dependiente, y eso lo hace todavía más vulnerable.

Por eso ingresé en el grupo, estaba seguro de que entre todos aquellos disminuidos, compañeros de desgracias que habían visto sus existencias reducidas como me había ocurrido a mí con la mía, hallaría una compañera que me comprendiera y quisiera tal como soy.

No obstante, sólo aguanté dos sesiones. Fui a poner el ojo, precisamente, en la terapeuta. Una chica preciosa, alegre y simpática y, desde luego, completa. Jamás se habría fijado en un pirata como yo.



## LA RULETA DE LA FORTUNA

Organizan a bordo toda clase de extrañas actividades. No es que me moleste que mis hombres se diviertan, pero algunas de las celebraciones resultan inconcebibles y no se adaptan a lo que debería ser la vida normal de un bucanero.

Sólo llevamos tres días navegando y he tenido que soportar fiestas temáticas, bailes hasta la madrugada y cenas de gala que, bajo ningún concepto, casan con el concepto austero que yo tengo de lo que debe ser un pirata.

Cierto que nos gusta festejar por todo lo alto, derrochar y disfrutar sin medida de nuestros triunfos, pero la juerga no tiene sentido cuando aún no existe botín alguno que repartir.

No cabe, por tanto, la euforia porque se impone la moderación. Voy repitiéndome esta frase mientras atravieso la cubierta, decidido a poner freno a tanta falta de prudencia.

Ni siquiera he llegado a la mitad del recorrido cuando el sonido inconfundible de una ruleta me obliga a detenerme en seco. No puedo negar que soy un avezado jugador, y esto me ha permitido obtener grandes sumas de dinero en las apuestas.

Cómo han sido capaces de montar una especie de casino dentro de mi barco es algo que me llama la atención pero, en vez de detenerme en disquisiciones inútiles, prefiero sentarme lo antes posible para realizar mi primera apuesta.

Puede ser que esta noche la fortuna esté de mi lado, y en ese caso debo aprovechar el tiempo.

Estudiar a los rivales es un punto de partida fundamental para lograr la victoria. Hoy se han reunido aquí jugadores de diversa procedencia. Todos lucen sus atuendos típicos de gala compuestos por turbantes, túnicas de tafetán delicadamente bordadas, sombreros con plumas e, incluso, uniformes militares tachonados de galones y cintas.

Se percibe entre la concurrencia cierto tufillo a rancio abolengo. Mucho mejor, de este modo me sentiré todavía más satisfecho después de haberlos desplumado a todos.

## **LA ISLA DE LA BUENAVENTURA**

Hoy nos detenemos en otro punto emblemático del archipiélago. Se trata de una pequeña isla caracterizada por la abundancia de cuevas y su riqueza marina. Un lugar ideal para practicar el submarinismo.

Mientras en la cubierta algunos de los otros pasajeros se afanan en embutir sus cuerpos en unos extraños trajes que llaman de buzo y les otorgan una ridícula apariencia, yo me he preparado para una intensa jornada de pesca a pulmón.

Desciendo por la escalerilla ante la atenta mirada de una anciana señora que me contempla de hito en hito. No sé cómo se ha colado en el buque ni quién habrá sido el que la ha traído a bordo, pero juro que a mi regreso le ajustaré las cuentas al gañán que se haya atrevido a desobedecer mis órdenes. Nada de mujeres y niños en el navío, so pena de muerte.

Llevo sujeta entre los dientes una daga que refleja la cegadora luz del sol. Me he atado un pañuelo en la cabeza para proteger el cabello y ganar velocidad en los movimientos. Voy con el torso desnudo y unos calzones que me permitirán desplazarme bajo el agua con soltura.

Así equipado, nadie sería capaz de dudar de mi bravura ni de mi inconmensurable valentía. Y eso que aún no he hecho alarde de mis habilidades natatorias. Si me lo propongo, puedo ser más rápido que el pez vela.

El agua es cálida y acaricia con suavidad los músculos de mi pecho. Avanzo unos metros para alejarme del casco. Dejo pasar los bancos de barracudas y la miríada de pequeños peces que se mueven en círculo. Una medusa agita sus finos tentáculos en su rítmico desplazamiento hacia la superficie. Abajo se distingue una colonia de corales que forma un brazo alargado que se extiende paralelo a la costa.

Hay pocos metros hasta la orilla, probablemente unos dos mil. Se trata de una distancia irrisoria para un nadador experimentado como yo.

Distingo las primeras piezas grandes y hacia ellas me dirijo. Hasta que alcance la playa, calculo que habré podido pescar unas siete u ocho entre atunes, doradas, róbalos e, incluso, algún cefalópodo.

Bien sujetas en la red, una vez que pise tierra podré prepararlas como se merecen en la fogata para darme a continuación un buen banquete. Sólo de pensarlo se me está haciendo la boca agua...

## **LA GRUTA DE LAS MARAVILLAS**

¡Soy el puto amo! Nadie tiene derecho a dudarlo. Siento que camino, más que entre las aguas, sobre ellas, pues me elevo con voluntad de tocar el cielo. Hace una tarde maravillosa y todos los elementos naturales se han aliado para que mi estancia en la isla sea lo más placentera posible.

Pequeñas olas acarician mi tobillo. La espuma del mar resulta refrescante, el tacto de mi pie descalzo sobre la arena me reconforta de un modo incomparable.

Una escandalosa bandada de gaviotas corta el aire por encima de mi cabeza. Están locas, pero llenas de vida, y las adoro por eso.

El paisaje que se presenta ante mis ojos es espectacular: está conformado por playas agrestes de arenas doradas como el sol. Imponentes acantilados las abrazan para protegerlas del viento.

Sorprenden la inmensidad de la naturaleza y el silencio reinante: una vez que las aves se han perdido a lo lejos solamente se percibe el sonido de las olas que salpican la costa al lanzarse contra la arena.

Son playas hermosas que invitan al descanso y la contemplación, y por un instante me siento tentado por el ambiente de paz que me rodea.

Si pudiera, simplemente, sentarme frente al mar y pasar el resto del día perdido entre estas sensaciones embriagadoras... Pero no he venido hasta aquí para eso, así que me pongo en pie y comienzo a avanzar con determinación hacia las grutas.

Hay en la primera de ellas rocas calcáreas que cuentan historias sobre el lento caminar del tiempo. A primera vista la cueva no parece ofrecer mucho más, salvo un pequeño lago interior de agua helada donde se diría resulta imposible la inmersión.

Un pirata espabilado, sin embargo, jamás se deja engañar por las apariencias. Con toda seguridad podrá encontrarse en el fondo del agua algún tesoro escondido por mis predecesores.

Tal vez, además, un grupo de huesos desparramados me ponga sobre la pista de un par de filibusteros avariciosos que no se mostraban dispuestos a compartir el botín. Será fácil adivinar, por las expresiones contraídas de sus calaveras, que murieron como consecuencia de una exposición prolongada a las bajas temperaturas.

Parece que ha caído la tarde cuando abandono la gruta tras una exhaustiva inspección pues el cielo ha sido invadido por una paleta de colores rosáceos que le confiere un aspecto encantador.

De repente, sin embargo, y a una velocidad vertiginosa, unas nubes oscuras se ciernen amenazadoras sobre mi cabeza. Todo se torna gris y oscuro como boca de lobo.

Mientras caigo desplomado sobre la arena escucho las voces estridentes de un grupo compuesto por algunos de los compañeros que se aproximan dando grandes zancadas.

## **BAJO LA LUZ DE LA LUNA**

Debe de haberse tratado del conocido como Síndrome de Stendhal. No existe otra explicación lógica. El aire no quería llegar a mis pulmones porque estaba embriagado por la belleza del paisaje.

Según he oído, uno de los grupos, que en vez de hacer submarinismo se había entregado a la feliz tarea de pasear por la playa, me ha recogido y llevado hasta el barco. Son hombres fieles, después de todo, estos sinvergüenzas.

Algún charlatán apuntaba a la escasez de oxígeno dentro de la gruta como causa principal de mi malestar y, lamentablemente, no he tenido tiempo ni fuerzas para replicar que de ninguna manera aquel podía haber sido el motivo de mi desmayo.

Debido a una confusión fastidiosa y pasajera no he alcanzado a distinguir de quién se trataba; de lo contrario, ese truhán me las pagaría todas juntas, pues subestimar mi capacidad pulmonar le habría costado la vida.

Ahora me encuentro en la cubierta, tumbado sobre una hamaca bajo la pálida luz de la luna. Como aquella noche de primavera en la que vimos pasar el cometa.

Estábamos tomando el aire en el jardín, echados sobre la lona, charlando sobre lo divino y lo humano mientras nos dedicábamos a contemplar las estrellas.

Olía a lavanda y dama de noche. Cantaban los grillos a pleno pulmón y, para contrastar con ellos, ambos comenzamos a susurrar. Se trataba de un pacto tácito cuyo objetivo consistía en no perturbar el equilibrio natural de la vida.

De repente nos quedamos en silencio, ella alargó su blanca mano y tomó la mía. Me acariciaba la palma con sus dedos largos y finos del modo más dulce que uno pueda imaginar. Como si con ese simple gesto quisiera transmitirme todo lo que sentía por mí. Y,

efectivamente, podía sentir la fuerza de ese amor, una pasión intensa que llegaba a dolerme. Porque el amor, de una manera u otra, siempre duele.

Súbitamente, nuestras miradas se encontraron en el momento más íntimo que habíamos compartido jamás.

Una vez que volvimos a poner los ojos en el cielo, decididos, como un par de niños, a hacer recuento de los nuevos astros que se habrían instalado arriba desde que habíamos bajado la guardia, nos sorprendió la visita de un cometa.

Dicen que el paso de un cometa es símbolo de mal augurio y que nada vuelve a ser como antes después de que contemples uno. Y lo cierto es que muchas cosas cambiaron a partir de aquella noche. Demasiadas.

## **EN BUENA FORMA**

Para un pirata resulta fundamental mantenerse en forma. Todas las mañanas, desde muy temprano, la cubierta se convierte en un gimnasio improvisado para la tripulación.

Dando una vuelta de popa a proa es posible contemplar decenas de cuerpos echados sobre la madera, adoptando posturas inverosímiles: hombres que estiran músculos, levantan pesas, aros y pelotas, juegan con elásticos, corren detrás de coloridos balones, transportan bancos, hacen equilibrios, piruetas y saltos, trabajan con cuerdas y hasta inventan espalderas con las que efectúan cuidados ejercicios gimnásticos.

Sorprende que sus propietarios se afanen en esculpir unos músculos desarrollados ya lo suficiente como para tumbar a un regimiento de un solo golpe.

Un montón de torsos desnudos embadurnados de aceite corporal brillan nuevamente hoy a la luz del sol. Las pieles, curtidas por miles de horas expuestas a la intemperie, lucen arrugas indelebles.

Por el modo en que los marineros contemplan sus estilizadas figuras en el espejo y cómo se pavonean por la cubierta se diría, no obstante, que están orgullosos de llevar impresa la huella inexorable del paso del tiempo. Para ellos no es más que la muestra de toda una vida dedicada al honroso oficio del mar y la piratería.

Hay una cuestión, sin embargo, que viene a enturbiar la aparente belleza que se desprende de la escena, y es que no puede negarse la evidencia de que por aquí huele a tigre, perfume que le resta mucho de poesía a la exhibición.

Existe, asimismo, en el barco una sala estupenda reservada al ejercicio. Allí se prolonga la actividad física en un frenesí de brazos y piernas que se alzan y agitan al compás de la música.

Si no fuera porque resulta impensable además de imposible, diría que un par de mujeres se han colado entre los miembros del grupo de gimnastas y se desplazan por la habitación con ondulante agilidad.

Aunque nos empeñemos en ocultarlo, a veces se meten en los barcos compañeros un poco afeminados cuya actitud induce a esta clase de confusiones, pero no existe un motivo de peso para apartarlos de la actividad, a menos que se produzca algún escándalo o se nieguen a llevar a cabo alguna tarea por considerarla demasiado ruda para sus maneras delicadas.

De manera que continúo mi camino haciendo la vista gorda y no me detengo hasta alcanzar una pequeña estancia donde algunos de los tripulantes se encuentran literalmente tirados sobre colchonetas, recibiendo de manos de sus compañeros placenteros masajes.

Como no tolero la vagancia esta actitud me parece aberrante, vergonzosa, una actividad para flojos que contradice las normas de buena conducta del pirata. El bucanero sólo debería permitirse el descanso en tiempos de paz: ha de habérselo ganado tras una campaña o después de un trabajo bien hecho o, por qué no, la captura de un buen botín.

Recuerdo con nostalgia que hace años organizábamos sobre cubierta entretenidos juegos en equipo. Lo que más nos divertía eran las competiciones. Nos dejábamos el pellejo con tal de ganar y podíamos llegar al alba sin resuello y sin vernos afectados por la vigilia ni el esfuerzo.

A continuación reanudábamos la jornada frescos como lechugas, como si no hubiésemos dedicado horas enteras a retornos los unos a los otros y correr y saltar por el buque. Entonces conservaba aún ambas piernas y también los dos ojos.

Atrás quedaron también aquellos gloriosos días en que las tareas rutinarias servían a mis hombres para mantenerse activos: baldear la cubierta, limpiarla con fregonas y cepillos, reparar las velas rotas, trepar por el mástil e izar las velas, mover toneles y hacer nudos para poner a punto las redes eran motivo suficiente para conservar la forma.

## **EL POLIZÓN**

De todos es sabido que cuando un pirata se cruza con un niño en su barco éste se convierte de inmediato en polizón.

No hay espacio para pequeños intrusos entre los fieros tripulantes; no se admiten familiares ni es posible adoptar pobrecitos huérfanos para realizar sencillas tareas a bordo.

Por mucho que las producciones cinematográficas o televisivas se empeñen en ofrecernos una imagen tierna de los bucaneros, el pirata es, por una cuestión de principios, un ser desalmado, solitario y egoísta que jamás se preocuparía por un ser tan vulnerable.

De ahí que los únicos críos que alguna vez en la historia han pisado un navío de los nuestros hayan sido aquellos capturados en nuestros pillajes y trasladados como prisioneros de guerra a fin de ser posteriormente vendidos como esclavos.

El tráfico de esclavos constituye una práctica habitual entre los piratas que resulta, además, bastante lucrativa. Por eso la tentación de atrapar al pilluelo que se ha colado de forma tan



descarada entre los marineros es poderosa; lo que sucede es que hoy me he levantado con el pie derecho, me siento generoso y no me apetece correr detrás de él ni poner en marcha trámite alguno para aprisionarlo.

Mientras observo cómo se desliza de modo sospechoso entre las lonas reflexiono sobre el hecho de que ha de ser muy valiente o muy imprudente para atreverse a navegar cientos de kilómetros bajo la amenaza de gente sucia y de baja calaña como nosotros. Y por un momento evoco aquellos días, tan lejanos ahora en el tiempo, en que me gustaron los niños.

Recuerdo que llegamos a hablar de tener más de uno, formar una familia al estilo tradicional e, incluso, antes del accidente, visitamos algunas tiendas de muebles para estudiar las posibilidades que se nos ofrecían de cara al futuro.

Se requerían bastantes cambios en el apartamento para alojar a aquellos hipotéticos nuevos miembros y, dada nuestra situación por aquella fecha –yo acababa de ingresar en el cuerpo y apenas sobrevivíamos con mi sueldo y los exiguos beneficios que a ella le reportaba la venta de sus pinturas– decidimos posponer la aventura de la paternidad para cuando estuviéramos más holgados.

Al final todo quedó en un proyecto pues ella se marchó antes de que pudiéramos volver a plantear el tema.

Debe ser la melancolía lo que me ha convertido en un blando ya que cuando el chico vuelve a pasar por mi lado ni siquiera hago ademán de amedrentarlo. Me llevo el dedo índice a la boca para indicarle que le guardaré el secreto, pero él se limita a observarme espantado y con los ojos muy abiertos, como si yo fuese cualquier tarado que el azar ha cruzado en su camino.

Pues está bien, él se lo ha buscado, lo último que pienso hacer es preocuparme por su suerte.

## **EN EL SALÓN DE LECTURA**

Jamás pensé que descubriría en mi propio barco una estancia secreta que funciona, según se desprende a primera vista, a modo de biblioteca. Debe tratarse de un espacio destinado a las reuniones clandestinas para la organización de planes de ataque de la que no había tenido constancia hasta el momento.

Es muy típico disponer de esta clase de habitaciones en los buques, rincones secretos donde la tripulación tiene la posibilidad de descansar o tomar aliento tras una difícil campaña, o también ocultarse si el abordaje se produce por parte del enemigo.

En este sentido, constituyen una alternativa aceptable a las bodegas. Lo que me resulta chocante es que me hayan mantenido al margen de su existencia, siendo yo nada menos que el capitán.

Me he quedado, a pesar de mis recelos, fascinado por la belleza de esta cálida sala. Para empezar, porque enseguida me veo rodeado por los rostros de célebres literatos que me observan con curiosidad desde las cenefas colocadas en la parte superior.

Son las cinco de la tarde y me hallo justo en el centro de una estancia cuyas paredes están revestidas con madera de nogal y un papel de un rojo intenso salpicado de motivos marinos.

Unos mullidos sillones repartidos de forma estratégica invitan a reposar las nalgas. Son aterciopelados y, sin duda, especialmente confortables. Contrastan con ellos unas sillas de estilo informal que se encuentran alineadas a lo largo de toda la habitación. Frente a ellas se sitúa una mesa de longitud interminable por la que se distribuyen, de modo equidistante, unas modernas pantallas que despiden destellos luminosos.

Los libros se aprietan en los estantes. Yo diría que, cuanto menos, allí se alojan unos cinco mil volúmenes de todas las materias imaginables. Observo que existe una sección especialmente dedicada a los lobos de mar y no puedo evitar aproximarme para echar un vistazo.

Me hacen mucha gracia los libros sobre piratas, esos que relatan aventuras acontecidas en el océano o los que prometen llamativas biografías sobre célebres compañeros que pocas veces se ajustan a la realidad. También es posible encontrar algunos estudios un poco más serios pero, en todo caso, estos volúmenes ofrecen, en su mayoría, una versión edulcorada y deforme de los hechos.

Me enfurece comprobar que no hay nada escrito allí sobre Johnny Caradepalo. Un corsario de mi categoría merece un espacio digno en cualquier biblioteca que se precie, no importa que sea a costa de faltar a la verdad o de adornarla con romances inexistentes u otras florituras innecesarias.

Estoy decidido a grabar mi nombre con letras de oro en la historia de la piratería, aunque tenga que ser yo mismo quien redacte mi biografía.

Entretanto, me siento en uno de los sillones y saco los planos que he traído conmigo. Hace casi una semana que comenzamos la expedición y presiento que el tesoro está cada vez más cerca. Puedo olerlo, casi puedo sentirlo; algo está cambiando a mi alrededor y comienzo a notar cierto regustillo familiar... la victoria está próxima.

Ha sido una larga jornada y el sofá es tan cómodo... Pensando en el mar, la libertad que me procura, e imaginando cómo el viento empuja las velas a su paso me quedo plácidamente dormido.

## **EL GRAN TEATRO DEL MUNDO**

He dormido como un lirón. No es propio de mí, de hecho, paso tantas noches en vela que arrastro un sueño crónico desde hace más de tres años.

Deben ser más de las nueve porque el estómago me ruge como un león y la pequeña ventana de la biblioteca ya no deja pasar la claridad del día.

He de regresar al camarote, así que espero que no hayan cerrado la puerta todavía. Se tiende a menudo en los barcos piratas a proteger estas estancias secretas de las miradas de los curiosos, clausurándolas de forma constante y en los momentos más inesperados.

De cualquier modo, también es cierto que abundan las salidas alternativas para estos casos. Ya se sabe que, ocultas detrás de los muros, suelen existir pequeñas puertecillas o pasajes necesariamente oscuros y angostos por donde los filibusteros son capaces de escurrir sus cuerpos fornidos ante el asombro del resto de los mortales.

Lo único que debe hacerse es dar pequeños golpecitos sobre la madera, aguzar el oído y esperar hasta que el vacío nos devuelva el eco del sonido producido. Entonces empujar hasta que se abra por sí misma la salida y... Voilà!

Una vez dentro, dejarse guiar por el instinto resulta fácil. Camino en dirección recta. Como preveía, es un pasadizo tan negro como el demonio y tan estrecho como la cintura de una avispa.

Por suerte el trayecto es demasiado corto como para plantearse la conveniencia de haberlo tomado y en un periquete me encuentro al borde del mismo, frente a lo que parece una puerta de vidrio que apenas deja pasar una fina cortina de luz.

Con todo, arrimándome a conciencia a la puerta y poniendo en práctica mi vista de águila logro distinguir al otro lado las siluetas de un grupo de hombres. Están reunidos en torno a tres o cuatro piratas que hablan sobre cómo llevar a cabo un motín con una naturalidad pasmosa. No parece importarles quién pueda escucharles.

La verdad es que tanto descaro me indigna: no es que los piratas seamos demasiado discretos, pero hay cuestiones respecto de las que podemos ser bastante reservados y mantenernos como tumbas.

¡Vaya! Parece que ahora se muestran más precavidos porque están bajando la voz. Empujo la puerta, que cede sin oponer resistencia, y me introduzco en la sala.

Se ha quedado repentinamente a oscuras, lo que me permite avanzar hasta uno de los laterales. Me sitúo junto a unas columnas de estilo salomónico: parapetado entre ellas podré escuchar el plan con mayor claridad y sin riesgo de ser prematuramente descubierto.

Los piratas, que se habían ocultado tras unas gruesas cortinas aterciopeladas de color granate para debatir cuál había de ser el próximo paso a dar, reaparecen en escena, subidos en una tarima de madera y jactándose de su formidable inteligencia y valor y prometiendo a los hombres, que están tranquilamente sentados frente a ellos, que acabarán en pocas horas con el capitán para tomar después el barco y dirigirse hacia un paraíso ignoto ubicado a unas cuantas de millas de distancia.

Las piernas me tiemblan ante la visión de un enorme cuchillo cuya hoja brilla en la oscuridad como el lomo de una caballa. Hasta la pata de palo parece afectada por el pánico que se ha apoderado de mi cuerpo.

Si por un tiempo olvidé lo que era sentir miedo, el temor a perder la vida a manos de estos infames me ha devuelto sensaciones que creía haber desterrado para siempre.

Los piratas enseñan los dientes y gesticulan exageradamente mientras los otros, espontáneos miembros de un público enardecido por su audacia, aplauden con fervor.

Cuando logro alcanzar el camarote, después de una frenética carrera a través del barco, cierro la puerta con llave y arrastro la cama hasta ponerla atravesada delante de ella.

El corazón me late apresuradamente, tanto que, por un momento, siento que dejo de respirar. La sangre se ha acumulado en mis oídos y noto un calor intenso que me sube por las mejillas.

Currín me observa desde una de las esquinas. Tiene un ojo cerrado y el otro abierto y una expresión interrogante en la cara que le confiere un aspecto casi humano.

Podría aventurar que está a punto de estallar en carcajadas. De hecho, si no se tratase de un loro, con gusto le propinaría un par de puñetazos ahora mismo, aunque ello supusiera partirle en dos el maldito pico.

### **ESCONDIDO EN LA BODEGA**

La mejor defensa es un buen ataque. Por eso me he escondido en la bodega, habitación que, en este buque, llaman “sala de máquinas”.

De manera que pretenden reemplazarme como capitán. Pues no va a resultarles nada fácil, porque yo no estoy acostumbrado a que me den órdenes y no voy a rendirme sin oponer resistencia.

Si alguno viene a por mí estoy dispuesto a descerrajarle un par de tiros en cualquier parte fundamental de su anatomía.

No pienso dejarme amedrentar por esos bribones. Soy Johnny, el Pirata Caradepalo, terror de las islas, el amo del océano, así que, ¿quién dijo miedo?

Desde aquí podré preparar alguna estrategia para hacerles frente. Por el momento, saliendo de mi camarote he logrado despistarlos durante unas horas. Aquel será el primer sitio donde me buscarán, pero yo no estaré allí para recibirlos.

Por suerte ese estúpido loro no sabe hacer otra cosa que repetir frases inconexas, lo que resulta una ventaja pues jamás podrán sacarles una palabra que les dé la pista sobre mi paradero.

Y en todo caso, si se fuera de la lengua, sería capaz de retorcerle el pescuezo o desplumarlo con mis propias manos.

Después de comprobar por enésima vez que la pistola está cargada, apunto hacia la entrada con mi ojo sano y espero pacientemente a que hagan su aparición. Sé que, finalmente, vendrán a buscarme aquí, pero no van a tomarme por sorpresa porque voy a estar esperándoles.

Al cabo de lo que podría ser una hora, tal vez más, me despierta el sonido de una voz ronca:

–Nada, jefe, no aparece.

–¡Qué extraño! El ayudante asegura que lo ha visto entrar aquí.

–Quizás haya regresado a su camarote. ¡Id y aseguraos de que todo marche bien!

La adrenalina se me ha disparado y noto que mi cuerpo vibra como una lavadora en pleno centrifugado. Un guerrero como yo no debería quedarse dormido en plena batalla. Además, creía haber atrancado la puerta... ¿cómo han podido entrar de un modo tan sigiloso?

Me pongo en pie de un salto y sujeto el arma con fuerza. ¡Allá voy!

Si he logrado mantener mi estatus dentro del barco hasta la fecha ha sido a base de valor. He sabido imponer mi autoridad por encima de cualquier otra consideración.

Juro por las barbas de Neptuno que si algún indeseable porfía en destituirme caerá, igual que cayeron otros muchos antes.

¡Es la guerra!

## **LECCIONES SOBRE COSTUMBRES PIRATAS**

Es costumbre entre los hombres de mar castigar a los enemigos y rebeldes con una práctica que no por divertida resulta menos cruenta.

Pasear la tabla ha sido tradición desde tiempos inmemoriales. Desde la época de mis abuelos y, antes de ellos, los abuelos de mis abuelos, ya se llevaba a cabo tan lúdica actividad. En realidad, todos mis antepasados disfrutaron de este espectáculo marítimo en mayor o menor medida.

Es un acto que contiene cierta poesía: los vencidos, derrotados en alguna batalla marítima, capturados en tierra tras una incursión fructífera o, simplemente, traidores desfilan por una tabla de madera suspendida sobre el mar.

Si merecen piedad y el capitán es benevolente les serán vendados los ojos para evitarles la vista terrorífica de lo que les espera abajo; en caso contrario, deberán mantenerse inmóviles mientras contemplan cómo los escualos les aguardan, saboreando por anticipado el suculento bocado que la providencia les regala.

Al principio sólo son visibles sus aletas dorsales, pero cuanto más se alarga la espera mayor es la impaciencia por darse el festín que se apodera de ellos. Entonces comienzan a adivinarse otras partes de sus cuerpos poderosos e intimidatorios mientras acechan el barco ejecutando una espeluznante danza en círculos.

Después de caer al mar, los hombres desaparecen entre decenas de ávidos tiburones: sus miembros son inmediatamente desgarrados y devorados por una multitud de dentaduras, y de lo que una vez fueron cuerpos sólo queda un reguero de sangre que teñirá el océano durante las siguientes horas.

Hoy me siento pletórico, así que me he encaramado a la barandilla de la cubierta. Voy a simular que estoy paseando la tabla. Podría resultar un fin de fiesta original y, sin duda, atrevido.

Seguro que mis hombres me lo van a agradecer porque contribuiré a que el ambiente se relaje después de una jornada tan tensa.



Se trata sólo de una broma, por supuesto; nunca he sido demasiado diestro en el arte de la acrobacia, entre otras cosas porque mi pata de palo me impide evolucionar en este sentido pero, con todo, estoy dispuesto a correr el riesgo con tal de ver contenta a la tripulación.

Una vez arriba, cierro los ojos y me dejo invadir por la brisa marina que se cuele con persistencia en mis pulmones.

¡Qué fácil resulta trasladarse a aquellos tiempos en que juntos respirábamos el mismo aire! ¡Cómo me gustaría ser capaz de visualizar aquel gesto plácido, el que ella me regalaba cada vez que nos sentábamos frente al mar! Pero su rostro aparece desdibujado y la imagen, antes nítida, va perdiendo intensidad con el paso del tiempo.

Aún estoy ensimismado cuando escucho un grito a mi espalda: –¡AYUDA! ¡Hay un chalado subido a la barandilla!– El sobresalto casi provoca que pierda el equilibrio.

Está bien, me digo, voy a consentir la burla y a hacer oídos sordos porque esta noche estamos todos de muy buen humor, animados y hasta un poco achispados, y no hay motivo para aguarles la fiesta a los demás.

No obstante, mañana le pediré explicaciones a ese listillo por haber sido tan osado y faltarle al respeto a su capitán. Confío en que tenga preparada una buena excusa pues no descarto convertirlo en pasto para los tiburones.

Pensándolo mejor, no admitiré ninguna disculpa porque, de este modo, nos aseguraremos una segunda noche de fiesta en el buque.

## **TRATA DE BLANCAS**

Hoy tampoco hemos tocado tierra, pero la travesía ha resultado tan entretenida que no hemos tenido ocasión de echar de menos la costa.

He hecho un descubrimiento fantástico: al parecer, en mi barco se llevan a cabo actividades relacionadas con el tráfico ilícito de mujeres de las que podría obtener pingües beneficios en caso de participar.

Hoy me he limitado a ejercer de mero observador. Habían colocado una especie de tarima de longitud descomunal por donde obligaban a desfilas a las féminas.

Todas bellísimas, todas particularmente altas y de figuras bien definidas. Parecían haber sido escogidas a propósito para deslumbrar al público.

La exhibición ha durado un par de horas durante las cuales las chicas se han paseado por la plataforma maquilladas para la ocasión y ataviadas con las mejores galas: telas de seda, zapatos de alto tacón y toda clase de adornos, incluidas piedras preciosas traídas, sin duda, de paraísos lejanos.

Yo diría que se trata de princesas secuestradas durante la última excursión a tierra, incluso puede que hayan sido entregadas directamente por algún político deshonesto como pago a nuestros servicios. Es un hecho innegable que existe mucha corruptela en las corporaciones.

En todo caso, son doncellas espectaculares, de inigualable belleza, que se han estado contoneando a placer, semidesnudas y conscientes de la admiración que despertaban con los movimientos forzados de sus cuerpos gráciles.

No parecían, en última instancia, estar sufriendo las consecuencias de un rapto, pues sonreían sin cesar al tiempo que incitaban a los hombres a aplaudir su exhibición.

Yo lo he hecho hasta que me han dolido las palmas de las manos, pero el cansancio me ha vencido y no me he sentido con fuerzas como para quedarme hasta la puja.

En mi camarote he reflexionado sobre lo que acababa de contemplar, llegando a la conclusión de que estas mujeres, o bien permanecen ajenas a su suerte o se han sentido

halagadas por la expectación que provocaba el vaivén exagerado de sus caderas sobre la tarima hasta el punto de haber perdido el miedo.

Quizás me habría complacido traerme a una de ellas para que me hiciera compañía esta noche. Al fin y al cabo, son potestades del capitán. Sin embargo, el recuerdo de ella está todavía demasiado fresco en mi memoria y copa esa parcela de mi vida.

Además, el capitán ha de servir de ejemplo de contención para el resto de la tripulación y, dado que se avecina tormenta y la gran batalla está cada vez más próxima, lo adecuado sería permanecer lo suficientemente concentrados durante las próximas jornadas de viaje.

Ya estudiaré, de cualquier modo, de qué manera voy a sacar tajada de todo este turbio asunto.

## **CUANDO LA TEMPESTAD ARRECIA**

Aunque mi único dios es la libertad, no puedo negar que a veces soy un poco supersticioso e imagino que grandes catástrofes se originan como consecuencia de nuestros actos más viles.

Anoche mi cuerpo barruntaba tormenta, la pierna que me falta se ha convertido en un chivato infalible en el que he depositado plena confianza. Sufre calambres y tirones cada vez que un fenómeno meteorológico importante está presto a producirse.

Y hoy la mar amanece peligrosa, bravía, teñida de un negro profundo. No sería de extrañar que se debiera al comportamiento de mis hombres durante la pasada noche. Quizás debí poner orden en lugar de retirarme a mis aposentos como una rata cobarde. Lo que sucede es que el motín todavía está muy reciente y no creo haber recuperado la autoridad suficiente como para imponerme.

Esta gente son lobos de mar, sucios, despiadados, traicioneros y peligrosos en extremo. Son rufianes sin patria ni bandera, de poco fiar y no tienen palabra. Están adiestrados para matar

sin piedad. Cualquier paso en falso los pondría enseguida en contra de su capitán. Les gusta divertirse y no debo privarles de ese placer.

Sin embargo, me temo que la conducta de anoche debió ser deplorable. Cuando imagino la cantidad de barbaridades que habrán tenido que sufrir esas muchachas inocentes la carne se me pone de gallina.

No es de extrañar, por tanto, que comience a contemplar la posibilidad de un naufragio. Me imagino una escena a lo Titanic, yo congelándome en el agua mientras sujeto la tabla salvadora sobre la que descansa la chica de mis sueños. Lo que pasa es que la chica de mis sueños ya no está aquí para coprotagonizar la escena.

Me he sentado en la proa del barco para meditar. Está coronada por una cabeza de cocodrilo descomunal, tan grande, en realidad, como la luna llena en una noche de verano. Tiene la boca abierta de forma que muestra una hilera de dientes afilados que cortan el agua a medida que el navío vence las olas. Su mirada asesina representa la promesa de un futuro poco halagüeño: quien quiera que caiga entre sus fauces dormirá para siempre el sueño eterno.

Cuanto más avanza el día mayor es la tempestad que nos devora. Resuenan los rayos y los truenos. El barco se balancea en un vaivén descompasado que amenaza con partirlo en dos. La cólera del océano es ilimitada, y hoy se encuentra en su máximo apogeo. Sopla el Aquilón, arrastrándolo todo a su paso y son muchas las aves que, empujadas por su fuerza, vienen a golpearse contra las velas.

Comienza la lona a rasgarse por la acción del temporal y me temo que perdamos el rumbo a causa de la borrasca. Por eso me arrastro hasta tomar el timón entre mis manos. He de hacer algo para controlar la nave o pereceremos todos. Lo agarro con energía, hasta que los nudillos se me ponen blancos de tanto apretar los dedos.

Ahora estoy al frente, como corresponde a mi cargo. A través de la manta de agua que me cubre el rostro trato de localizar al resto de la tripulación.

¿Por qué no hay nadie sobre cubierta?, ¿son todos mis hombres unos cobardes? El mero pensamiento me perturba más que la propia tormenta. No podría soportar la constatación de una realidad tan infame. Si estoy navegando con un hatajo de cobardes prefiero que la muerte me salga al encuentro.

Repentinamente, se escucha el sonido de una sirena y acto seguido una voz femenina casi mecánica, que parece provenir del cielo, ruge: –“Se ruega a todos los pasajeros que abandonen de inmediato la cubierta y se pongan a salvo hasta que el temporal amaine.” Después, una música celestial...

Tengo el vello de la nuca de punta. En toda mi existencia pirata jamás había tenido la oportunidad de sentir de un modo tan cercano el canto de las sirenas.

A punto he estado de dejarme llevar por el tono melodioso de las ninfas marinas. Afortunadamente, los años de experiencia impiden que caiga en una trampa tan burda.

Definitivamente, no voy a abandonar mi puesto. Aunque antes de continuar gobernando la nave pasaré por mi camarote para localizar mis cartas de navegación y mi brújula. He de marcar un nuevo destino para mañana, si es que a causa de la tempestad no hemos encallado antes de que amanezca.

## **LA GRAN BATALLA**

Calma chicha en la mar. Dicen que después de la tempestad siempre llega la calma, mas un marinero curtido sabe que esta clase de tranquilidad no es más que un espejismo.

Hoy he amanecido con el alma revuelta: he preparado la pólvora y tengo ya las pistolas cargadas. Ahora toca revisar los cañones para que estén listos para el ataque. En un barco de esta envergadura, calculo debe haber, cuanto menos, unos ciento cincuenta cañones de gran potencia.

No le temo a la muerte porque hace más de tres años que no me siento vivo. No soy más que un pedazo de carne obligado a permanecer entre los hombres, cuando mi deseo más ferviente sería que me enviaran directamente al infierno.

He de convivir con un pasado demasiado amargo como para ser soportado por un solo ser humano, un pasado que comenzó aquel día aciago, el de la fiesta, y no antes. De lo que viví antes de aquello no tengo derecho a acordarme. Hay demasiada felicidad alojada entre aquellos momentos y la felicidad, cuando no puede ser compartida, puede llegar a doler hasta desgarrarlo a uno por dentro.

Con el viento en popa, surcamos el océano a toda velocidad. Nos empuja, además, la determinación: el enemigo acecha constantemente, hace tiempo que tengo una cuenta pendiente y no pasa de hoy que quede saldada.

¡A toda vela!, ordeno. El navío no navega sino que vuela, como lo hizo en su día El Temido. Un pirata valiente sale al encuentro del adversario, no lo espera de brazos cruzados.

Doy un salto para encaramarme al palo y desde allí controlo el océano en toda su amplitud. Pronto el catalejo me revela la presencia de un buque. Lleva izado un pendón que me resulta familiar. Ese pendón, y también la bandera que ondea a su lado, me propongo, en menos que canta un gallo se verán rendidos a mis pies.

Todo se desarrolla con extremada rapidez. En apenas unos minutos tenemos al rival de frente. Me sorprende comprobar que no se trata de uno sino que son dos los barcos fletados para practicar el asedio. Esto, en lugar de disuadirnos a desistir, le otorga a la empresa un cariz aún más divertido.

Vira nuestro bajel para dejarlos pasar; es necesario preparar una estrategia de combate adecuada a las circunstancias. Mi mente funciona a la velocidad del rayo: una vez que sucumban, habrá que tomar algún rehén. La presa debe ser lo suficientemente importante como para que el rival se arriesgue en el futuro o se vea obligado a negociar, en su caso.

Será el único que quede con vida, el resto caerá durante la pelea, o será pasado a cuchillo una vez termine todo.

–“¡Eh, oiga! ¡Sí, usted, el cojo! ¡Bájese de ahí!, ¿es que no ve que puede caerse?”

Las palabras se introducen en mi cerebro a modo de taladradora. Ni siquiera miro hacia abajo. Esa es la señal que esperaba, y sé lo que tengo que hacer.

¡Vamos, mis valientes, al abordaje!, bramo.

Cuidado, amigos, Johnny, Caradepalo está dispuesto a dar la batalla. Que tiemble el enemigo porque, ahora sí, tiene las horas contadas.

## **EL ANSIADO BOTÍN**

El furor de la batalla me ha hecho caer en un sueño profundo que me ha mantenido “K.O.” durante horas. Cuando he abierto los ojos, el barco se había detenido. Habíamos llegado a puerto, salvando una tormenta de antología y una batalla marítima digna del mismísimo Barbanegra.

Nos esperaba una nueva isla, la más accidentada del archipiélago pues está conformada por un conjunto de montañas rocosas de gran pendiente. Algunas de ellas coronadas por volcanes que no hace mucho que entraron en erupción por última vez.

Precisamente entre dos macizos situados al oeste de la isla tengo señalado en mi mapa con una cruz prominente el lugar donde se encuentra escondido el tesoro.

Cuando un momento tan importante llega por fin, un pirata debe pararse a saborearlo como requiere la ocasión. Hacer balance de lo bueno y malo del viaje, qué cosas se ganaron y cuáles se perdieron durante el trayecto, qué es lo que se ha aprendido tras la experiencia y cómo se podrá en el futuro aplicar esas lecciones para evitar caer en errores pasados.

Lo que sucede es que, una vez aquí, me cuesta trabajo hasta respirar. La excitación se ha apoderado de mí hasta el punto de que, a pesar de llevar más de seis horas caminando, subiendo y bajando cuestras y venciendo lo escarpado del terreno a costa de mucho esfuerzo, apenas noto el cansancio que amenaza con aflorar en cualquier momento.

Ni siquiera contemplo la posibilidad de detenerme a beber agua de la cantimplora. Hace mucho calor y me sangra el pie, pero la prisa por llegar a mi destino supera cualquier malestar externo.

Un pasito para adelante, tres hacia la derecha, doce en diagonal... Un tesoro es, para un bucanero, un premio demasiado valioso como para renunciar a él por cualquier motivo. A veces se trata de una preciada pieza artística, un cofre repleto de monedas, perlas u otra clase de alhajas; otras, simplemente, contiene los planos de algún proyecto ambicioso o un mapa que ofrece nuevas pistas con la promesa de una satisfacción mayor, o el diario de un ilustre compañero que desvelará secretos que jamás habríamos podido imaginar.

Cualquier tesoro, en definitiva, puede resultar excelente a los ojos de quien lo descubre; todo depende del valor que uno le otorgue a su contenido.

Por eso no debe resultar extraño que el mío esté repleto de huesos. Son los huesos más valiosos de la Historia, más que los de cualquier príncipe o rey que haya conocido el mundo hasta la fecha.

Son huesos llenos de recuerdos, en ellos está escrita una bonita historia de amor que se vio frustrada por circunstancias ajenas a nuestra voluntad. Me pertenecen, tengo todo el derecho del mundo a desenterrarlos.

De modo que, sin pensármelo dos veces, alzo la pala y, con un golpe que hace vibrar el suelo, comienzo a cavar. El punto clave está localizado, cómo no, debajo de una espléndida palmera. El tesoro ha sido escondido en las entrañas de la tierra y requiere de horas de trabajo para extraerlo. Sin embargo, la recompensa supera con creces el sacrificio.



Una espesa niebla se ha apoderado de la playa y el graznido de las gaviotas parece el presagio de la conclusión de mi aventura en busca del ansiado botín.

## **EN LA PRISIÓN DE TORRESGEMELAS**

Hace dos días que estoy detenido, acusado de haber profanado una tumba.

¿Cómo pueden haber inventado una excusa tan peregrina para encerrarme? Si existe algo sagrado para mí, eso es ella. Aunque ya no esté con nosotros, jamás me atrevería a faltarle al respeto. Ella fue mi luz, mi vida, mi todo. Éramos el uno para el otro, y me amaba tal como soy. Ni siquiera hoy, a pesar de mis heridas, habría dejado de adorarme. Tengo la certeza.

Ella sí que era una novia para un pirata, para un pirata cojo, tuerto y castigado por la vida como yo. Me habría querido con todos mis defectos, sin juzgarme ni escandalizarse por mi aspecto fiero.

Ella, y sólo ella, habría comprendido que son gajes del oficio. Los lobos de mar como yo están salpicados de horribles cicatrices y heridas mucho más profundas, grabadas a fuego en el alma.

Así se lo explico al oficial de policía con el que me entrevisto, pero se limita a observarme de hito en hito, con cara de no entender ni jota. No esperaba otra cosa, los corsarios somos los eternamente incomprensidos y este tipo resulta, con su traje oscuro y su pose empacada, un absoluto grosero: zafio, antipático y prácticamente mudo, se limita a hacer anotaciones en un viejo cuaderno con mecánico ademán mientras, con un gesto brusco de la barbilla, me insta a relatarle la historia del tesoro.

No pienso ponerlo sobre la pista. De eso ni hablar. Si mis hombres han logrado escapar con vida, he de protegerlos. Además, hay una parte de la historia inenarrable que me llevaré conmigo a la tumba. Mi vida de pirata me obliga a ser discreto y, sobre todo, a mantener a salvo al resto de compañeros.

Se trata de un código de honor que cumplimos a rajatabla.

–“¿Qué sucedió aquella noche de Fin de Año de 2006?”, tenía los miembros dormidos a causa de la inactividad y la pregunta reactiva la circulación de la sangre por todo mi cuerpo.

El agente me mira fijamente a los ojos; espera una respuesta. Pero yo no acierto a pronunciar palabra. Se me agolpan los recuerdos en el cerebro, que parece a punto de estallar por la presión.

El hombre extiende una mano velluda. La mantiene en el aire, duda; se diría que ha estado a punto de tomar la mía aunque, finalmente, vuelve a apoyarla sobre la mesa.

–“Señor Herrera”, musita en un tono condescendiente, y esta vez su expresión se ha tornado distinta: hay conmisericordia en sus ojos, “Cicuéntenos qué lo impulsó a embarcarse en este viaje, y por qué deseaba tanto desenterrar el cadáver de su novia, fallecida hace tres años en el atentado perpetrado en la capital.”

## **DE VILLANO A HÉROE**

“Festejábamos el cambio de año en un famoso restaurante del centro de la capital. Todos los invitados, miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado recién licenciados, habíamos acudido para una cena con baile ataviados con nuestras mejores galas.

Estábamos todos: el alcalde, los concejales, el gobernador y otras personalidades. La sala era un carnaval de luces y colores, brillos psicodélicos, extrañas formas geométricas, guirnaldas, serpentinas y papelillos. La música retumbaba y chirriaban los oídos con voluntad de hacer estallar los tímpanos.

La mayoría íbamos acompañados de nuestras familias, amigos o parejas. Ángela era muy tímida pero no se negó a bailar cuando la arrastré hasta la pista. Sabía que para mí era una noche muy especial y estaba dispuesta a complacerme en todo lo que me hiciera feliz. Era una chica fantástica, dulce, comprensiva, y me adoraba. Como yo a ella.

Sonaba una de Shakira. Después de Metallica y AC/DC a algunos les pareció una opción un poco hortera y abandonaron la pista. Pero nosotros teníamos la intención de disfrutar a tope de la fiesta, así que comenzamos a menear las caderas al ritmo de la colombiana sin ninguna clase de complejo.

Lo último que recuerdo es un ruido infernal que se superponía a la música. El suelo vibraba bajo mis pies y, al instante siguiente, había salido despedido.

En el hospital fueron muy amables conmigo. La intervención duró horas, después recibí la asistencia de una afectuosa psicóloga. Pero estaba tan histérico que no acertaba a explicarle lo ocurrido.

Se mostraba muy interesada en saber cómo me sentía. Una auténtica mierda, quería contestarle, pero la voz se me había quedado atascada en la garganta y la única palabra que atinaba a pronunciar era su nombre: Ángela...

Una vez salí de allí y creyeron que estaba lo suficientemente preparado para enfrentarme nuevamente a la vida comenzaron a darme detalles sobre lo sucedido aquella noche. Entonces supe que habían hecho estallar un coche bomba junto al restaurante.

Insistían en que debía apuntarme a un grupo para hacer una terapia que me serviría de cara a asimilar mi nueva condición de discapacitado; allí podría conocer a otras personas en mi misma situación que, sin duda, me ayudarían a salir del bache y a hacerme consciente de que la vida sigue y se puede continuar a pesar de las limitaciones físicas.

Pero había otras limitaciones, de carácter menos superficial, que me impedían superar la tragedia. De lo único que era realmente consciente es de la cantidad de cosas que había perdido aquella noche.”

Después vino lo de convertirme en pirata. Resulta obvio que, con una pata de palo y un parche en el ojo, uno se dedique a asaltar barcos. Me costó tres años entender esto, que

es necesario sacarle partido a las circunstancias, estudiar las propias limitaciones y lograr ventaja de las cualidades que nos hacen distintos a los demás.

Comprendí que no era bien recibido entre el resto de los mortales, así que estaba obligado a buscar mi camino más allá del mundo ordinario. Era necesario que me reencontrara conmigo mismo, que me aceptara como era ahora, después del accidente. Sólo así lograría dejar de ser rechazado por los demás. De este modo nació Johnny, Caradepalo.

Lo del tesoro vino después. También resulta lógico que un bucanero tenga un mapa, un destino y un tesoro que descubrir. Si uno no tiene una misión en la vida no tiene nada. Y yo necesitaba una ilusión.

También los oficiales que me tenían bajo custodia debían compartir esa necesidad pues, aunque esperaba un juicio, una sentencia y la inevitable condena, me dejaron en libertad después de mi declaración.

A partir de ahora tendré Patente de Corso para navegar y realizar cualquier incursión que se me antoje, siempre que comparta el botín con las autoridades. El documento está redactado en bonitas letras doradas y lo guardo en el bolsillo de la chaqueta que está más próximo al corazón.

Tal vez para la próxima salida me dirija hacia el Caribe: Florida, Cuba, Jamaica, Bahamas, Puerto Rico... hay un mundo muy amplio ahí afuera y no quiero perdérmelo. Voy a recorrerlo palmo a palmo hasta que la muerte me lleve o los huesos me lo impidan.

Estoy sentado en una cafetería al aire libre y me sorprende comprobar que una chica ha puesto los ojos sobre mí. No es que me extrañe pues, últimamente, he tenido que acostumbrarme a que la gente incluso se detenga cuando paso por su lado y me observen como si fuera un bicho raro. No obstante, con el permiso obtenido vuelvo a sentirme libre y circularé sin límites y a mi antojo, no me importa que todos sepan que soy un temible pirata.

Lo que me asombra, por tanto, no es que la chica se haya fijado en mi pata de palo o mi parche, sino que me mire de ese modo tan raro, de una forma nueva, distinta a como lo hacen los demás. No hay compasión ni ternura en sus ojos, no hay esa pena que traslucen quienes se topan conmigo. Hay, en cambio, algo parecido a la admiración. Puede ser que me haya reconocido: soy el famoso Caradepalo, el rey de los mares, terror de las islas.

Le sonrío y agarro un espejo: desde hace tres años he sentido repugnancia cada vez que contemplaba mi imagen, pero hoy puedo ver mi rostro desfigurado y tocar mis cicatrices sin horrorizarme. Son mucho peores las cicatrices del alma. Además, me gusta pensar que se trata de heridas de guerra, que forman parte de la historia, mi historia.

Imagino que la pierna se la tragó un tiburón en una fiera lucha cuerpo a cuerpo en el fondo del océano, como consecuencia de la cual el escualo perdió el ojo izquierdo; yo, en cambio, dejé el mío en una batalla en alta mar contra una panda de tenaces y sangrientos filibusteros. El oído quedó tocado después de una tanda de disparos de mosquete por parte de las autoridades durante una persecución. Por supuesto, no me alcanzaron.

Después de todo, no soy tan feo... tengo cierto atractivo, un aire canalla. Soy un tipo pinturero y, bien atildado, doy el pego.

¡Arrea! Toca ponerse las pilas: la chica ha pagado la cuenta, se ha puesto en pie y ahora se dirige directamente hacia aquí.

## **EPÍLOGO: SER CAPITÁN DE BARCO**

Los actos sociales me horrorizan. Especialmente si soy el protagonista. Lo que sucede es que hoy van a proclamarme oficialmente capitán y no podía perdérmele.

Hace casi dos años que no he vuelto a salir de viaje. Desde aquella aventura en las islas se puede decir que aparqué el barco. Encontré un tesoro tan valioso que he podido vivir de las ganancias hasta el momento.

Aprendí muchas cosas de aquella experiencia pero, la más importante, que hay que mirar hacia delante y seguir viviendo a pesar de todo.

No se puede sepultar el pasado, hay que aprender a convivir con él. Atrás quedó ese desprecio por la vida que me había empujado a instalarme en un catastrófico sentido de la existencia que me carcomía.

Antes pensaba que el destino era el que lo decidía todo, pero he llegado a la conclusión de que es uno mismo quien escribe su diario de viaje. Por eso aquel que hace años guardé en el cajón ha sido abierto nuevamente para reescribir la historia.

Como he dicho, detesto las reuniones multitudinarias. De ahí que sienta un vértigo exagerado cuando subo al escenario. Hace años que me propusieron recibir esta medalla, lo que pasa es que me negué porque no estaba preparado. Entonces aduje que detesto la palabra “víctima” porque induce a la compasión, y que no disfruto con los homenajes.

–“Juan Luis Herrera Lozano.”

Me pongo en pie para dirigirme hacia el escenario. Está situado sobre una plataforma elevada y, una vez sobre ella, puedo contemplar la multitud de personas que se agolpan allá abajo.

Es como si estuviera encaramado al mástil, divisando leguas de un océano infinito a mi alrededor. Un océano inmenso de cabezas cuya mirada ansiosa se dirige, directamente, hacia mi persona.

Casi me siento mareado: he de hablar, todo el mundo espera que pronuncie unas emotivas palabras y, en realidad, las he traído anotadas en un pequeño trozo de papel, tan pequeño, que no atino a extraerlo del bolsillo de la chaqueta.

Se escucha un murmullo al fondo, persistente, que rápidamente me traslada al mar. Es el sonido de las olas golpeando la playa. La espuma efervescente que se funde con la arena en una sola alma.

Aun despierto, cierro los ojos y alcanzo a ver la playa: pero ahora yo estoy en ella, mirando hacia el mar donde flotan aquellos recuerdos que durante un largo tiempo me impidieron alcanzar la orilla. Me deslumbra una luz que parpadea a lo lejos: es la luz de un faro, esa torre que me impide derrumbarme en los momentos clave, la que me obliga a mantener el rumbo aun en momentos de fuerte marejada.

Entonces diviso entre el público a mi mujer y mi hija. Tengo una familia, tengo proyectos, y ese es el mejor botín que podría haber logrado en mi vida de pirata. También tengo la certeza de que uno debe aprender a convivir con su propia historia, pase lo que pase...

“Y si caigo,  
¿qué es la vida?

Por pérdida  
ya la di,  
cuando el yugo  
del esclavo,  
como un bravo,  
sacudí.

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria, la mar.”

Me escucho recitar. A continuación, una tanda de aplausos inunda la sala. Espronceda se sentiría orgulloso de mí.

Al inicio de esta historia os hablé acerca de tres motivos por los que soy capaz de sonreír: el primero, sonrío cada vez que tengo entre manos algún proyecto; después, vuelvo a hacerlo cuando lo culmino con éxito, pero, sobre todo, sonrío en el momento en que, para celebrarlo, me emborracho bajo las estrellas.

Hoy voy a celebrarlo como Dios manda, arropado por mi gente y envuelto entre espumosas burbujas de champán.

## **UN VIAJE NUEVO**

La proa se está elevando y el navío comienza a subir, cada vez más alto, cada vez más rápido.

Vuela surcando el viento mientras atraviesa montones de esponjosas nubes a su paso.

Riela la luna en el mar.



---

## Juan Carlos Pérez López

### Un desfile de sables

*La pasión desbocada y el interés propio  
corrompen el poder y a los hombres que lo detentan.*

Los tiempos duros, los que fueron sembrados en campos grumosos, en surcos de odios profundos, los que abonados con desgarros físicos y desprecios morales germinaron de la ignominia, no deben ser olvidados jamás; sólo si evitamos el borrón y cuenta nueva impediremos que rebroten de sus propias miserias.

No debemos tener miedo de enfrentarnos al dolor acumulado en las entrañas, de afrontar sus secuelas morales; no mientras seamos capaces de poner en pie un parlamento abierto y humilde con nosotros mismos, pero de igual manera con nuestros verdugos desde el coraje de mirarlos cara a cara. Empezar una acción de valentía personal, de dignidad colectiva, no significa hurgar en las heridas que aún quedan abiertas, a la espera de cicatrizar; ni debe conducirnos a regodearnos en los sentimientos más vulnerables con el único y rastrero fin de conquistar simpatías a favor de causas partidistas. Manejar nuestras emociones con solvencia, sosiego y humildad, en la grandeza de hacer justicia, y no motivados por las bajezas que rezuman las revanchas, puede llevarnos a realizar un ejercicio preciso y trascendente de introspección, del que es posible extraer los aprendizajes más positivos y enriquecedores. Porque de las situaciones más apocalípticas que hayamos vivido podemos arrancar una luz de esperanza, un motivo que habilite el porvenir de nuestros destinos. Crecemos como personas cuando compartimos con los demás nuestras buenas y malas experiencias. Pero sólo si lo hacemos en el ánimo y desde el convencimiento de que los ultrajes de los que fuimos víctimas inocentes, y que se cometieron al amparo de la arbitrariedad, jamás vuelvan a repetirse en aquellos ámbitos en los que fueron derrotados por fuerza de la razón y la Ley, pero también del sentido común.

El desfile de aquel período aciago parecía que no iba a alcanzar su fin. Fue como el diluvio universal; quedamos convencidos de que había adquirido visos de eternidad maciza. Se ralentizó hasta límites insostenibles e insospechados. Llegó a convertirse en una rutinaria y extenuante prueba de resistencia, cargada de óxido, que tuvimos que enfrentar los hombres

y mujeres que fuimos testigos de excepción de un tiempo que fue acorralado, acotado por la sinrazón, protagonistas todos y todas de una parte de nuestra Historia que, quizá, hubiéramos deseado no vivir. Ese y no otro fue el mayor triunfo de quienes se alzaron en armas contra la Libertad. A esa conclusión nos condujo la prueba de reflexión personal a la que nos vimos abocados por las circunstancias adversas. La experiencia nos enseñó a sacar lo mejor de nosotros mismos justo cuando estábamos a punto de sentirnos doblegados, a un paso de hincar la rodilla en tierra y pedir a gritos ser sepultados bajo ella.

Nos despojaron de ilusiones; incluso llegamos a considerarnos avergonzados de nuestro destino, sesgado por la intolerancia, todos y todas formando parte de un pueblo ganado por un estado generalizado de baja autoestima. Muchos fueron los que trataron de borrar de un plumazo su pasado por temor a las represalias; puedo incluso justificarlos. Otros, los que se alzaron contra el poder, establecido de manera democrática, trataron de justificar sus actos infames; a esos no los perdono; los condeno.

Las cosas son como son, y en el recuerdo colectivo quedaron inscritos los hechos y sucesos que dieron al traste con un tiempo inventado para el progreso, pero del que sólo obtuvimos un pedazo de historia infructuoso. En él se sucedieron los episodios más ásperos: los dolosos... los execrables y luctuosos, los que cometieron unos hombres contra la sociedad a la que trataban de subyugar a base de pesadumbre y alzados sobre la arbitrariedad de sus actos despóticos.

En el país se aposentaron las sombras, extendiéndose como una mancha de aceite corrupto que, al fin, ganó, palmo a palmo y de manera eficaz, todo el territorio patrio. Fronteras adentro progresó un crepúsculo de incertidumbre que desembocó en una ciénaga de perturbación. El día a día se tornó peliagudo, elevando hasta cotas de ejercicio heroico el normal discurrir de la vida cotidiana de la ciudadanía. La vida comenzó a parecerse más a un acto de supervivencia heroica que a un lapso de deleite inmemorial.

La libertad fue ajusticiada por la ilegalidad; vendida a saldo ante la impotencia de la gente, delante de nuestras narices, hundida en un lodazal de silencios, miedos, recelos... dudas. Se tambalearon los cimientos de los valores que creíamos tener más aposentados. La confianza comenzó a disiparse de forma preocupante: no nos fiábamos de quien estaba a nuestro lado; el temor a alzar la voz, para expresar nuestras ideas libremente, nos atenazaba. No nos sentíamos capacitados para remediar los males que colapsaron nuestra esperanza, la del país, la de una nación devaluada, y en cuyo ámbito geográfico existían casas que irradiaban calidez de hogar, olores de bienestar, pero que eran sobrepasadas por aquellas otras –la inmensa mayoría– que sólo expelían hálitos de tristeza contumaz por puertas y ventanas, por las mismas oquedades por las que entraba al asalto el desaliento como las aguas de un arroyo desbordado lo hacen: sin piedad, arrasando todo lo que encuentran a su paso.

Los guardianes del régimen se empleaban a fondo, daban lo mejor de sí, para que las cosas se mantuvieran tal cual habían sido impuestas por ellos mismos: a la fuerza. No consentían un solo descuido, un ápice de alteración en sus esquemas, establecidos férreamente a punta de fusil. En ello les iba el poder que detentaban; no estaban dispuestos a que alguna fuerza enemiga consiguiera debilitarlos, doblegarlos en sus ideas. Salvaguardaban contra viento y marea las prebendas que se habían arrogado, defendiéndolas a capa y espada, haciendo oídos sordos a cuantas voces osaban alzarse en su contra, o silenciándolas a base de censura, asfixiándolas en los espacios negros del estruendo espeluznante que generan las amenazas, más aun los hechos viles, consumados vivazmente en la seguridad de la impunidad, de una impunidad que fusilaba los derechos humanos elementales de cuantos consideraban sus enemigos, quienes no eran sino aquellos que osaban no danzar al son que marcaban los Generales, o quienes, simplemente, cambiaban los pasos o el ritmo impuesto, que no fue otro que vivir un presente que se encaminaba hacia tiempos pasados e infames, de pobreza, humillación y aprensión; hacia tiempos que no miraban de cara al futuro porque, sencillamente, se lo habían asesinado a cara de perro.

Ocurrió un día que en nuestras mentes quedó grabado a fuego por disparos y derramamientos de sangre. Aun hoy, cuando cierro los ojos, las imágenes acuden en tropel hasta mí, sacudiéndome de pies a cabeza, zigzagueando en mi espina dorsal como si fuera una descarga eléctrica.

Todo comenzó el 24 de marzo de 1976. Ese día se produjo el golpe de Estado, y con él una cacería humana, definidos por sus actores principales como Proceso de Reorganización Nacional. ¡Qué suerte poder echar mano de bellos eufemismos para reconciliarnos con nuestras barbaridades!

Esa fecha quedó cincelada a sangre y fuego en la Memoria Histórica de un pueblo que, a marchas forzadas, tuvo que aprender a reconocerse de nuevo como colectivo, para así poder reanimar con solvencia su esperanza herida, en estado comatoso, casi desahuciada. Y lo hizo ganándose su propio orgullo, echando afuera todo el coraje que atesoraba en sus vísceras para así poder hacerse acreedora de forjarse un futuro aun a costa de tener que hacerlo sobre el dolor desangrado en cientos de fosas de cadáveres sin datar y sobre millones de piras de sufrimientos que llevaban en su aliento nombres y apellidos.

Pudimos recuperar nuestra Historia, su latido, porque jamás desahuciamos nuestra dignidad, el último bastión que no consiguió capturar la dictadura, y en el que se atrincheró la ciudadanía en el afán memorable de conquistar la única razón que podía alentarla para seguir adelante: la libertad.

Decidimos ganárnosla a pulso. Porque nos correspondía por derecho propio e inalienable, y por más que otros decidieran hurtárnosla por un tiempo que nadie quiere olvidar, sabedores como somos de que en el recuerdo resistente subyace la llama viva de la lucha, para que nunca más pueda crecer la posibilidad de que vuelva a repetirse tal atrocidad, tal período de oscuridad... un desfile de sables que convirtió, de la noche a la mañana, a un país abierto y democrático en un estado terrorista, en el que la democracia fue abatida sin conmiseración, mientras que los pilares sobre los que esta se apoyaba fueron derruidos para montar sobre sus escombros un país de sospechas, parálisis, de concentración política y económica. En definitiva, Argentina quedó desecha, convertida en un erial de derechos humanos, en un vergel de atrocidades, en un rompecabezas diseñado para modificar no solo la vida de la administración sino también la de todos los hombres y mujeres que vivían en su ámbito y desde aquella trágica fecha se limitaron a vegetar, a naufragar en un océano de violencia gratuita.

Cuando despertamos de aquella cruel pesadilla tuvimos que enfrentarnos a un país desolado que reclamaba a viva voz ciertas renunciaciones para poder echar un pie en la senda del futuro.

### **SIN VUELTA ATRÁS (ADRIANA)**

Buenos Aires, invierno bonaerense del 2006.

Los periodistas, que forman corrillos, han sido citados en el lobby del hotel Esplendor, ubicado en la esquina de la calle San Martín con la avenida de Córdoba, en pleno centro de Buenos Aires. Allí son observados por Evita, por Juan Domingo Perón, por Gardel, por Borges... todos ellos personajes que están inmortalizados en los cuadros que cuelgan de las paredes del establecimiento hotelero.

Existe una enorme expectación en torno a su intervención. Es la primera vez, desde el 15 de junio de 2005, fecha en que fueron abolidas por la Corte Suprema argentina las leyes que consagraban la impunidad a través de la obediencia debida o del punto final, que un familiar directo de un alto mando militar afecto al régimen del general Videla convoca una rueda de prensa.

Ella está dispuesta a dar la cara. Después de un largo período de reflexión, va a enfrentar los pros y los contras de su particular catarsis en una comparecencia pública, pero entendiendo ella que más que un riesgo puede ser una liberación; como una espita que se abre a tope para atenuar presión. Su conciencia no puede digerir parte del pasado de su familia; va a regurgitarlo sin pudor.

Se han reanudado los juicios contra los golpistas, contra aquellos militares que, fortalecidos bajo sus galones, blandieron el terror de Estado para doblegar a la ciudadanía, para cercenar la convivencia pacífica, para asestar un golpe mortal a la aplicación de la Carta de los Derechos Humanos en Argentina. El ambiente está crispado; demasiado enrarecido. Durante los últimos meses, los medios de información se han convertido en agentes beligerantes. Han hecho de este asunto un campo de batalla en el que usan sus editoriales

como armas arrojadas en una lucha que se hace titánica, pero que al fin se reduce a la defensa de sus diferentes posturas ideológicas y morales frente a los crímenes de la dictadura. Los periodistas confrontan unos contra otros, blandiendo sus artículos en una disputa dialéctica feroz, como si fueran ríos de corrientes turbulentas cuyas aguas confluyen en un mismo punto.

Los reporteros ignoran el contenido del mensaje que quiere transmitir la joven. No podrán hacerle pregunta alguna. Pero todos están seguros de que sus palabras no dejarán indiferente a nadie. Se han oído miles de testimonios de las víctimas de la represión, todos ellos cargados de padecimiento, de racimos de sentimientos descarnados que han conmovido a todo un país; ninguno que transmita un mínimo de credibilidad o que suscite justificación alguna, menos aun perdón, de boca de los carniceros.

Un silencio macizo se eleva por toda la sala cuando aparece Adriana. Es una joven menuda, de frente amplia y estructura ósea tan incierta que le confiere un aspecto de mujer apesadumbrada. Muestra una sonrisa infectada de tristeza, sus ojos ocultos bajo unas enormes gafas de cristales oscuros. Toma asiento con rapidez. Coloca el micro a la altura de su boca, los labios pintados de una manera suave, con un color casi desmayado. Abre una carpeta. Extrae unos papeles que tiemblan entre sus manos. Los ojea con tanto nerviosismo que, amplificadas por los altavoces, parecen los aleteos violentos de una legión de palomas que levantan el vuelo de manera apresurada; rompen la atmósfera cuajada de un silencio atronador que colapsa el salón. Traga una larga bocanada de aire. Titubea. Se quita las gafas, dejando libre su mirada, irradiada con intensidad por sus ojos felinos, y en la que puede advertirse que su viveza ha sido dinamitada por una carga de profundidad de angustia. Se dispone a leer los folios. Sin embargo, mira por unos segundos que se hacen eternos a los periodistas. Recoge sus notas. Todos piensan que se ha arrepentido, que está a punto de marcharse.

Bebe un sorbo de agua. Decide hablar con el corazón...

–Yo sé que no puedo hacer borrón y cuenta nueva de toda mi existencia; juro que, si fuera posible hacerlo, encantada lo haría. Pero ahora lo que más me importa es que se me hace imposible mirarlo a los ojos, como si nada hubiese sucedido. Delante de todos ustedes, delante de mi país, a los que miro cara a cara, proclamo que no puedo pedir perdón por lo que él hizo; sólo a él deben pedir cuentas por las atrocidades que cometió; esa es su responsabilidad, la de ustedes, la de él. Pero sí que puedo decirles con la mano en el corazón que no puedo dejar de sentirme avergonzada de él. No creo que un padre pueda recibir mayor castigo por parte de sus hijos que el hecho de que ellos se muestren avergonzados de él. A eso lo condeno yo.

Enfrentarme a ustedes es duro, pero entiendo que más duro fue lo que debieron pasar las víctimas de mi padre. Es por ellas, por honrar su memoria, que estoy frente a todos ustedes, frente a mi país, formado por un pueblo ansioso por sanar sus heridas abiertas; mientras esas no cicatricen, las mías correrán el riesgo de infectarse de manera fatal.

Sé que no hay justificación, que no puede inventarse excusa alguna para argumentar lo execrable. No pretendo conmoverles, ni ganarme su favor. Estoy aquí por decisión propia; nadie ni nada me obliga a estar sentada delante de los focos y de las cámaras. Soy una mujer libre, y comparezco en esta sala por dar justicia y homenaje sincero a quienes perdieron de manera injusta su libertad, o la vida, o la honra.

Mi corazón late de modo descarnado, vive sus más bajas horas. Y mi alma, que siempre fue como un sonajero agitado en el vacío, en este momento solloza, aguanta este instante interminable con un pellizco, muy deteriorada.

Acabo de averiguar la verdad, la verdad que le corresponde, quizá la verdad que me concierne. Nada puedo decir en mi favor; incluso acepto que la ignorancia no exime mi parte de culpa, que no ha sido otra que quererlo con la fuerza de quien ve a su padre como un héroe cuando en realidad, en la trastienda de su existencia, no es más que un monstruo. Pero me pregunto hasta qué punto debo pedir perdón a la sociedad por el comportamiento de él. Porque si antes no me cuestionaba nada, ahora nada es inesperado: durante los últimos

meses dudé; vislumbraba una sombra en su vida. Ahora me ganó la partida la legitimación de mis recelos y lo hizo en la cancha de mi corazón.

Su pasado ha cobrado fuerza para salir de la mentira, del silencio, del olvido... Las deudas, al fin, se pagan; el tiempo se encarga de ello. Yo exijo que así sea; no de otra forma puede ser para sentirme digna de mí misma, que es lo único que busco, aunque otros creen que ansío la compasión al hablar ante ustedes. De cobrar las deudas morales y éticas se encargan las conciencias de las gentes de bien, que deben mantenerse siempre despiertas en un compromiso ineludible: en el de procurar que no se entierren las maldades que han causado dolor a los seres humanos inocentes. Porque las maldades no sobrevienen por sí mismas; las fustigan los indeseables. Yo me postulo frente a ellos, de manera intensa frente a él. Él encarnaba al ídolo, a mi ídolo. Su fuerza vital y varonil siempre permanecía a mi lado, otorgándome una confianza total para que yo echase mis pasos con firmeza. Cuando de niña me tomaba de la mano, su calidez acariciaba la frialdad de mis dedos, derretía sus tiritones con la fuerza de su seguridad. Yo le miraba. Él lograba reconfortarme con una sola de sus blancas sonrisas, y celaba mis temores con la ternura de su voz, asilándome yo en su certidumbre como puerto que acoge a un vaporcito agitado por una tempestad inesperada de la mar.

Sin embargo, todo pasó de un extremo a otro como por arte de magia: un día cualquiera comenzó a ausentarse de mí, de la familia. Y la sentencia firme y concluyente llegó cuando entendimos que sus malos ratos los pagaba conmigo o con mamá o mis hermanas. Sentíamos miedo no ya de sus amenazas, sino de la certeza de que era capaz de acometerlas. Él nos decía que obedecía órdenes, unos horribles mandatos que lo condujeron a convertirse en un mal hombre, en un peor esposo y en un padre perverso. Perdonen que mis palabras titubeen, que se atasquen en mi garganta. No es fácil hablar mal de un ser que me fue tan querido.

Hoy en día, mi padre es un ser débil aunque esté disfrazado de militar valeroso. Él manejó la cobarde autoridad de la impunidad para abatir a otros seres humanos en una cacería amoral y vergonzosa, colmada por asesinatos, torturas y horror, sadismos que ahora trata de acicalar



con un absurdo cumplimiento del deber, con un seguimiento ciego de la obediencia debida. Acarreo varias noches sin dormir pensando en todo esto; pueden verlo en mis ojeras, tan profundas como mi dolor. Sólo ansío evacuar la repugnancia que me causa el comportamiento de mi papá. Porque me he dado de bruces con la evidencia, la que le concierne, la que lo sentencia como un sádico sin escrúpulos y sin justificación posible. Proclamo ante ustedes que se me ha desmoronado un artículo de fe, de mi fe. Pido a sus víctimas indulgencia para quienes también, de un modo u otro, hemos sido víctimas, quizá, de la ingenuidad o de la comodidad de no cuestionarnos preguntas cuyas respuestas podían inquietar a nuestras conciencias. De eso sí me siento culpable, y ya percibo plena la pena de mirarme a un espejo con vergüenza por mis silencios. Pero sepan ustedes que a él, a mi padre, yo lo condeno a mi desprecio, lo destierro de mi corazón. A partir de hoy me abstengo de llamar papá a quien en realidad es un auténtico criminal. Desde este instante, es un hombre cualquiera, un nombre cualquiera: Agardo. Ahora mismo, y ante ustedes, denudo mi identidad; me despojo de su apellido, Berchmans. Renuncio a él, en una decisión sin vuelta atrás.

Todos los periodistas que cubren la rueda de prensa quedan atónitos; se miran unos a otros, casi sin atreverse a sostenerse sus miradas de incredulidad. Permanecen emocionados... sobrecogidos. Se había acordado, a regañadientes, no plantear consultas, que podrían entenderse como ataques, al final de la intervención de Adriana. Pero no ha sido necesario un ejercicio de contención verbal; nadie tiene palabras con las que armar cuestiones que poder plantearle a la joven. El silencio conquista todos los rincones del salón, incluidas las entrañas de los presentes; la tensión puede cortarse con un cuchillo. Todos permanecen sentados en sus sillas, conmocionados por aquellas sinceras y doloridas palabras que manaron desde el fondo del corazón de ella.

Adriana aguanta a duras penas, tragando saliva. Al fin, no puede más: sus resistencias se desploman; se viene abajo. Comienza a llorar. Sus sollozos, entrecortados, llegan a los presentes como puñetazos en los puntos débiles de sus espíritus. De pronto, todos prorrumpen en un sonoro aplauso con el que tratan de consolarla, de mostrarle un apoyo sin fisuras, de abrigoarla con sus mejores y más solidarios sentimientos. Pero nadie se acerca

a ella. Entienden que deben dejarla sola, que deben respetar su intimidad, no invadir ese momento de desahogo, con el que ella intenta dar puntos de sutura al desgarró tan profundo que le ha causado el conocer la verdadera historia de su padre.

El tiempo es desapacible; el viento bate furioso, formando remolinos de suciedad y papelillos en las aceras. Ella quisiera que en ese instante se levantase un tifón al final de la avenida, que la barrera de cabo a punta, que se dirigiera hacia ella; se desmayaría frente a la tolvánera, dejándose arrastrar, sin oponer resistencia alguna.

El dolor es punzante, un dolor contra el que no existe bálsamo ni analgésico posible. Se extiende por todo su cuerpo como una vaharada de ansiedad inaguantable. Llama un taxi.

Es entonces cuando se tambalea; casi pierde el equilibrio. No sabe si ha tenido un tropiezo o ha sufrido un pequeño mareo. Las emociones vividas en los últimos días iban cargadas de desconsuelo; le están pasando factura. Siente que la toman por el brazo.

–Permítame ayudarla, señorita Adriana.

Ella lo mira con recelo, pero le agradece el gesto con una sonrisa.

–¿Puedo ofrecerle mi carro? Puedo acercarla a donde me diga.

–¿Nadie le espera?– pregunta ella.

–Digamos que tengo todo el tiempo del mundo a mi disposición, y yo se lo cedo gentilmente y con gusto –responde Armando Besteiro, periodista del diario La Nación.

–Vaya, veo que pertenece al insigne diario La Nación –le dice mientras señala su credencial–. ¿Quiere pedirme cuentas por mis palabras?

–Nada tengo que recriminarle; sólo trato de comprender las cosas para poder contárselas a mis lectores.

–¿Desde la connivencia con los asesinos?

–No creo que eso sea como usted dice, señorita Adriana.

–¿Ah, no? Entonces, ¿cómo llamaría usted al tratamiento que ha dado su diario a los golpistas durante la dictadura y después de ella?

–Las líneas editoriales...

–Las líneas editoriales, las líneas editoriales... Adriana corta en seco la respuesta... Esas

son una joda de mucho cuidado; son como trincheras colectivas para defenderse de las responsabilidades particulares. ¿Sabe que las líneas editoriales son a los periodistas lo que la obediencia debida a los militares? Una excusa barata para salir airoso de situaciones comprometidas. Yo le preguntaría dónde sitúa usted su integridad moral: ¿Al servicio de su línea editorial o de la verdad? Porque aquí se trata de dar valor a la verdad, la única que puede traer justicia a este territorio de impunidad.

–Pues cuénteme su verdad.

–¿Para qué? ¿Para que sus jefes la tergiversen o la tiren a la basura? No se busque problemas con mi caso.

–Ya me los busqué desde que usted convocó esta rueda de prensa y yo acudí a ella en contra de la opinión de mis superiores, desafiándolos incluso.

–Vaya, veo que vos –cambia el tono– es un valiente, o un loco. Igual si le despiden del matutino puede colocarse en la emisora “La Colifata”, ahí, con los locutores loquitos, que seguro están más cuerdos que muchos de los que se dan gloria escribiendo columnas en diarios dirigidos o instrumentados por la opinión de los militares o de la propia iglesia.

–No piensa darme tregua, ¿verdad? –pregunta el periodista.

–Deme una sola razón que justifique no la tregua, que esa puede romperse y llevar las cosas a peores términos, sino un armisticio.

–Que la llevaré a dónde vos disponga –sonríe de manera amable, cambiando igualmente el grado de cordialidad–, y le prometo que no abriré la boca en todo el trayecto. Debe saber que ese es el mayor sacrificio para quienes laburamos en estas cosas de la prensa.

Después de un silencio punzante, Adriana sonríe de nuevo. Lo mira a los ojos y le dice:

–De acuerdo, gana; no sé si me equivoco, pero vos ganás.

–No, señorita Adriana, gana la verdad. ¿Estamos a muchas cuadras de su domicilio?

–Las justas como para que el silencio se le haga insoportable –responde Adriana.

–No se crea; a veces, del silencio se extraen las mejores informaciones, o los datos que más conmueven. Yo le prometo no decir ni pío, pero antes permítame una última cuestión.

–Ya sabía yo que... Quizá hubiera sido mejor tomar un taxi.

–Sólo le pido una declaración de intenciones, su postura sobre lo que está por venir.

–Lo que está por venir, no, señor...

–Besteiro, Armando Besteiro; perdóneme que no me haya presentado antes.

–No tenga cuidado. Sepa que lo que está por venir no es necesariamente lo que debe acontecer.

–¿Y qué es, según vos, lo que no debe acontecer de ninguna de las maneras?

–El triunfo de la impunidad sobre la Justicia. Yo creo que los delitos que determinados colectivos acometen contra los Estados y las personas deben ser juzgados por las Leyes y no a través de las opiniones vertidas en los medios de comunicación o en las tertulias de bares de poca monta por gente interesada en defender sus privilegios o sus mezquindades, y que carecen por completo de sentido común, pero que están infectadas de odio; así no llegamos a parte alguna. Seguro que se preguntan el porqué de mi negativa a que me planteasen preguntas ahí adentro –señala hacia el hotel Esplendor.

–... –Armando Besteiro hace el gesto de sellar su boca.

–Debe comprender que si hubiera accedido a responder a un rosario de preguntas, me hubiera convertido en testigo de cargo de un juicio paralelo y singular que ustedes, los de la prensa, airearían en sus periódicos de manera interesada y partidista, poniendo en mi boca cosas que jamás dije, y con el que estaríamos haciendo un flaco favor a la Justicia, que es la única que debe poner a cada uno de cara con la responsabilidad penal que debe asumir por su actuaciones. Todos somos ya mayorcitos, y es hora de acometer un Juicio en toda regla contra los criminales que asolaron este país con sus hechos violentos, incluido mi padre, aunque quizá tenga la suerte de que la muerte se lo lleve antes de que la Justicia lo prenda.

–Perdone que rompa mi promesa...

–Vivimos un tiempo –corta al periodista– en el que la palabra está muy devaluada, ¿no cree?

–No sea tan cruel, Adriana. Solo quiero saber de qué hechos violentos hablamos, o mejor: ¿qué hechos violentos de su padre se calla vos?

–Yo ya hablé; ahora toca juzgar. Yo ya dije todo lo que tenía que decir sobre estos asuntos– termina por decir, sin dedicar esa frase a un interlocutor en concreto.

Montan en el auto del periodista del matutino La Nación.

Durante el trayecto, Adriana hace honor a su palabra: guarda una afonía irritante. En el cristal de la ventanilla del auto se refleja su rostro. Las calles y avenidas se suceden, dibujando un territorio inhóspito bajo una atmosfera opresiva y grisácea.

Se desencadena una tormenta de recuerdos en su interior, fotogramas en blanco y negro que la transportan a unos tiempos tenebrosos que tiene bien presentes...

–¡¡Come, maldita sea!! ¿Quieres hacerme enfadar? ¿Sabés vos que en la prisión muchos darían su vida por llevarse a la boca los desperdicios que vos dejás en el plato?

–Pero es que no tengo hambre, papá.

–No tengo hambre, no tengo hambre... –se burla– ...Mirad una cosa jovencita, y no pensás que se trata de una joda: yo madrugo todas las mañanas; tengo que recorrer muchas cuadras para llegar a mi laburo y allí debo enfrentar las maldades de los que no aman a la patria ¿Sabés una cosa? Yo, para darle de comer a vos y a sus hermanas, debo andar entre la escoria de la sociedad, que es como andar entre las ponzoñas de una herida infectada. Y a vos no se le ocurre otra pavada que decir que no tenés hambre... Pues yo le digo una cosa –da un golpe en la mesa que hace estremecer a Adriana, a sus hermanas y a su madre–: come sí o sí. No me venga con esas jodas o acabará en el maletero del coche.

–¿Por qué le decís eso a la nena? No seas tan cruel– tercia la madre de Adriana.

–Vos callás, callás del todo o sacaré mi mano a pasear por tu boca. Vos tenés la culpa de lo remilgadas que son las nenas. Yo me esfuerzo, todo el día entre traidores, y vos... y vos, ¿Qué hacés vos para que sean mujeres como Dios manda? No responda, no responda; mejor calladita, que sólo servís para adornar esta casa, y ya casi ni eso, tan descuidada como va últimamente; ¿acaso vos no se miró hoy al espejo? –golpea con fuerza la mesa.

Había pasado un año desde 1976, y aquel esposo comprensivo, aquel padre afectuoso de antaño, el mismo al que irritaba tener guardias en el cuartel de infantería en días de fiesta, pues sólo le reportaba mal humor al no poder disfrutar de jornadas extensas para jugar con sus hijas o para pasear del brazo con su esposa, oyendo con atención el crujir romántico de las hojas secas del parque bajo sus pies, aquel hombre había cambiado su carácter como la serpiente muda su piel, como se cambia de chaqueta un gris empleado de la administración tras la jornada de laburo para creerse una persona que en el fondo no es.

—Yo comencé entonces a tener serias dudas acerca de él; me corroían por dentro con la eficacia de un ejército disciplinado de gusanos devorando mis vísceras. No era tanto el miedo que sentía como la incertidumbre que me embargaba el ánimo cuando pasaba por mi cabeza la sola idea de que las cosas con las que nos amenazaba pudieran ganar visos de certeza en un momento inesperado.

Creció en mí una desolación: el sobresalto nefasto y turbador de que papá no era el hombre que yo imaginé antes de que se desmoronara como el héroe en que lo convertí dentro de mi inocencia infantil. Por el contrario, comenzó a ganarme la certeza de que era un mal hombre, una mala persona, un ser humano deshumanizado, cargado de rencores profundos, que se movía por un afán de venganza macizo, y en el que sus buenas maneras de antes estaban de más. Fue entonces cuando comencé a sentir miedo de su presencia, a echar de menos el recuerdo de sus tiempos buenos.

Me aterrorizaba cuando en la oscuridad de la noche se inclinaba sobre mi cama para darme en la frente un simple beso, un beso que yo reconocía como un baboseo de alquitrán, como una caricia carente de ternura o herida de muerte mientras exhalaba su aliento gélido. Y qué decir de sus amenazas... Lo peor no era que las pronunciase montando una expresión brava en su rostro, y cargando en sus labios arrebatados palabras malsonantes; no qué va. Lo malo era la certeza que todas teníamos en casa de que podía acometerlas en cualquier momento. Sobre todo nos encogíamos, sintiendo como si nuestra ropa hubiera aumentado varias tallas, cuando nos amenazaba con su frase preferida: “juro que algún día acabáis en el maletero del coche”, donde decía que metía a los enemigos de la patria, para darles un paseo que jamás olvidarían. Nunca los vimos, pero en nuestro interior susurraba la voz del miedo, diciéndonos que no mentía...

Las sombras de los edificios parecen derrumbarse sobre ella como un aguacero, reflejadas las moles de cemento en los cristales del coche.

Armando Besteiro la mira de reojo mientras conduce. Al fin, se decide a darle un manotazo al silencio con una pregunta directa al fondo del alma de Adriana:

–¿Y qué me decís del perdón, señorita Adriana?

–El perdón pasa por la Justicia.

–¿Y su... –duda, pero al fin decide continuar–... Y su padre?

–¿Qué?

–¿Él no merece el perdón, la Justicia?

–¿Los muertos pueden ser perdonados o juzgados? Para ellos no existe otro perdón que el de rehabilitarlos, para bien o para mal, en la Verdad antes de que se pudran, amortajarlos con su verdad. Y desde luego su Justicia no puede ser otra que la del cómo han de pasar a la Historia, si como héroes o como villanos; sólo a eso pueden aspirar los muertos.

–Pero su padre vive, Adriana.

–Ahí adentro –señala a sus espaldas–, ¿me oyó o me escuchó? Yo ya lo enterré, y le hice un duelo completo. Fíjese: cuando descubrí su pasado, primero sentí una rabia que me quemaba las entrañas. Después la furia se convirtió en una angustia que metamorfoseó en amargura. Luego, el tiempo la transformó en pena, y luego, luego acabé por aceptar todo lo concerniente a él con dolor. Pero ese dolor poco a poco fue haciéndose soportable; hasta que lo concilié. Ahora puedo vivir en paz.

–Y dígame otra cosa...

–No se cansa, verdad –lo interrumpe Adriana– ¿No le basta con conducir? Ya ve que el tráfico está muy complicado.

–Venga, Adriana, respóndame a una última pregunta.

–¿Última pregunta siendo vos periodista? No creo en los milagros señor Besteiro, y menos en los que proclama nuestra iglesia, al menos la que perdonó a los criminales como mi padre. ¿Sabe que nos obligaba a ir a misa los domingos? Sólo Dios sabía a cuántos había torturado o a cuántos aniquilado durante la semana; pero él comulgaba como si tal cosa, con su uniforme cargado de medallas, y el sacerdote sonriéndole, a él y a otros muchos como él.

El periodista no quiere pisar esos terrenos tan delicados, e ignorando sus palabras, vuelve a insistir:

–Dígame: ¿También enterró a los demás culpables, a la otra parte del país?

–Mi padre es la sombra nefasta de un pasado, de mi pasado, que él se empeñó en que lo recordara como tenebroso. Pero mi país es mi presente y mi futuro, y sólo puedo prepararme

para vivirlo con intensidad, o para aguantarlo como buenamente pueda; espero que de la manera más sosegada. En ese empeño me puede ayudar la justicia de los hombres, aunque le reconozco que no la del corazón, al menos de momento; esta última justicia llegará con el tiempo.

–Permítame que le desee que ese tiempo no sea largo.

–Yo sólo pido que sea el justo como para que las heridas no se cierren en falso. No hay peor mal que las infecciones internas; se extienden en silencio y te conducen a un estado irrecuperable.

El coche en el que viajan Adriana y Armando Besteiro se pierde por una senda de asfalto que conduce al interior de una selva de hormigón, donde rugen los sentimientos enfrentados de una Nación que busca su propio espacio, un oasis para la reconciliación.

Adriana, revivirás aquellos momentos como una película de terror, como la sucesión de una serie de secuencias que cobrarán vigor a cada golpe de respiración que des. No dejarán de proyectarse en tu mente aquellas malditas vivencias.

Muchas serán tus noches que saltarán en mil pedazos, aniquilándose cualquier posibilidad de conciliar un sueño reparador. Inmersa en ellas, despertarás en medio de un aguacero de sudor, tu cuerpo tembloroso como náufrago de un estado de ansiedad estrepitoso.

En la oscuridad de tu alcoba sollozarás, amordazada, quizá, por remordimientos a los que deberás enfrentarte para desecharlos, pues no debes sentirte merecedora de ellos; el tiempo será tu aliado en esa batalla. Será duro. Pero cuando aprendas a sentirte de nuevo reconfortada contigo misma le verás el rostro a la esperanza. En él encontrarás mil razones para seguir adelante.



## LA CENA (CECILIA)

Escuela de Mecánica de la Armada (Buenos Aires), Marzo de 1978.

–Me echo un vistazo en el vidrio del espejo. Creo mostrarme vagamente de acuerdo con la imagen que aparece reflejada: la de una muchacha linda. Pero un turbio velo de tristeza anega mis ojos y maltrata mi fisonomía, escupiéndome descalabro desde el otro lado, el que muestra la realidad, el dolor. La luna de cristal me abre la verdad de par en par: mis días transcurren como mañanas de cielos cerrados, apagados... asfixiados.

A veces pienso que conseguirán doblegarme; otras me siento con una fuerza renovada que no sé de dónde he podido sacarla. ¡Qué verdad más grande es que en los momentos más críticos el ser humano se reinventa como un gigante, aunque proyecte la sombra de un enano!

Me han invitado a cenar. Parece una joda, pero no, qué va... es cierto que me invitaron a cenar. Apenas si podré abrir la boca. Difícilmente encontraré fuerzas para maquillarme, para poner un trazo de color sobre mi rostro pálido; tiemblan mis manos como láminas de gelatina. Sin embargo, me han indicado con palabras si no buenas sí que descargadas de desabrimiento, que me ponga guapa, que me saque partido aun cuando apenas tengo ganas ni de mirarme en el azogue oxidado del baño común.

¿Cómo pueden invitarme a cenar en las circunstancias tan penosas que estoy viviendo?  
¿Cómo alguien puede salir a cenar, así, sin más, sacudiéndose de encima todo el sufrimiento gratuito que está causando? ¿Cómo es posible querer aparentar normalidad en este proceso de criba, de venganza política!? Supongo que será porque la rutina acaba por normalizar las iniquidades en las conciencias que no saben de remordimientos; así de crueles son las personas que se mueven por intereses espurios y que se regodean en sus perversidades, a las que visten de gala, de fiesta. Eso es así porque cuando la impunidad adquiere trazos de legalidad el ser humano se convierte en un monstruo.

Está oscureciendo. Puedo alcanzar a suponerlo bajo la capucha que taponaba todos mis sentidos. Me han invitado a cenar esta noche. Retumba esa invitación en mi cabeza como un disparo en un páramo desierto y silencioso. La afonía se ha adueñado de mi garganta. Respiro de manera entrecortada, como si buscara migajas de oxígeno bajo esta bolsa de tela apesada que llevo colocada la mayor parte del tiempo, para que no pueda comunicarme con quienes están a mi lado, pero también para que pierda la noción del tiempo. Un ser humano que no controla el tiempo en el que transcurre su existencia solo puede aspirar a ser un superviviente de categoría inferior, un ser desvalido, indefenso.

Mañana, mi madre seguirá gritando mi nombre a los cuatro vientos; no puede ser de otra manera conociéndola como la conozco. Sé que lo hace, y que lo hará hasta el último resuello de su vida, sin mella ni descanso. Esa es la última noticia que supe de ella: que lucha por mí. Mamá es una más de tantas madres angustiadas, mujeres con coraje que, contra viento y marea, batallan por recuperar un trozo de su piel, una parte de su cuerpo que les fue amputada sin anestesia... un fragmento de su familia, los cimientos de su existencia.

Hoy me han proporcionado un vestido muy lindo, para que me vista bonita; mi madre mañana se pondrá una ropa cualquiera para echarse a la calle, sin reparar en la ropa que habrá de ponerse. Y gritará mi nombre, querrá saber de mí, dónde me guardan, quién me custodia... Hace tanto tiempo; son tantos los días sin verla... Y hoy me han invitado a cenar. Una cena... como aquel día...

## ABRIL DE 1977

–Escuchamos como un bombazo seco, como un trueno en un cielo sin nubes. Mi esposo y yo cenábamos de manera plácida. Celebrábamos nuestro aniversario de bodas, el cercano nacimiento de nuestro bebito. Los gritos colapsaron la sala. Apenas pudimos reaccionar. Sin mediar palabra, nos golpearon con las porras y con las culatas de los fusiles. Nos insultaron. Quedamos tirados, heridos, conmocionados. Nos exigieron que nos pusiéramos boca abajo, con los brazos y piernas abiertas, como dibujando las aspas de un molino, los dedos de las manos extendidos y bien a la vista, las palmas bien pegadas al piso. Intercambiamos miradas de incertidumbre y angustia. Un soldado pisaba la cabeza de mi marido, apretando su rostro contra la solería. Fernando pidió una explicación; recibió por respuesta una fuerte patada en el costado. Nos ordenaron que guardáramos silencio si no queríamos verle la cara a la muerte. Yo sollozaba. Nos mantuvieron en esa posición durante unos minutos interminables, hasta que llegó un oficial. Ordenó a sus subordinados que nos ataran las manos a la espalda y que nos tapasen los ojos. Como no nos amordazaron entendí que podíamos hablar. Sin saber hacia dónde dirigir mi voz, trate de saber qué estaba pasando. No más pronunciar la primera palabra me dieron una bofetada que, por supuesto, no vi llegar; caí contra unas sillas, con el labio partido en dos. Notaba el reguero cálido de mi sangre resbalando por mi barbilla; después por mi cuello. Sentí temor por mi hijo; estaba a punto de dar a luz. Pero eso no les importó a mis captores. A empujones nos sacaron a la calle. No hacía frío, pero yo notaba mi cuerpo temblón, como un pámpano agitado por el viento. Nos introdujeron en un camión, que más bien parecía un bus recogiendo pasajeros en distintas paradas. Escuchaba gimoteos por todas partes. Es curioso: en mi oscuridad, los percibía como aguaceros en el alma de todos nosotros. Parecía como si el temor, el desconocimiento de la suerte que íbamos a correr unos y otras, amplificase nuestros lamentos afónicos. Sin saber quiénes estaban metidos en aquella camioneta durante aquel largo trayecto, yo sentí un extraño sentimiento de hermandad hacia todos ellos; en aquel momento nuestro espacio vital se limitaba a la estrechez, unos apretujados contra otros. ¡Qué ilusa fui! Pensé que en ese instante podríamos realizar una suma de resistencias que pudiese conducirnos a la salvación conjunta. La suerte había hecho de todos nosotros extraños compañeros de viaje, pero todos íbamos a recorrer el mismo camino hacia, quién sabía entonces si no, el infierno.

—No fallé en mis predicciones; ahora mismo estoy en el infierno, en un ámbito endemoniado que unos hombres han creado para otros.

Hoy me han invitado a cenar, la invitación, como un eco estrepitoso, no deja de martillar en mi interior. Pero debo entenderla como un visado hacia un instante de libertad; respirar aire fresco, aunque sea por un segundo, lejos de esta atmósfera opresiva, es La libertad. Y yo sabré que, mientras me pinto para salir a cenar, ella, mamá, mañana seguirá llorando mi ausencia, pronunciará en alto mi nombre, reivindicará su derecho a no morir de tristeza, y lo hará en la ignorancia de no saber si yo ando viva o ya me mataron. Mas yo, en la calle, no sabré en qué dirección buscarla con la mirada.

Hoy me invitaron a salir a cenar. Mi madre se acostará temprano, cansada de su lucha, pero firme en su batalla. Apoyará su rostro desvencijado en la almohada de su catre. Llorará hasta que el sueño acabe por vencerla; soñará conmigo, como seguro viene haciéndolo desde el día que me arrancaron de su lado sin darle la más mínima explicación. Y en sueños exclamará mi nombre; lo hará con la misma furia con que lo hace cuando está despabilada. Y al despertarse temblará con tan solo pensar que quizá mi presencia ya sólo podrá disfrutarla en sueños. ¡No dejes de soñar, mamá! Es mi garantía para seguir viva en tu interior; allí donde me diste la vida no puede germinar la muerte.

Son ya varios meses los que lleva sin saber de mí, pero yo a ella la presiento más viva que nunca bajo mi epidermis. No la he olvidado y sé que ella tampoco me olvidó. Hoy me invitaron a cenar, y comeré a la fuerza los manjares que me ofrezcan, sabiendo que mi madre, dentro de su rutina, seguirá con la boca de su estómago cerrada; habrá perdido el apetito y no querrá recuperarlo mientras no me tenga junto a ella. Las fuerzas, no obstante, no la abandonarán; la conozco bien. Seguirá clamando mi nombre, en llamarada de voz energética mientras le quede un hálito de vida. Porque sus gritos manan de los huecos de su alma, de esos espacios que quedan libres cada vez que pronuncia mi nombre sin yo acudir a su encuentro. Y yo seguiré manteniéndome en esta existencia, pero no porque mis captores quieran sino porque así lo impongo yo, pues ellos habrán perdido la batalla por hundirme hasta los infiernos.

Me defenderé de pie, firme mientras me guíe el empeño inquebrantable de recuperar a mi bebito y de abrazar a mi mamá, los dos pilares de mi vida. Seguiré manteniéndome a flote, achicando penas de adentro, en tanto yo crea reconocer los ecos de la dulce voz de mamá llamándome a todas horas, implorando saber qué fue de mí, sin ella saber sobre seguro si aún estoy sobre la faz de la tierra. Ella se mantendrá constante en su empeño, en su labor de madre, porque es su deber, pero también su derecho, un derecho que nadie puede robarle. Yo, en la distancia, le prometo que me consolidaré en mi compromiso de hija. Pero hoy me invitaron a cenar, a salir de mi cautiverio. Y no debo declinar la invitación; me la hicieron llegar hace un rato.

Le sacó la capucha de manera violenta. La señaló con el dedo. El soldado se acercó a ella, tan cerca de su rostro que pudo sentir su aliento infecto con toda crudeza. Sonrió, y dejó la bolsa sobre su exiguo territorio, sobre ese lugar del suelo donde duerme engrillada, esposada y encapuchada, pero amparada por el calor débil que desprenden los cuerpos de las compañeras, que reposan sus duermevelas a su derecha e izquierda. No sabía qué contenía aquella bolsa. Sintió una sensación extraña, una miscelánea de desconfianza y liberación. En bolsas guardaron sus pertenencias cuando fueron conducidos y conducidas hasta la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada). Tenía una trágica referencia sobre ellas: que las suelen entregar de nuevo cuando liberan –raras son las ocasiones en que lo hacen–, o cuando van a asesinar a quienes las reciben –sucede en la mayoría de las veces–, para que en ellas el reo guarde las escasas pertenencias que aún puedan quedarle. Se le hizo extraño pensar en posesiones cuando ya no se sentía dueña ni del siguiente minuto que habría de liquidarse en su vida.

En tales circunstancias, las emociones contenidas se confunden unas con otras, generando un cóctel que nadie se atreve a saborear. Eran seres humanos, pero despojados de cualquier atisbo de dignidad, la mayor de las derrotas. Lo único cierto que acumulaban era sufrimiento continuo.

Al poco, escuchó su nombre; un temblor recorrió su cuerpo, restalló en su interior como el extremo del látigo lo hace en el suelo al ser agitado con fuerza.

—Cuando nos nombran sentimos pavor, nos acercan aquellas voces a la pesadumbre física. El dolor, al fin, termina por acomodarse en nuestros cuerpos, pero masculla sobre nuestros ánimos de una manera atroz e incesante, como ecos que no dejan de crecer sobre sus propias reverberaciones para martillearnos el coraje.

Reventó en mi cuerpo la voz del militar nombrándome una y otra vez: ¡Cecilia! ¡Cecilia Vila!  
¡¡Cecilia Vila Ortiz!! Temblé de nuevo, como lo hace una hoja inmensa que pende de un pedúnculo minúsculo frente a un viento feroz, como tiembla la piel de una enamorada al entregarse por vez primera a su amado.

Esta misma mañana también me nombraron, pero al llegar al sótano, a ese espacio grotesco donde nos desnudan para dejarnos indefensas frente al sufrimiento, oí decir al oficial de guardia que no me atizasen en la cara. Pero no me extrañé. Supuse que querían experimentar alguna tortura nueva, examinar nuevos espacios de mi cuerpo para minar mi aguante a base de suplicio sobre dolor.

Querían sacarme nombres, acusaciones, delaciones. Pero ignoraban que la mina de la que trataban de extraer sus codicias inventadas estaba estéril, seca: políticamente yo soy un yacimiento improductivo. No obstante, para ellos, mi persona supone una amenaza para el aparato del Estado, un peligro que deben neutralizar y exprimir para contrarrestar a unos compinches míos que sólo existen en la imaginación depravada de mis torturadores.

Los detenidos sufrían continuos golpes durante los interrogatorios, con una cadencia metódica. Aquellas sesiones de suplicio se hacían interminables; eran como una visita al infierno. Los torturadores se ganaban a pulso, a fuerza de porrazos, los galones de verdugos. Muchos fueron los que se dejaron la vida en aquellas salas opresivas, adornadas por toda clase de utensilios y artefactos, que causaban terror no más echárselos a la vista, y que los militares y policías usaban a su interés para obtener de los detenidos confesiones absolutamente irreales, cargadas de mentiras; declaraciones que firmaban sin pensárselo dos veces con tal de escapar del dolor que les infringían sin tregua. Apenas les importaba en esos críticos instantes que estampar la rúbrica en un papel en blanco fuese como firmar

sus sentencias de muerte; en aquella mazmorra, la expiración era una liberación frente a los alaridos de padecimiento sin tregua.

–Nunca obtenían de mí palabras que se asemejasen a la verdad. Y lo sabían. Pero aquello no minaba sus empeños. Me torturaban en horario de oficina, de ocho a dos. Seres humanos burocratizados por el odio, ampliados y alzados frente a mi persona, achicada y hundida; hombres que, una vez ejecutaban sus maldades sobre mi cuerpo, me condenaban a oír sus confesiones de hombres torturados por su propia vida, pero sin cargo alguno de conciencia. Esta acudía en raras ocasiones a sus cabezas; cuando lo hacía, ya era bien tarde para que sus remordimientos calmaran mis angustias. Y cuanto menores eran los resultados que alcanzaban con sus métodos, más se empeñaban en emplearlos con contundencia: golpes en las plantas de los pies desnudos, descargas con las picanas eléctricas en cualquier parte del cuerpo, porrazos en el abdomen con artilugios que no dejaban huella a pesar de la impunidad de la que gozaban los verdugos... Cabezas bajo el agua fría (lo llamaban el submarino), violaciones a nosotras, y martirios a nuestros bebés, si los teníamos, delante de nuestros ojos, torturas con las que extraían declaraciones absurdas y falsas con las que muchas de mis compañeras presas trataban de alejar el sufrimiento.

Hace unos días pude ver (creo que me sacaron la capucha para que pudiera echarme a la vista tal atrocidad), cómo un soldado tenía cogido por los pies a un bebé. Le gritaba a su madre que si no confesaba el nombre de sus compañeros del partido comunista estrellaría la cabeza de su hijo contra la pared, en la que había restos de sangre, quizá dejados allí adrede, para dar credibilidad a las amenazas. Gritó una a una las identidades de sus camaradas, que a los pocos días fueron detenidos y torturados. Todo valía con tal de que parasen el tormento, con tal de salvaguardar una parte de nosotras y algo de nuestro cuerpo, a pesar de no ser ya nada más que despojos de la especie humana, desperdicios picoteados por la miserable y salvaje irreflexión de nuestros captores, convertidos en buitres hambrientos. Creen que pertenecemos a ellos porque manejan nuestros destinos; se creen nuestros dueños porque estamos en manos del dolor que derraman sobre nosotras, porque a la fuerza formamos parte del absurdo con el que tratan de ahogarnos; hacen y deshacen de nosotras a su antojo, y solo podemos anteponer como parapeto frente a su ruindad los rescoldos que se

mantienen a flote de nuestra integridad, desechos humanos a la deriva, pero que buscamos una costa para alzarnos como náufragas que se aferran a cualquier cosa para fraguarse como supervivientes frente a la intolerancia.

Cuando estuve frente al oficial de guardia este no se dignó a mirarme. Sólo me dijo que en la bolsa que me entregó el soldado había un vestido limpio y algo de maquillaje; que esta noche saldría a cenar con uno de los jefes, un tal Agardo Berchmans, un personaje del cual tenía las turbias referencias de su sombra mientras me arrastraban por los pasillos y del eco contundente de su voz cuando daba gritos por todos los rincones del edificio. Es un personaje repugnante, siniestro, frío y calculador; un as en el manejo del dolor para vencer al enemigo.

Sólo debo ponerme hermosa para él y sonreír, mostrar una gran y eterna sonrisa aun cuando yo sólo siento deseos de llorar. Quizá, si me porto bien durante la cena, el Director de la ESMA reciba un informe favorable de Berchmans y es posible que dé su visto bueno para que algún oficial, o el mismo Berchmans, me acompañe a casa algún día de estos. La visita será corta; no más de unos minutos, que se licuarán en mis ansias como segundos. Así mi familia podrá saber de mí, comprobarán lo “bien” que me están cuidando.

Hoy me han invitado a cenar. ¿Cómo pueden ser capaces de salir a cenar con una subversiva, como ellos afirman que soy? Esto es una locura. Mis compañeras esta noche no se echarán nada a la boca; quizá merezcan la suerte de un mendrugo de pan duro y enmohecido. Pero yo podré disponer de un gran banquete, de una mesa repleta de manjares, y disfrutaré de ellos con la mejor de mis sonrisas, sólo por haber sido elegida, gracias a mi belleza, para acompañar al Comandante. Seré la flor del ojal de su uniforme –mi ánimo marchito–, recubierto por medallas de quién sabe qué valores... Quizá de los que progresan en hombres tocados por la cobardía bajo amparo, refugiados en no se sabe qué maldita obediencia debida.

Torturadores, violadores... ¿Qué servicio al Estado mana de lastimar a una mujer aterrorizada? ¿Qué hombre puede mostrar una erección por mandato de un superior? El



torturador aplasta a su víctima y el violador la humilla. ¿Así gana la Patria? ¡Cobardes!  
¿Cómo puede obedecerse a la atrocidad?

Ser joven es un factor a tener en cuenta, peligroso. Según ellos, ha de ser neutralizado por la carga de insubordinación que encierra todo espíritu joven. Pobres; ellos también fueron jóvenes, pero quizá olvidaron demasiado pronto que la juventud sólo persigue la libertad. Tal vez ellos no maduraron; simplemente se envejecieron de golpe. Seguro que ellos siempre fueron viejos encarcelados en pellejos de juventud.

Nunca nada me explicaron; nunca escuché un porqué. Supongo que estoy viviendo esta adversidad por ser la mujer de Fernando Soto Barea; él es sindicalista. Siempre luchó por los derechos de los trabajadores, por dignificar las condiciones laborales de sus compatriotas. Presumo que ese, y no otro, es mi delito. Ahora sé mucho de mi desventura y nada acerca de la suerte que él corrió. Me duele profundamente no sentir rabia; sólo me interesa mantenerme a salvo para recuperar a mi hija.

En este lugar el absurdo es servido en bandeja de plata. Como aquella noche de Navidad en la que atadas unas contra otras, y ocultas nuestras cabezas bajo sacos de tela maloliente, nos situaron frente a un convite. Nos felicitaron la Navidad, ofreciéndonos toda clase de comestibles, e incluso bebidas alcohólicas, aun cuando nuestro cuerpo no tenía cabida para nada; tanto golpe quitó hasta las ganas de comer. Pero el miedo a más palizas abrió el apetito. Dimos las gracias con lágrimas en los ojos. No sabíamos si reír o llorar. Brindis por lo desatinado.

Hoy, durante la cena, seré buena. Quiero a mamá, y a mi bebito; quizá, así, pronto pueda envolverlos en un abrazo. Me portaré bien. A cambio de una caricia... un momento de libertad.

Los héroes no existen; al menos en el infierno. Buscamos puertas abiertas. Después vendrán las preguntas. ¿Quién tendrá legitimidad para hacerlas?

Hoy me han invitado a cenar. Acepto.

Celia, la mayor parte de tus recuerdos acabarán por componer un racimo de ecos. Los sonidos de aquel lugar te perseguirán noche y día, como los ladridos de los perros en las largas madrugadas de invierno, amplificadas sus reverberaciones sobre tu ánimo, desfalleciéndolo una vez tras otra. Pero tú te levantarás cada vez que tu boca levante un velo de polvo en la tierra. Aguantarás, sacando fuerzas de flaqueza; ellas lo merecen, ¿verdad? Te mantendrás a pie firme, soportando en tu rostro la fiereza de la brisa marina. Mil veces te mirarás al espejo, reconociéndote cada día más y mejor. Abrirás las ventanas y podrás gritar, amparada en la libertad: ¡¡Nunca más de rodillas!!

**PIDEN (PAROCA)**

Buenos Aires, noviembre de 2006.

Paroca, has perdido la noción del tiempo; hace tanto que no está... Pero te parece como si todo hubiera sucedido ayer.

Hoy, al abrir la puerta, te has llevado un gran desconcierto. Él estaba ahí, más viejo, uniformado, engalanado con sus medallas. Sí, ahí estaba, frente a ti, pero con los hombros un tanto caídos, tan altanero que siempre fue Agardo Berchmans, ese nombre que tanto dolor acarrea a tu alma con tan solo recordarlo.

Te ha dado órdenes; bien podrían ser entendidas como amenazas. Hacía varios años que no lo veías, pero aún recuerdas su rostro, mostrado a través de la ventanilla bajada del auto aquel lejano día en el que te la trajo a casa, para que pasara con vosotros unas horas, la última vez que la viste durante aquella triste época.

Te entregó una carta. Te dijo que no fueras imprudente, que cesaras en tu lucha. Le sonreíste con acritud. Para tu sorpresa, descubriste que ya le perdiste el miedo, y lo que es peor, el respeto. Se dio media vuelta y se marchó.

## **BUENOS AIRES, ENERO DE 1978**

–Yo proclamo tu nombre a voz en grito, siempre urgida por tu ausencia, hija, espoleada por esa sensación de que el tiempo corre en mi contra, y con el miedo tallado en cada chillido que sale del fondo de mi ánimo por no acertar a oír respuesta tuya. Piden silencio. Pero yo exclamo tu nombre con unos impulsos que no quiero ni debo refrenar. Y lo hago aun sin saber si mi voz logrará alcanzarte, cubrirte, mimarte... consolarte. No sé si conseguirás dar oídos a mi palabra, pero yo me perpetuaré en ir a tu encuentro, alzando mis voces para que estallen lejos de mi garganta y lleven en volandas, y hasta tu entorno, mi deseo por saber de ti, una ambición sin tregua que nace en el fondo de mi alma de madre rota que espera poder recomponerse cuando recupere tu presencia de nuevo.

Hoy es un día cualquiera; un día menos para las dos. La ciudad aún duerme. Desde mi catre la contemplo a través del cristal humedecido y empañado de la ventana del dormitorio. Amanece con dificultad un nuevo jueves. Llueve débilmente; sobre las calles mortecinas se impone un brillo débil y oscuro que cubre el piso. Los carros están estacionados, en silencio, con sus cristales recubiertos por un velo de lágrimas... Mis ojos lamentan tu alejamiento forzoso. Las hojas de los árboles se bambolean de manera suave; yo tiemblo. Un gato cruza la calle, asustado por algún ruido traicionero. Trago saliva para sobrellevar un insomnio de horas y horas. La noche parece querer mantenerse colgada del firmamento; fantasea con hacerse infinita.

Piden tranquilidad. El sueño consigue vencerme por escasos minutos; instaure sueños nerviosos y dictatoriales. Mi descanso es una duermevela anegada de sollozos. Cada vez que cierro los ojos me empantan con el recuerdo de tu rostro, con el instante fatídico en que el miedo se aferró a él para despedazarle la inocencia. Un mar de lágrimas empapa mi rostro como las olas humedecen las playas.

Aún no he olvidado esos lamentos que las dos lanzamos, esos ecos punzantes que enmudecieron al enclaustrarse en el abrazo que usamos para fundirnos la una con la otra el día de tu visita. Pretendimos, sin éxito, reprimir la maldad de los que llegaron para llevarte,

para desgajarte de mí. Todo fue un vano intento por anteponer nuestra fuerza frente a su furia, un rencor que no sabía más que de intolerancia. Al fin, te arrastraron, y me dejaron sumida en un pozo sin fondo, en un espacio sumergido en el temor a lo desconocido. Todo se cernió oscuro, todo cayó sobre mí como un manto negro que trataba de oxidarme, impidiendo que mis movimientos fueran limpios.

Piden quietud. Y no la ofrezco. No han conseguido reprimirme: desde aquel día luchó, resisto, me muevo por ti, y cuanto más deprisa pasa el tiempo, más nítidos y certeros son mis pensamientos, unas corrientes que al final me conducirán a tu entorno, a tu proximidad... a tu abrazo.

Observo el pañuelo blanco. Está doblado sobre el respaldo de la silla. Es mi signo de lucha, mi estandarte de combate desde el 30 de abril de 1977. Aquel día fuimos 14 las madres que nos juntamos en la Plaza de Mayo, frente a la sede presidencial, la Casa Rosada. Allí estaban Azucena Villaflor de Vicenti, Berta Braverman, Haydée García Buelas, María Adela Gard de Antokoletz, Julia Gard, María Mercedes Gard... Aquella reunión fue conociéndose boca a boca, y cada vez somos más, hija. Hemos hecho de una lucha común un frente de guerra. Piden renuncia; ¡ni hablar de eso! Hoy volveré a anudarlo sobre mi cabeza. Piden prudencia. Saldré a la calle para gritar tu nombre, en la esperanza de que aún vives; me niego a pensar que ya no estés. Sé que muchas murieron, pero yo presiento que existes. Mientras ese augurio presione sobre mi alma, yo resurgiré a cada minuto para ir a tu encuentro, a una cita imperecedera con tu recuerdo, con mi deseo... Marcharé para ganar tu abrazo. Piden paciencia, pero yo no soy mujer de brazos cruzados.

El mate está caliente, humeante sobre la mesa; como a ti te gustaba observarlo para luego envolverlo entre tus manos antes de saborearlo. ¿Qué habrás tomado ayer? ¿Cenarías anoche? Yo apenas tengo fuerzas para abrir la boca. Tu ausencia es un tapón en el estómago. No quedan ánimos para el apetito, pero sé que debo sacar fuerzas de flaqueza para seguir luchando. Batallo por lo que es mío. Te lo debo, me lo debo, nos lo debemos las dos. Hija, trata de seguir firme, fuerte; álzate en tu aguante de mujer. Piden resignación, pero peleamos por lo justo. No debemos paralizarnos.

Yo renuevo mi compromiso contigo y a cada instante. Por eso me mantengo firme aunque tratan de doblegarme; y así me defenderé hasta saber de ti, hasta quitarme de encima estas sombras, estas dudas que atenazan mi existencia. No saber duele más que nada en el mundo, pero el sueño por recuperarte es un viento bravío que empuja mi cuerpo hacia tu presencia. Sólo ahí descansaré: en las playas de tus caricias.

Acabo de vestirme, sin saber que ropa llevarás tú. Apenas recuerdo la prenda que vestías el día que nos separaron. ¡Siempre tú tan coqueta! ¿Qué será de ti? Mi vida es un infierno. Quiero que sea así para sentirme cómplice tuya. Mamá no puede estar feliz; no puedo mostrar un retazo de felicidad sin saber si tú manifiestas de vez en cuando un atisbo de sonrisa. Sé que eres fuerte, y que en tu interior el optimismo vivaracho de tus años hará fraguar la fuerza que necesitas para seguir adelante y aunque sea a rastras. Yo empujaré mi cuerpo contra el tuyo sin saber en qué dirección debo espolearme. Pero sé que al final hallaré tus brazos abiertos para dejarme caer en ellos.

Salgo a la calle para sentirme acompañada. Desconozco si estás sola o en compañía de otras hijas, o madres destrozadas como tú y a las que robaron sus bebés. Ignoro en qué cautiverio te encierran; cualquier cárcel es mejor que un presidio anónimo, un espacio oscuro donde triunfa la intransigencia, amparada en la impunidad de su caudillaje malévolos. Todo es tinieblas, herramienta con la que aprietan nuestros miedos para vencer la resistencia. Piden cesión. Pero yo aguanto y te requiero, te pido hija, te imploro, que tú te mantengas en la lucha por tu vida, por tu libertad, que al fin será mi liberación. Resiste hasta que te llegue la luz de mi lucha, la furia de mi voz clamando por ti, ese grito que tocará tus sentidos como un susurro lejano y que te libraré de los grilletes. Sabes que soy obstinada. Ninguna fuerza brutal puede más que la sabia fuerza de la maternidad. Te imponen mordazas. Reclamo tu palabra. Me piden afonía. ¡Grito!

Imagina, hija: todas las madres hemos hermanado nuestros impulsos, entendiendo que más coraje cuantas más reclamemos a voz unida la parte que nos robaron. Así todas, pegadas hombro con hombro, impondremos la verdad de teneros junto a nosotras. Haremos de nuestra Plaza de Mayo el parterre donde han de crecer nuestras flores, un espacio

conquistado a la infamia para ganar vuestra libertad, la liberación conjunta. Mientras, otros nos piden conformidad, justo lo que no podemos ofrecer. Somos luchadoras, madres... mujeres al fin.

Paroca, abrirás la carta que te entregó el militar. Tendrás que rebuscar fuerza en tu interior para hacerlo, los nervios royéndote las entrañas como una legión de carcoma devora la madera. Sentirás miedo de saber qué noticias se abrigan en el interior del sobre.

Cuando leas el mensaje de la misiva, apenas serás capaz de mantener un mínimo de claridad en la mirada de tus ojos; su lectura te producirá un chaparrón de lágrimas; tu espíritu será ganado de golpe por una vaharada de esperanza. Pero sentirás la incertidumbre de que todo sea mentira, una más de las muchas que te contaron para dejarte clavada en la ignorancia.

Deberás creer, aunque te cueste un esfuerzo sobrehumano.

En ella te darán cuentas del paradero del bebito de Celia, de tu nieta.

## **AHORA ENTIENDO TODO (ALEJANDRA)**

Córdoba, Argentina, diciembre de 2006.

–Durante estos años he llamado papá y mamá a quienes en realidad fueron las personas que me educaron. Hasta hace bien poco constituían mi mundo, un ámbito de terror. Pero ahora más que nunca sé que los cimientos sobre los que se apoyaba aguantaban un hogar inestable. Hoy he sabido que he sido criada por el enemigo. Mi alma despierta. Ahora entiendo todo.

Me cuentan que fue un militar llamado Agardo Berchmans quien me entregó a mis padres. Me arrancaron de los brazos de mamá cuando yo era su bebito, cuando apenas contaba unos meses de vida, y, supongo, que para mí contaría cada segundo de mi corta existencia para pasarlo pegada a su piel, para recibir la protección que sólo la llamada de la sangre es capaz de otorgar. No quiero decir con esto que quien acoge no ampara; nunca. Quizá quien cría sin sangre de por medio ejerce una labor de entrega sublime, que debemos homenajear. Es bien cierto que los lazos de sangre ejecutan grilletes de piel, indescifrables e irrompibles. Pero también que las maneras de custodia como las que yo viví inventan eslabones de esclavitud. Ahora entiendo todo.

Supongo que mamá andaré con el alma desgarrada, sin saber por dónde he marchado yo; quizá, y solo lo supongo, ella ya no está en su empeño de mamá. Tal vez haya sido mejor así, pues de lo contrario habrá pasado su vida con el ánimo amputado, con su espíritu hecho añicos. Cuando te esquilman las raíces, sólo se puede vegetar, que no vivir. Pero eso si estás aplastada bajo la ignorancia, o malvives otorgando grados de familiaridad a quien en realidad es cero de tu sangre. Yo he vivido así, encharcada por la evidencia de no saber de mis raíces ciertas. Creí tenerlas echadas en una tierra cualquiera cuando en realidad se aferraban a los dominios pantanosos que contienen aguas putrefactas y malolientes. Sin embargo, mis padres supieron mantenerme a salvo de los hedores que ellos mismos crearon para envolver mi existencia.

Hoy he sabido que tengo mamá de verdad, y he comprendido de golpe que he dejado de



sentir cualquier atisbo de cariño por mis padres. Saber ha sido como un salto al vacío, a un inmenso páramo vacante, al final de cuyo dominio encontraré como horizonte los brazos abiertos de mamá, para envolverme entre ellos con dulzura y ternura. ¿Tendremos una oportunidad de recuperar lo perdido? Ahora entiendo todo.

Alejandra, te contarán que ha sido la labor infatigable de tu abuela la que, al fin, ha conseguido abrir las cerraduras que mantenían tu vida enclaustrada a cal y canto en una existencia que no te correspondía. Ella, tu abuela, no desmayó en el empeño, siempre empujando a su hija, en la distancia, día a día, para que no desfalleciera en la búsqueda de una parte de sí misma que le cercenaron sin anestesia de por medio el mismo día que tu naciste, allá por 1977, un mes después de que tu madre fuese secuestrada por los militares. No sabrás –¿qué importa ahora?– si tu mamá decayó en su empeño. Pero piensa que allí estaba tu abuela, en cuerpo y espíritu, para ayudarla a levantarse, a recuperar fuerzas con las que encarar un nuevo día, una nueva batalla de esta guerra, y cuyo armisticio sobrevendrá amparado y avalado por un abrazo inminente e íntimamente arropado por un silencio: el que mana de dos seres que no se conocen, pero cuyas sangres confluyen en un mismo punto y lugar. ¿Verdad que ahora lo entiendes todo?

Debes saber que pronto estarás con ella. Sueña con ese momento. Sólo os separan unos cientos de kilómetros. Pero ese amor que registras ahí adentro, borboritando en tus entrañas, tiende puentes hacia ella con una velocidad imparable. Cuando al fin estéis frente a frente, iniciaréis vuestras vidas desde el punto muerto en que os las dejaron aquellos seres, hombres que a pesar de obedecer a la maldad deben ser llamados personas. El odio no vale, la justicia sí.

¿Verdad que ahora lo entiendes todo?

Nunca dudes de que habrá un nuevo tiempo, un desconocido amanecer en vuestra existencia; un camino suave para andar de la mano cálida de tu mamá, una senda para que ella perciba en su piel la calidez arrebatada de una hija, tú, que recupera la verdad de su vida gracias a su abuela. Así será.

Es hora de la Justicia, de la verdad. Ahora entiendes todo, ¿no es cierto?

–Ahora entiendo aquellas fechorías, cuando amparado en la noche, y cobijado en el silencio cómplice de mi madre, abusaba de mí. Él entraba a hurtadillas en mi cama, para alzar sus repugnantes bravuconadas sobre mi piel de niña inocente y desamparada, acometidas de un padre sin escrúpulos sobre un cuerpo de niña inocente, desprotegida.

Sufrí en silencio, rodeada, aplastada, por el miedo a abrir la boca. No sé si lograré perdonar algún día.

Espero que todo se borre al amparo de mamá. Hemos decidido reencontrarnos en el mismo lugar en el que nos separaron: en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Será nuestro punto y seguido para afrontar, mano con mano, icaricias!, unos asuntos turbios y trágicos que no merecen una Ley de Punto Final.

Ahora entiendo todo. ¡Luchemos por la verdad... por la Justicia!

**A TODAS LAS VÍCTIMAS MARCADAS POR LA DICTADURA ARGENTINA PARA SER MASACRADAS POR EL FANATISMO, PARA QUE NUNCA PIERDAN LA ESPERANZA, MOTOR DE LA LIBERTAD.**





# Fotografía

---

Primer premio - modalidad Fotografía

---

**Francisco Javier Arcenillas Pérez**  
Refugiada



Obra seleccionada - modalidad Fotografía

---

**Egoitz Maeso Gallego**  
**Burka III**





Obra seleccionada - modalidad Fotografía

---

**Francisco Javier Arcenillas Pérez**  
Sicarios I



Obra seleccionada - modalidad Fotografía

---

**Emerson Díaz Hernández**  
Más educación, menos armas



Obra seleccionada - modalidad Fotografía

---

**Emerson Díaz Hernández**

Por un futuro sin fosas







# La Fundación

---



## Fundación contra el Terrorismo y la Violencia

### Alberto Jiménez-Becerril

#### *Nuestra motivación*

El 30 de enero de 1998 la banda terrorista ETA asesinó, en Sevilla, al Concejal y Teniente de Alcalde Alberto Jiménez-Becerril Barrio y a su esposa Ascensión García Ortiz, licenciada en Derecho y Procuradora de los Tribunales de Sevilla. El Ayuntamiento de Sevilla, reunido en Pleno y por unanimidad, crea ese mismo año la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, comprometiendo con ello el permanente homenaje de los sevillanos al matrimonio formado por Alberto y Ascensión, a su obra, a su trabajo, a sus vidas.

A esta iniciativa se sumaron, de forma inmediata, constituyendo el Patronato de la Fundación, el Senado de España, el Parlamento de Andalucía, la Universidad de Sevilla, el Colegio de Abogados y el de Procuradores, las dos cajas de ahorro sevillanas, hoy fusionadas en Cajasol, y, finalmente, la Diputación Provincial de Sevilla, así como una representación de la propia familia de los asesinados.

#### *Principios que nos empujan*

Entendemos que la violencia, especialmente la que se practica como forma de extorsión política mediante el terror, es moralmente aborrecible y radicalmente incompatible con el ejercicio de la democracia y la libertad, y quienes la practican sólo merecen la condena y el desprecio de todos. Nuestra Fundación es una institución de defensa y recuerdo de las víctimas, y también, de defensa de valores

y principios tales como educar y formar en el comportamiento pacífico, promoviendo una sociedad plural basada en el respeto a los derechos ajenos.

Queremos comprometernos en la tarea de propiciar conductas no violentas, en alentar y promover el rechazo a tales actitudes de forma activa, por ello, el fomento de un espíritu participativo de los ciudadanos así como despertar el interés por los fines pacíficos y las acciones solidarias, son criterios fundamentales de nuestra actividad.

### *Objetivos que perseguimos*

Por ello son plenamente vigentes los objetivos marcados en nuestra declaración fundacional, hace ahora diez años:

- La educación y la formación, especialmente de los jóvenes, en los valores del comportamiento pacífico de los ciudadanos y la promoción de una sociedad plural basada en el respeto a los derechos ajenos.
- El estudio y la difusión de las raíces de los comportamientos violentos y terroristas, así como el análisis de las circunstancias en las que nacen y se desarrollan, con el fin de combatir sus raíces culturales, sociales e ideológicas.
- Queremos despertar el interés de los ciudadanos, muy especialmente de los jóvenes, en acciones, comportamientos y movimientos de carácter pacífico que tiendan a la consecución de conductas no violentas.

- Alentaremos y promoveremos, a través del conocimiento, el rechazo a las actitudes violentas y a todas aquellas que supongan agresiones o transgresiones de los derechos fundamentales de las personas.
- Fomentaremos el espíritu de participación y procuraremos despertar el interés de los ciudadanos en las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales de fines pacíficos y de acciones solidarias.
- Promoveremos, buscando para ello la colaboración con otras instituciones de carácter nacional o internacional, estudios y análisis que tengan como objetivo los fines antes señalados, así como seminarios, conferencias, actos públicos, premios, becas y otras acciones de carácter científico, divulgativo y participativo.

### *Por todo ello...*

Por todo ello, la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, en su empeño por contribuir a la construcción de un mundo en el que la violencia, en cualquiera de sus formas, ocupe el menor lugar que sea posible, desarrollará sus programas y actividades, fiel a sus preceptos estatutarios, y se mantiene firme como una institución de defensa de los valores de libertad y respeto al pluralismo, la convivencia y la tolerancia, junto a las personas que se comprometen claramente cada día por un mundo mejor.



**CREADORES**  
POR LA LIBERTAD  
Y LA PAZ



La Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, convocó en 2010 el V Certamen bajo el título CREADORES POR LA LIBERTAD Y LA PAZ, con el que se pretendía reflexionar sobre nuestros valores de libertad, convivencia, paz, concordia, tolerancia, así como expresar el firme rechazo a todo tipo de violencia, considerando que deben ser éstas las normas de comportamiento de todas las personas que se esfuerzan cada día por un mundo mejor. Este libro recoge una selección de 13 obras, pertenecientes a las modalidades de POESÍA, NARRATIVA Y FOTOGRAFÍA, incluyendo los ganadores de la presente convocatoria.

## Organizan

---



## Colaboran

---

